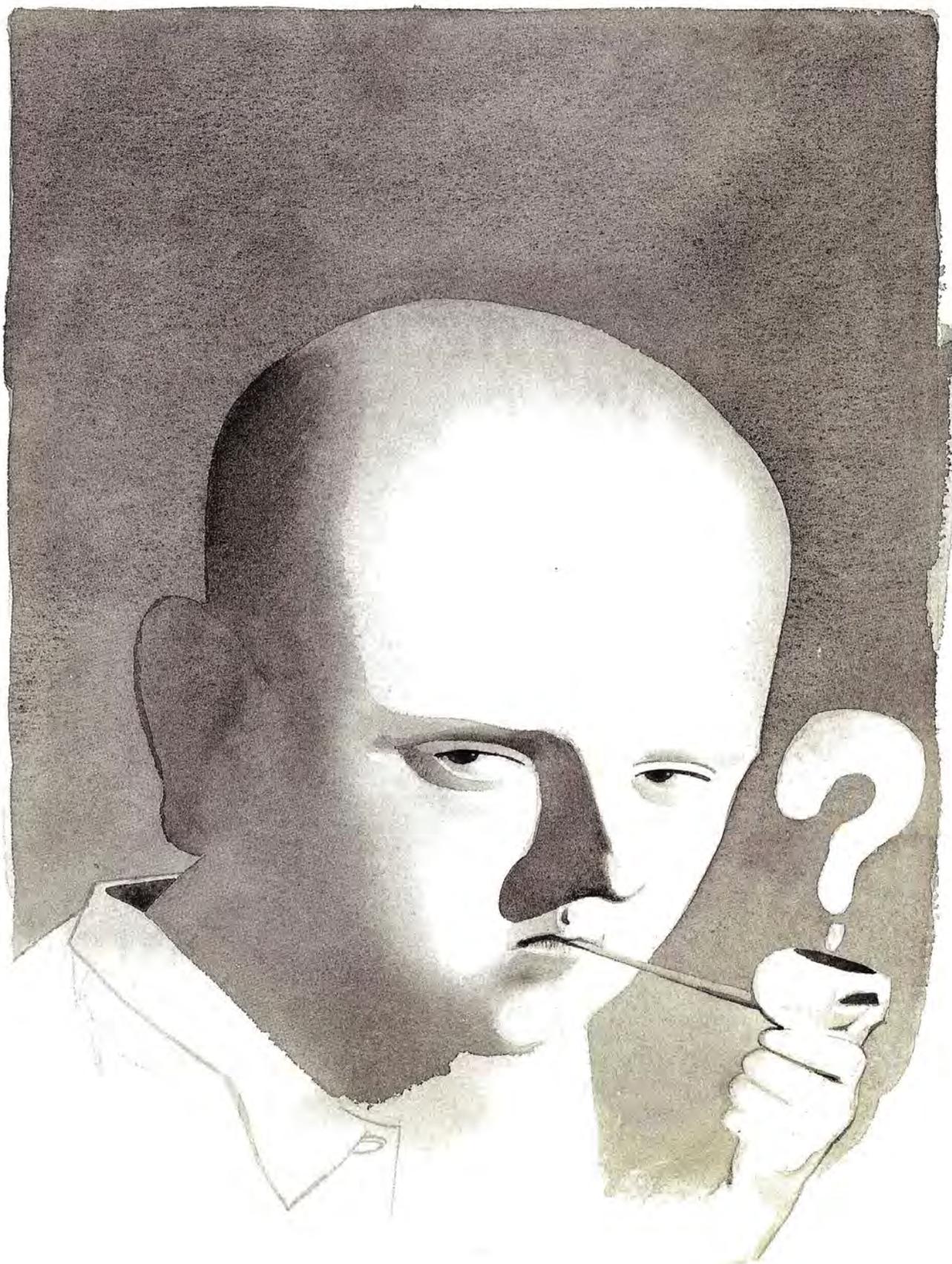


ROLDE

REVISTA DE CULTURA ARAGONESA



ROLDE

REVISTA DE CULTURA ARAGONESA
N.º 67-68



Edita: Edicions de l'Astral
(Rolde de Estudios Aragoneses)

Consejo de Publicaciones: José Luis Acín, Gerardo Alquézar (Coordinación), Chesús Bernal, José I. López Susín, Vicente Martínez Tejero, José Luis Melero, Antonio Peiró, Vicente Pinilla y Carlos Polite.

Administración: José A. García Felices.

Redacción: Covadonga, 35-37, oficina.
50010 Zaragoza. Tel.: (976) 33 37 21.

Correspondencia: Apartado de Correos 889,
50080 Zaragoza.

Impresión: Cometa, S. A.,
Ctra. Castellón, Km. 3,400. Zaragoza.

ISSN: 1133-6676.

Depósito Legal: Z-63-1979.

Portada: José Luis CANO.

Coordina este número: Antón CASTRO.

Colaboran: Clemente ALONSO CRESPO, José Luis CANO, Antón CASTRO, Ángel CRESPO, Fernando FERRERÓ, Guillermo GÚDEL, Ángel GUINDA, Antonio PÉREZ LASHERAS, Fernando ROMO, Alfredo SALDAÑA.

Sumario:

«Miguel Labordeta es el mejor poeta del siglo XX en Aragón»	4
Miguel Labordeta y el expresionismo. 11	
Vigencia de Miguel Labordeta	14
Miguel Labordeta, 25 años de su muerte	17
Teoría y acción poética	18
Aquellos días del Niké	20
Cronología	24
«Surgiendo entre los pájaros» Antología comentada del poeta	26
La biblioteca personal de un poeta irrepetible	51
Epistolario	54
El archivo Miguel Labordeta	70

Contemplando los numerosos libritos que durante estos últimos años han abortado las múltiples colecciones poéticas que asolan España (...) surge una pregunta insistente: ¿Va a alguna parte nuestra poesía actual? Vista así, a través de las «capillas» oficiales y subvencionadas; creo que la contestación adecuada es de un: ¡No! rotundo. No, no va a ninguna parte; pues esta poesía «subvencionada», excelentemente mediocre, de un blando tono nostálgico y artificiosamente perfecta (insoportablemente perfecta), está absolutamente estancada y ya nos comienza a corroer su putrefacción.

Está haciendo mucha falta que nuestros poetas planten sus tiendas de campaña entre las cuatro esquinas de la estupidez burguesa o del analfabetismo plebeyo y eleven sus voces antiguas y futuras, como profetas que son, a través de la oscuridad multitudinaria y griten las verdades eternas del hombre de hoy al mundo entero, sin contemplaciones. Ya sé que esto es arriesgado y que así no se gana ningún premio «Adonais» u otros por el estilo; pero fastidiarse, amigos, fastidiarse y no haber nacido poetas, sino «copleiros» populares o hábiles tenedores de libros, futbolistas, etc., etc. Es preciso pues, una poesía revolucionaria (incluso con las limitaciones que esta palabra, tan manida, tiene) y que ardientemente se encare con la terrible faceta contemporánea; con desparpajo, con desvergüenza santa, con rabia y amor y asco, y además, con esperanza; es la poesía de los hombres que hemos nacido entre declaraciones de guerra, campos de concentración, técnicas maravillosas, gorilismo deportivo y que, por añadidura, presentimos sobre nuestras espaldas otra nueva guerra de perspectivas catastróficas insospechadas.

Atrás los artificios aconsonantados y vacíos, o las inconsciencias surrealistas por otro lado; esto ya no nos basta. No una poesía minoritaria y cadavérica, mas tampoco una poesía popular y sentimental (...) No debe importar la popularidad ni el buen nombre académico; es preciso arriesgarlo todo y cantar, amigos míos, con la entraña misma del Mundo (compleja y espeluznante; sencilla y humilde también); cantar para todos los hombres; universalmente, con independencia absoluta; aunque el canto apenas sea comprendido en el momento, sino por algunos que quieren y pueden comprender (este «poder» es fundamental y es asunto principalmente biológico); mas, y esto es misterioso, la misión se cumple y al paso de las generaciones, se advierte que sólo los auténticos y audaces que abrieron nuevas rutas con sus creaciones, sobreviven y se reconocen como clásicos portavoces del alma de su época. (...)

Necesitamos una poesía catártica, depurativa, en que el poeta se dé por entero en holocausto verídico; la necesitamos y ya apunta tímidamente, aunque semiestrangulada por una indiferencia brutal que contrasta con los espacios que los periódicos dedican a las transacciones de futbolistas. Pero no importa. A pesar de todo, va sonando la hora de que los poetas opten entre los sucios harapos académicos y la autenticidad revolucionaria. (...)

«Miguel Labordeta es el mejor poeta del siglo XX en Aragón»

José Antonio Labordeta retrata las obsesiones, la soledad y la vida creativa de su hermano

ANTÓN CASTRO

José Antonio Labordeta es, sin duda, el hombre que mejor conoció a su hermano Miguel (1921-1969). Ese conocimiento le llegó a través, no sólo de su proximidad familiar, sino mediante la intuición, la búsqueda en el fondo de la memoria y la minuciosa lectura de la obra de un poeta marcado por el dolor de vivir y una desesperación imperceptible que lo convirtió en un exiliado en la tierra. En este diálogo, José Antonio, como si utilizase una simultaneidad de planos que abarca por igual el presente y el pasado, y lo entrecruza en una película sobre el tiempo y los recuerdos, reconstruye la vida, la lírica y la amargura del autor de *Los soliloquios* a los 25 años de su muerte.

—¿Cuál es el primer recuerdo que tiene de su hermano Miguel?

—Miguel cambió mucho. Era un hombre de una altura más o menos como yo, aunque aumentó de volumen. En principio no era gordo, era más bien delgado y tenía la cara redonda. La primera vez que me acuerdo de Miguel corresponde a su etapa de soldado.

—¿De soldado?

—Sí, porque Miguel hace la mili un poco a golpes. Recuerdo que Miguel es enviado a Jaca con un batallón porque hay *maquis* o algo así. Puede ser el año 1947. Es la primera visión que tengo de Miguel: marchándose de casa vestido de soldado, con una manta, en una tarde de invierno o de otoño, porque hacían falta refuerzos en la frontera. Tengo yo entonces doce años.

—Sí, porque en aquel momento mítico de la Guerra Civil en el colegio, que usted ha definido como



Miguel en el servicio militar, 1948.

un palacio encantado, apenas podrá recordarlo, creo que nació usted en 1935.

—Para mí el ambiente del colegio es casi de castillo de duendes. Es un edificio grandísimo donde uno puede deambular todo el día por él, viendo gente rarísima. Sobre todo en las Navidades y en Semana Santa, que se quedaba completamente vacío, aquello se convertía en un castillo fantasmagórico. Tenía largos pasillos, escaleras interminables, patios interiores por toda la casa, desvanes y bodegas. Dése cuenta que entre Miguel y yo hay una diferencia bastante grande: catorce años. Cuando yo empiezo a emerger a la vida, llevo una existencia completamente diferente a la del grupo de Miguel, más ordenada por el ritmo de las clases, mientras que él llevaba una vida de estudiante universitario, comía más tarde, etc. Mi contacto con Miguel es un poco más lejano. Luego lo recuerdo en el cuartel de Zaragoza, cuando estuvo en Intendencia.

—¿En qué momento, entonces, empieza usted a recuperar algunas de las historias que ha contado por ahí: el relato del comandante Sist, abatido a tiros en los tejados?

—Ya era muy mayor. Mi casa, por unas razones sociológicas, se convierte en el varadero de todos los familiares atrapados por la Guerra Civil, en la zona republicana o en la nacional. Viene gente de Azuara, de Belchite... Como mi casa era un internado, destinado en aquel momento a suboficiales heridos, hay siempre la posibilidad de recoger a los familiares y darles de comer la comida que había para los mutilados de guerra. Mi casa se convierte en una casa mítica porque aparecen personajes de lo más variopinto. Aparecen, igual en la guerra que en la posguerra, muchos parientes que salían de la cárcel y que iban directamente a la casa de mi padre, a comer, a cenar o a que les diesen dinero para regresar al pueblo. Y a partir de los diez o doce años, comienzo a reconstruir todo ese mundo que ha ido viviendo a mi alrededor sin yo conocerlo. Yo no me acuerdo de cuando estaban los huidos de Belchite o de Fuentetodos o de Azuara. Podía tener siete u ocho años cuando los parientes salían de la cárcel, recuerdo —esa tarde sí que la recuerdo— cuando salí del calabozo un pariente mío que había estado exiliado en Francia, que había permanecido con los *maquis*.



Miguel Labordeta. Abril de 1942.

Eso hace que en casa haya siempre tertulias muy largas. El horario de mi casa era el de enseñantes. Cuando llegaban las vacaciones, se hacían unas largas tertulias en las que empiezan a salir las historias de la gente: la del comandante Sist, que había sido profesor en el colegio y que fue acibillado tras una espectacular persecución, o la mi tío Donato.

—¿El tío Donato? He leído en algún sitio que era una criatura extraordinaria.

—Yo tengo una imagen muy nítida de él. Recuerdo por ejemplo que yo tenía muy mala ortografía y todas las tardes, estudiando primero y segundo de bachiller, subíamos a la parte alta del Colegio, donde estaban las aulas de Primera Enseñanza, y después de que habían salido todos los alumnos, el tío Donato

nos obligaba a hacer caligrafía. Recuerdo que subía con García Almanzor, estaba muy delgado y le llamábamos Gandhi, y con un hermano de Santiago Marraco. Entonces mi tío Donato nos contaba su vida en la Guerra Civil. Hizo la retirada del ejército republicano como prisionero de guerra. Tras la fuga hacia Francia de muchos de sus compañeros, decidió regresar a Zaragoza. Estaba en tal grado de degradación moral que el hombre en vez de venir directamente a casa se pasó la noche completa rondando por la ciudad. Hasta que fueron las ocho de la mañana fue incapaz de venir a casa.

—¿Su tío también le hablaba de Miguel?

—Sí, fue en cierto modo el fabulador de Miguel. Era tres o cuatro años mayor que mi hermano y vivía en casa desde siempre y tenía

mucho contacto con Miguel. Contaba cosas que luego Miguel no contaba. En el colegio había siempre un cura, mi padre era muy aficionado a ellos porque era rebotado de cura (de ahí que tuviese amigos curas), y una de las cosas que Miguel hacía era levantarles las faldas a los curas para ver lo que llevaban debajo. Y una cosa terrible de Miguel era que se convirtió en un especialista en dar patadas en la espinilla a las personas mayores. Y mi tío Donato también contaba aquella anécdota de Ricardo Zamora. Mi hermano era un *zamorista* tremendo y una tarde de domingo lo encontraron llorando como un descosido. Mi padre le preguntó: «¿Qué te pasa Miguel?». «Zamora mal y mañana lunes», respondió. Era la gran tragedia del

adolescente: no sólo había perdido su portero preferido, sino que al día siguiente había clase.

—*Cuénteme: en 1948 se publica Sumido 25, el primer poemario de Miguel. ¿Qué ocurrió en su casa?*

—En el Colegio hubo siempre un ambiente muy literario, muy culto. Y en 1948, no sé quién, leyó poemas de Miguel a sus alumnos, a los alumnos mayores de séptimo, que quedaron muy asombrados porque en aquel momento no sabían que Miguel era poeta, sabían que escribía cosas en la revista *Samprasarana*, pero desconocían que iba a publicar un libro. Sí sé que ese libro planteó problemas de relación a mi padre. Mi padre pertenecía a la escuela clásica, republicano, eso sí, de Virgilio, Horacio, sabía lo que sabían entonces los curas, y acabará siendo catedrático de latín. Lo que he sabido después fue el problema de José Camón Aznar e Ynduráin. Camón le recomendó a mi padre que tuviese cuidado con el libro porque era bastante escandaloso y le recomendó que, si no quería manchar su nombre, subiese los ejemplares al desván; sin embargo, Ynduráin le dijo que el texto era espléndido. Lo que sí recuerdo fue la primera carta que Miguel recibió y que yo leí: era de Joaquín de Entrambasaguas diciéndole que el libro era magnífico.

—*Inmediatamente aparecieron dos nuevos libros de Miguel: Violento idílico (1949) y Transeúnte central (1950). ¿Tampoco en esos dos años se percató usted de la trascendencia de ambos textos?*

—Tampoco. Mi relación con Miguel sigue siendo lejana, de hermano mayor, casi de padre, hacia hermano pequeño. Yo lo recuerdo cuando

era profesor mío de inglés, cuando yo tenía catorce años, los partidos de fútbol del equipo del colegio (era un forofo), que en aquella época era lo suficientemente grande y bueno como para terminar una final contra los Corazonistas y los Jesuitas. Eran emociones fuertes, porque que un equipo pobre y modesto como el nuestro jugase contra ellos era todo un acontecimiento.

—*¿Cuántos alumnos habría en el colegio en los años 50?*

—Creo que 80 ó 90 internos y 400 ó 500 externos.

—*¿Qué sabe usted de su frustrada experiencia madrileña, cuando quiso doctorarse y abrirse camino en la Universidad?*

—Me fui enterando con el paso del tiempo. Es una tentativa del año 1948. Pero fue algo muy decepcio-

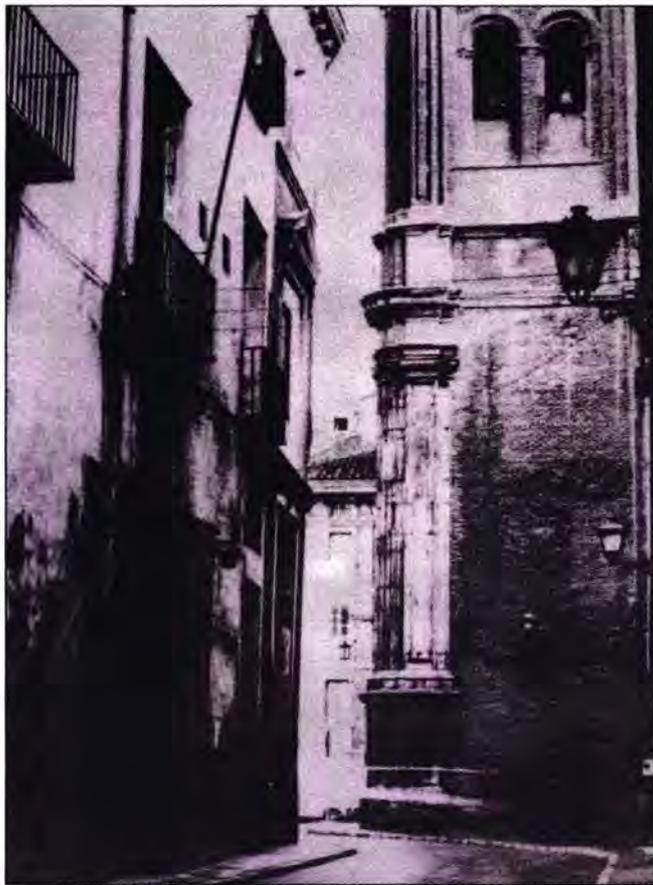
nante, acaso fuese que le agobió la tesis doctoral, y resumió la experiencia en un espléndido poema: *Recordatorio*. Miguel llevaba una vida muy suya, muy personal, respetuoso con todo el mundo. Yo solía entrar a su biblioteca, a partir de los quince años, cogía los libros que quería: *Las moscas* de Sartre, en una edición de Losada. De su biblioteca lo sacaba todo: desde *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust hasta *La Montaña mágica* de Thomas Mann, *Las uvas de la ira* de John Steinbeck o las *Cartas a un joven poeta* de Rainer María Rilke. Mientras yo iba descubriendo el universo de la poesía, Miguel ya tenía el suyo. Cuando yo llego a séptimo de bachiller empiezo a tener conocimiento de lo que es Miguel. Quizá ya lo tuviese desde quinto, por intuición, por sospecha. Mi-

guel, como le he dicho, nos daba unas clases disparatadas de inglés, donde se hablaba muy poco inglés, y de literatura. En sexto y séptimo van a llegar una serie de gentes que hacen de puente de Miguel conmigo: Fernando Ferreró (que ha sido antiguo alumno del colegio, que ha acabado la carrera y no tiene clases), Pedro Dicenta y Rosendo Tello, que viene de inspector y ha salido del Seminario. Empezamos todos a meternos en el mundo de la poesía y hallamos cobijo y protección en Miguel.

—*Hablemos un poco de su familia: tengo la sensación de que su padre era severo y su madre, aunque protectora, era dura...*

—Sí, muy dura. Siempre he dicho que era muy campesina. Era la que tenía todos los tabús fuertes. Sin embargo mi padre era un hombre

más severo de apariencia, pero a la larga era más tierno. Lo que le pasa a mi padre en aquellos años es que trabaja de una manera brutal, comienza a las ocho de la mañana y para a las once o a las doce. Recuerdo que todas las noches, a partir de las diez y media, se iba a la tertulia del Casino Mercantil y a tomar un café con mi abuelo y con mi tío Donato. Mi padre era un trabajador infatigable en el colegio, que estaba en una situación económica precaria. Mi hermano se llevaba muy bien con los dos. Muy bien. El otro día hablando con Juana, mi mujer, ella decía que Miguel tenía cierto magnetismo. No sé si es ésa la palabra justa, pero Miguel tenía cierto magnetismo, encanto. Una gran personalidad, tan enorme, que era absolutamente respetada. Miguel era un hombre que estaba hasta las seis en la



Antiguo Colegio de Santo Tomás de Aquino, en el palacio de los Gabarda.

sobremesa de casa. Se levantaba y sin decir nada se metía en su cuarto, que estaba en la puerta de al lado, se encerraba y nadie era capaz de ir a molestarle. Mi madre le tenía un gran respeto, aunque tenían polémicas domésticas, porque mi hermano era muy desorganizado, comía tarde, se levantaba tarde; luego cuando mi madre y Teresa, la criada, se quedaban dormidas ante el televisor, Miguel empezaba a dar golpes; dejaba el cigarro en la madera del sillón y se quemaba el mueble. Era el desorden doméstico. Pero por otra parte era muy tierno: llevaba todos los veranos a veranear a mi madre y a mi hermano Luis, que era epiléptico.

—¿Qué relación mantenía con su padre? No sería fácil para un hombre virgiliano y apacible como él aceptar los exabruptos y los tormentos de la vanguardia poética...

—Con mi padre se llevaba muy bien. Primero porque hizo un bachiller muy brillante, hizo una carrera muy brillante, aunque supongo que tendrían su polémica cuando dejó la tesis doctoral que iba a hacer con José Camón Aznar en Madrid, y, bueno, él se encontró con una cosa que le marcó mucho: mi padre muere en el año 1953 y Miguel tiene que hacerse cargo con mi hermano Manolo del colegio. Creo que a él eso no le interesaba nada, aunque luego su propia personalidad, su propio magnetismo produjera entre los alumnos una extraña relación. Había mucha gente que lo quería porque Miguel era muy campechano, muy rocerero, aunque tenía esas reacciones raras: de golpe desaparecía y se encerraba en su habitación. Miguel era socio de Helios, muy futbolero, tampoco tenía dinero. Creo que cuando murió tenía 700.000 pesetas ahorradas, que fueron las que utilizamos para la edición de las *Obras completas* de Javalambre. Y tampoco es que le faltase, no era consumista. La ropa, cuanto más vieja, mejor, si no la deshilachaba. Recuerdo que en una ocasión vino a Oropesa y tuvo que estar en una habitación en calzoncillos mientras le cosían el único pantalón que había traído. No necesitaba mucho dinero, aunque una vez se fue a París a ver un partido de la selección española, y también tenemos una foto suya de una procesión en el Vaticano. Son anécdotas de tipo familiar. Los viajes le gustaban mucho. Alguna que otra vez aparecía sin avisar: me visitó con Fernando Ferreró mientras yo estuve en La Seo de Urgell haciendo el servicio militar o aparecía por Teruel con un taxi de alquiler, con Manuel Pinillos. Otro día vino solo y nos fuimos a Cantavieja, bajamos a la playa, etc. Otra vez nos fuimos a Madrid para ver una exposición de Ricardo Santamaría que mostraba obras suyas con motivos de poetas aragoneses en la Biblioteca Nacional.

—En 1955 se estrenó *Oficina de Horizonte*, pero luego tardó mucho en publicar y pareció hundirse en una especie de pozo de desdicha y de cansancio.



Miguel en su despacho.

—Creo que aquí se da un hecho esencial. En 1953 muere mi padre y desde ese momento la dirección del colegio le absorbe, porque tiene problemas de todo tipo: de persecución burocrática, de instalaciones; era un desastre. Luego hubo que quitarlo de Buen Pastor y subirlo a Ruiseñores. Manolo y Miguel se encuentran con una carga que es el colegio y creo que eso a Miguel le va a secar. Escribe, escribe y buena prueba de ello es que hay mucho manuscrito, pero eso le va a secar. Mire, en casa el colegio era como un peso muerto que teníamos toda la

familia. De hecho Miguel hasta que no supera ese estadio no publica *Los soliloquios*, en 1969, del que llegó a ver un ejemplar.

—Volviendo a *Oficina de Horizonte*, usted intervino en la función...

—Sí, yo hacía de Saturno y hablaba desde el interior. Estuvo interpretada por Pío Fernández Cueto y Lola Gomollón, con escenografía de Agustín Ibarrola, que pintó los decorados sobre papel de estraza en el patio del Colegio Femenino. Pío era un pesado, pero también era la pesadez del hambre, de la necesidad. Yo me acuerdo que la historia de Pío, que estaba casado con una mujer vasca, delgada y encantadora, a veces era terrible. En más de una ocasión he visto a Miguel subiendo al tranvía de San José: iba a verlo con un pollo en la mano. Miguel siempre estaba buscándole recitales y actuaba muy a menudo en el colegio. Así fue como yo, insólitamente, oí recitar a Nicolás Guillén, Juan Ramón, Alberti o Lorca a los doce años en el palacio de los Gabarda. Pío siempre le estaba diciendo a Miguel: «Escribeme una obra, escribeme un monólogo». Miguel le escribió una pieza que a él le interesaba, luego he visto que ya había notas, anticipos en textos anteriores que ha descubierto Clemente Alonso Crespo. Cuando monta *Oficina de Horizonte*, Pío se empeñó en representarla sabiendo que no iba a hacer más que ese montaje porque no era una pieza para llevar por ahí.

—¿Cómo respondió la ciudad?

—Muy mal. Fue un domingo por la mañana en el Teatro Argensola, la imprenta se equivocó y escribieron *Horizonte* sin hache; luego Agustín Ibarrola dijo: «Pues nada, lo haremos sobre papel de periódico», pero la censura no permitió porque lo consideraba subversivo. En el teatro estaban los amigos: recuerdo que estaba Felipe Bernardos, el crítico de *Amanecer*, muy amigo de Miguel, era una buena persona. Curiosamente, en el único periódico que escribíamos los jóvenes era en el *Amanecer*, que era de Falange y del Movimiento. El director era un falangista revoltoso y respondón, muy amigo de mi hermano, al que habían enviado a Zaragoza castigado. Estaba toda la Peña Niké. Creo que fue una buena representación.

—Acaba de citar usted la Peña Niké, aquella tertulia tantas veces mitificada que se congregaba en el

café Niké. Tenemos una imagen estereotipada y acaso estridente del grupo, y también de Miguel en medio de él. ¿En qué medida coincide la imagen que tenemos de Miguel Labordeta en el Niké, vinculado con Julio Antonio Gómez e inclinado hacia el exabrupto, y la que tiene usted?

—Para empezar, Miguel casi no iba por el Niké. Y la realidad es que la Peña Niké giraba un poco alrededor de la figura de Miguel cuando venía alguien de fuera, un Alfonso Sastre o alguien así; Miguel aparecía por Niké algún domingo por la noche pero permanecía poco tiempo. Tenía su casa y le encantaba la intimidad de su habitación. Cuando Miguel hace más presencia por Niké es en las cenas de la OPI (Oficina Poética Internacional) y estas cenas eran un disparate. Eran un exabrupto contra toda la sociedad que había en esta ciudad. Era tan represora que lo podemos ilustrar con una anécdota. Eduardo Valdivia estaba haciendo oposiciones de Instituto en Madrid. Era hijo de un militar con muchos hijos y en su casa había muy poco dinero. Un día Miguel lo vio sentado allí y le preguntó que por qué no iba a Madrid a hacer el segundo ejercicio. «Porque no tengo dinero» le dijo Valdivia; por supuesto, que Miguel le dio el dinero. La actitud de la sociedad zaragozana la podemos ilustrar maravillosamente: una noche, algunos días después, Eduardo seguía un poco desesperado, amargado, y nos lo comentó a todos. De pronto dijo, en voz alta, que no soportaba el país y que cualquier día se iba a Moscú. Se levantó un Alférez Provisional que estaba en la cafetería, lo agarró y nos llevó a comisaría a todos. Eso era Niké. Las noches que cenábamos en algún sitio así, una vez al trimestre, una vez al año, se hacían los premios de Niké (creo que



Miguel con Raimundo Salas y su hermano José Antonio, en la entrega de los diplomas del Niké.

fueron tan sólo un par de veces). Eso ha quedado plasmado en foto y parece que los hacíamos todos los días. Estaban Julio Antonio Gómez con las pelucas, Manuel Rotellar, Lalinde, etc.; ésas eran las locuras. Lo que ocurre es que al Niké, los domingos por la tarde venían los del Barrio de San José (Gómez, Ignacio Ciordia, Raimundo Salas...) y venían borrachos perdidos. Armaban un escándalo en el Niké, que además a esas horas no había nadie, impresionante. Durante años, en el rincón donde estábamos, hubo una mancha de una tarta de nata que le tiró alguien a *El Gordo*. Durante toda la tarde habían estado bebiendo en la casa de Julio Antonio Gómez, en la calle Doce de Octubre, una casa un poco a lo García Márquez, una casa casi colonial, tenía un jardín precioso detrás... Quiero decirle que la tertulia Niké era más bien tranquila y a ella íbamos los *parados*.

—*¿Quiénes eran los parados?*

—Pues Pío Fernández Cueto que estaba parado y tenía mucho tiempo libre; Ignacio Ciordia y los estudiantes universitarios, que podíamos tener más tiempo: José Antonio Rey del Corral, Jesús Lizaranzu, Manuel Sopeña, Emilio Gastón. También solía venir Emilio Alfaro y Manuel Rotellar que, en ocasiones, bajaba de la bonita casa de Julio Antonio Gómez.

—*Ha aludido usted en varias ocasiones a la biblioteca, al cuarto de Miguel Labordeta. Descríbanos la habitación, su pequeño paraíso...*

—Era un espacio muy pequeño. Había una gran cortina, porque esa habitación daba al cuarto donde él vivía. Tenía una mesa de despacho. La biblioteca llegaba desde el suelo hasta el techo, en una pared; en otra pared, había una ventana, y bajo la ventana seguía habiendo libros, otra biblioteca pequeñita para que se pudiera abrir la ventana. En mi casa había oleadas de libros. Mi padre poseía colecciones de novela universal, en las que yo leí por vez primera a Sartre, otra colección de grandes narraciones rusas (Turgueniev, Puskhin, Chejov), creo que de la editorial Labor; había un armario que se abría como con corredera donde estaban todos los libros infantiles de la época de mis hermanos. La biblioteca de Miguel yo diría que tenía tres espacios: por una parte el espacio de libros de Historia y de Geografía; estaba la novela y el teatro, particularmente de Editorial Sudamericana y Losada, poseía muchas cosas de Jean Paul Sartre, como *El ser y la nada*.

—*Me sorprendieron en su biblioteca los libros de sus amigos poetas...*

—Tenía una porción esencial de poetas españoles amigos. ¿Amigos? Creo que con quien tenía mucha relación era con Gabino Alejandro Carriedo, con Carlos Edmundo de Ory, con Millán, un poeta que hacía poesía visual, y luego con José Antonio Novais. Con Gabriel Celaya había una relación de amor y odio; Celaya era un poco el poeta social que influía mucho sobre Manuel Pinillos. Algunos veranos, mi hermano y Pinillos se marchaban a San Sebastián y estaban allí con Amparitxu y Celaya. Mantenían muy poca relación con

Blas de Otero. Miguel con la cultura de élite de la ciudad —pensamos en José María Aguirre o Manuel Derqui— no tenía mucha relación, sí eran amigos, pero no mantenían estrechos vínculos porque Miguel era tímido y huidizo para las relaciones sociales.

—*Hace unos meses ya, Angel Crespo proponía una lectura novedosa de su hermano a través de su inscripción al expresionismo. Algunos lo vinculan con el postismo, otros con el surrealismo. ¿Usted cómo lo ve, cómo lo lee?*

—A mí esa teoría de Ángel Crespo me parece correcta. Miguel no es un poeta surrealista, aunque a veces lo parezca. Es más un poeta expresionista que está continuamente planteándose el problema del hombre. No juega con las palabras por jugar, sino que en todas sus composiciones y metáforas hay una expresión de la vida del hombre. Creo

que en Miguel Labordeta se da un cierto paralelismo con Fernando Pessoa. Ambos están replanteándose a sí mismos constantemente, están rebuscándose...

—*Usted dijo en una ocasión que Miguel, en los últimos tiempos de su vida, estaba obsesionado con Fernando Pessoa y Stéphane Mallarmé...*

—No solía comentar sus poemas, pero sí era un asiduo lector de ambos igual que de Alfred Jarry, el autor de *Ubu roi*...

—*Miguel murió en 1969 pero para entonces estaba muy cansado, muy decepcionado, como muy derrotado. ¿Qué es lo que había ocurrido para que hubiese llegado a ese estado de escepticismo?*

—Miguel, que era un hombre muy cariñoso, muy tierno, primero se encuentra con que estaba muy aislado y es muy poco reconocido. Yo recuerdo que el verano anterior a su muerte, Francisco Ynduráin me invitó a un curso de poetas españoles en La Magdalena, se lo dije a Miguel y éste hizo un comentario muy agrio. «Te invitan a ti y no me invitan a mí. ¿Qué pasa?». Ynduráin se llevaba muy bien con él, pero yo siempre he pensado que a Miguel le tenían un poco de miedo. No era cortésano, era arisco, aunque cuando lo conocías te dabas cuenta de que era encantador y generoso, con una enorme ternura, pero tenía poca mano izquierda para la sociología y las relaciones. Yo creo que a Miguel, por un lado, le va afectando mucho la situación del colegio porque aunque quiera alejarse del centro, en el fondo, es el administrador del colegio también. Se da cuenta que la situación económica es mala, muy complicada. Asiste, con amargura, al hundimiento del colegio.

—*Esa sensación iba acompañada, al parecer, de una desatención a su propia persona, de desaliño, de ausencia de deseos de vivir.*

—Recuerdo que aquel verano, que coincidió con la llegada del hombre a la luna, le comenté: «Miguel, coño, debías cuidarte más. Estás muy gordo». No mostró ningún interés. Miguel había perdido el interés por vivir. Físicamente no se encontraba bien. Él sabía que estaba mal de corazón (había ido a un médico y le había dicho que tenía un aneurisma), nosotros eso lo supimos luego, para que vea como era. El médico le pre-

guntó a qué se dedicaba, y al saber que hacía labores de tipo intelectual, le dijo que un aneurisma, si se cuidaba y no bebía, no entrañaba grandes peligros. El diagnóstico Miguel lo guardaba en su casa y no se lo había comentado a nadie. Estaba un poco amargado...

—*¿No era, además, muy solitario y esquivo?*

—Sí, amaba la soledad. Sí. Era un tipo que se pegaba muchas horas en su habitación, aunque era muy social

y muy cariñoso con la gente que quería. Muy cariñoso y, además, cualquier cosa le afectaba mucho. Estaba muy decepcionado del mundo que le rodeaba y se indagaba continuamente, «¿Qué hago yo aquí?». Llevaba una vida caprichosa y desordenada. Adoraba el fútbol, pero jamás conseguía llegar al campo de Torrero o a la Romareda a la primera parte de un partido. Siempre aparecía cuando se iniciaba la segunda parte.

—*Su historia de amor con Berlingtonia, ¿qué significó en su existencia?*

—Usted sabe que Berlingtonia existe. El otro día hablé con ella, le pedí la autorización para la publicación de unas cartas, pero ella dijo que no porque en realidad no fue nada. Estoy convencido. Ella era una alumna de 17 años, yo creo que fue un coqueteo por parte de ella, y Miguel estuvo más enamorado de lo que ella pensó. Pero luego Miguel se fue degradando (de joven Miguel era apuesto y atractivo. Se murió con 48 años, no era una edad para sentirse viejo), se fue dejando. El episodio de Berlingtonia se lo inventó Miguel en su propia soledad. El testimonio más claro es el que daba Dicenta en la película de Antonio Artero: fueron un par de veces al cine y poco más. Miguel era tímido con las mujeres. El otro día decía Juana, mi mujer, que era un poco el peso de la educación de mi madre: todos los Labordetas son un poco igual, ante la mujer están muy defendidos por la madre. Nuestra madre nos influyó mucho en la creencia de que la mujer es mala. Dice Juana que mi madre era muy machista.

—*A mí me parece que tiene un doble misterio: el misterio del poeta, del hombre que piensa, sueña y escribe; y el misterio del dolor, un misterio impenetrable, pero fascinante siempre. ¿No sé si comparte esta idea?*



En el campo de fútbol de Torrero.

El gran conflicto de Miguel es de orden metafísico. ¿Qué hago aquí? Recuerdo que algunas veces, cuando compartíamos habitación, salíamos al balcón a contemplar las estrellas. Le gustaba ver el cielo y me decía, casi en plan burdo: «No se entiende, no se entiende». De hecho en su poesía, a mi juicio con ciertas semejanzas con la de Pessoa, aparecen las mansiones azules, la llamada del poeta al que nunca le contestan, todo eso que aparece en *Oficina de Horizonte*: «Mamá, mamá, estoy aquí solo», el cabrón de Saturno diciéndole «los dioses te han abandonado», Orfeo. Es un poco toda la historia del pensamiento humano y occidental en Zaragoza. La gente no acaba de entender que es eso y no se acaba de entender que estaba aquí como un exiliado, asumiendo además un papel de burócrata que era lo fastidioso. Miguel nunca jugó el papel de poeta, nunca fue de poeta por la vida. Fue de director del Colegio Santo Tomás de Aquino, que pagaba poco, que tenía que ir pidiendo dinero por los bancos. A mi hermano lo amargó la vida. Orfeo de burócrata, ese fue su destino. La gente le da muchas vueltas a Miguel Labordeta, pero yo creo que lo ha contado todo. Ha sido tan sincero que todo está en su obra: su soledad descarnada pero también su tremenda vitalidad. Cuando hacía teatro, salía de payaso.

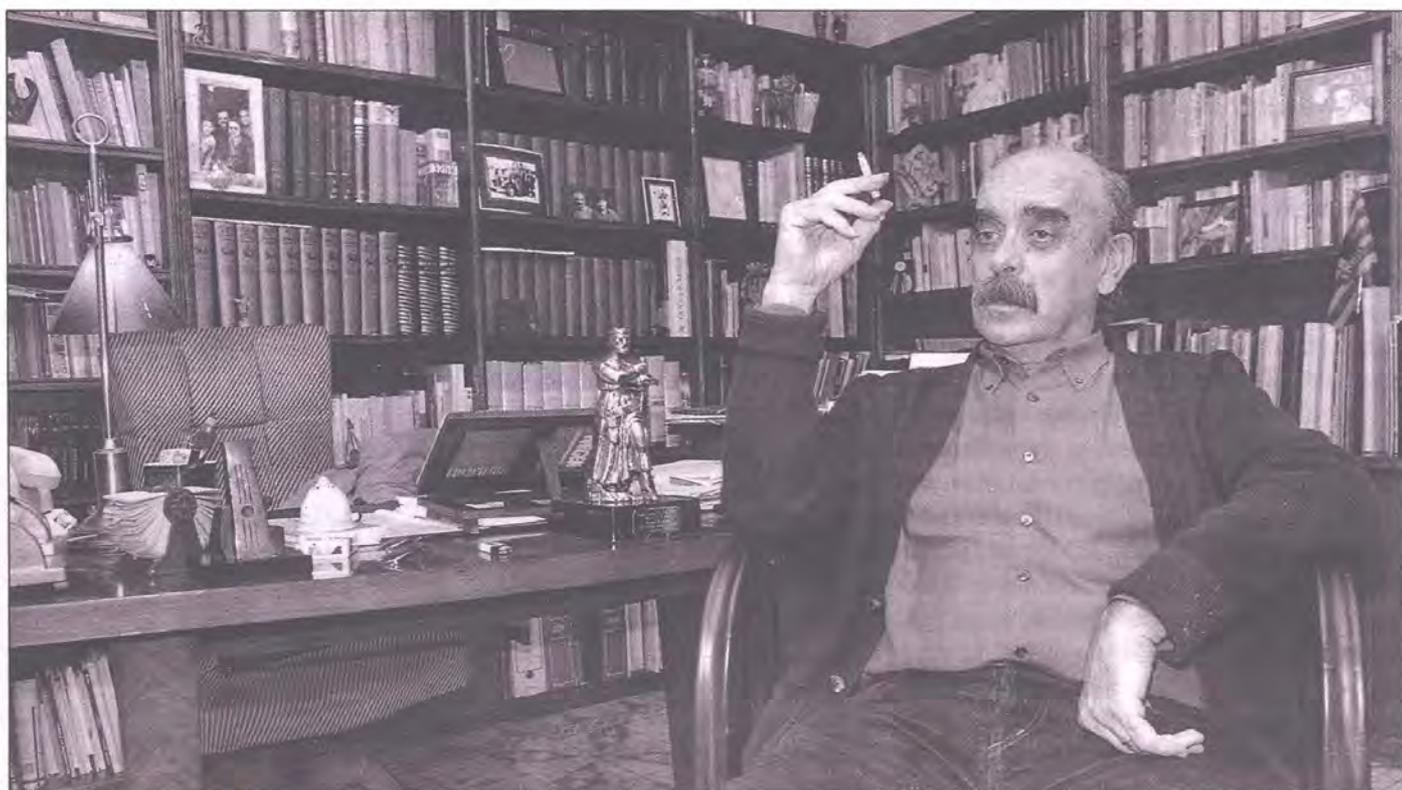
—¿Por qué cree usted que ha habido siempre en el aire, en Zaragoza, en la Universidad de Zaragoza una impresión de cansancio (y quizá de desdén) de Miguel Labordeta?

—Es un poco la incuria cultural de esta ciudad. Sí, yo también he visto eso. Es la incuria cultural hacia Santiago Lagunas. Le montan una antológica y se la montan tres. Si aquí hubieran vivido Buñuel, Serrano o Gargallo se hubieran muerto de asco. Cuan-

do usted asiste a la inauguración de la muestra del Grupo Pórtico y ve que no está ni el alcalde de la ciudad ni el presidente de la Comunidad Autónoma ni el rector de la Universidad de Zaragoza, aquí está pasando algo grave, y que la sociedad no se lo echa en cara, aquí pasa algo. Y si a mí me conoce alguien es porque he dado la barrila en Cataluña y en Madrid. Llega un momento en que esta sociedad zaragozana es muy inculta y muy cabrona. Y el problema de Miguel es que se quedó aquí a vivir y asumió el reto de una familia marcada por su militancia de izquierdas, aunque él jamás tuvo nada que ver con el PCE. Miguel, por otra parte, era muy crítico con toda la poesía social. Hay una cosa espeluznante: resulta que en este país es más importante Carlos Álvarez que Miguel Labordeta. Por Dios. Hay un momento en que a Carlos Álvarez lo proponen para el Premio Nobel. Paco Uriz lo puede atestiguar. Se trata de un mal poeta, sin duda. Alguna vez habrá que hacer la historia cultural promovida por el Partido Comunista.

—¿Qué reflexión final haría usted sobre la evolución de su poesía?

—Al margen de ese parón que se da en su obra por problemas particulares, creo que intenta rebelarse contra esa poesía manida y aburrida que se está dando en España. La manera de hacerlo son *Los soliloquios*, romper con toda la estructura del verso y buscar formas emparentadas con Huidobro, aunque con el conflicto metafísico de Miguel latiendo al fondo. Sigue diciendo lo mismo, quizá con más libertad de lenguaje y de metáforas. Mire, lo tengo muy claro: Miguel Labordeta es el mejor poeta del siglo XX en Aragón. Lo dije en algún lugar: nunca un poeta nacido en estas tierras había sido capaz de escribir una obra tan importante.



José Antonio Labordeta en la biblioteca de su casa.

Foto: Rogelio Allepuz.

Miguel Labordeta y el expresionismo

ÁNGEL CRESPO

En la época en que Miguel Labordeta empezó a escribir su obra poética no había en España, y tardaría mucho tiempo en haberla, ninguna poesía a ella comparable, y ello fue, dicho sea de paso, una de las causas del aislamiento entre querido y forzado de nuestro poeta. El cual protestó repetidas veces contra semejante estado de cosas, y muy notablemente en un escrito publicado en el número 47 de la revista *España*, del año 1950, titulado *Poesía revolucionaria*: «Atrás los artificios aconsonantados —escribe— o las inconsciencias surrealistas por otro lado, esto ya no nos basta». Se entiende que los artificios son los del neoclasicismo representado por la revista *Garcilaso*, cosa que el poeta confirma poco más adelante cuando dice que la revista en que escribe debe «limpiarse de artificios garcilasistas y popularistas (enormemente anacrónicos)». Los popularismos, más que de los otros, eran propios de los que formaban el círculo de *España*, si tomamos, como creo que debemos tomar, esta palabra como eufemismo de los noventaiochismos «tremendamente anacrónicos» puestos en circulación por los más conspicuos colaboradores de esta revista. Pero lo que más me interesa destacar de las palabras transcritas es la proscripción de las «inconsciencias surrealistas».



Una broma de Miguel. Jaca, 1955.

Durante aquellos años no había otro surrealismo poético activo que el del postismo y el de Juan Eduardo Cirlot, en castellano, y el de J. V. Foix en catalán, poeta, este último, al que dudo que conociera entonces Labordeta. A los que sí conocía era a los postistas, uno de los más importantes de los cuales, Carlos Edmundo de Ory, había emprendido ya otras aventuras literarias y le había escrito a Labordeta, precisamente en una carta de abril de aquel año 50: «Y no olvides que el surrealismo es a la poesía lo que un militar a la vida social de la cultura». Sin necesidad de descifrar esta frase, se entiende que es una condenación del surrealismo paralela a la de Labordeta en la revista *España*. Ahora bien, como quiera que su poesía ha sido calificada en más de una ocasión de surrealista, no creo que esté de más preguntarse ahora si en realidad lo era. La respuesta negativa ha de ser matizada en el sentido de que, siendo como creo que es, una poesía expresionista desde sus orígenes, fue acusando con el transcurso del tiempo claras influencias —de expresión, pero no estructurales— del surrealismo. Estas influencias serían mayores en la etapa de su producción —y de su publicación— que va desde finales de 1945 al mencionado año 50, durante la que publica los libros *Sumido 25*, *Violento idílico* y *Transeúnte central*, uno al año a partir de 1948. Y de ahí el mencionado equívoco acerca del citado movimiento. Se trata, en realidad, de momentos de cierto automatismo que no llega, sin embargo, a ocultar o debilitar la presencia del tema (largamente meditado por el poeta) que los suscita ni rompen o modifican el fluir inicial de cada poema o fragmento preparatorio del libro total que en realidad soñaba escribir Labordeta. Es más, en la mayor parte de los casos, una exégesis minuciosa realizada teniendo en cuenta el contexto evolutivo de esta poesía podría poner de manifiesto el sentido más o menos levemente velado de cada producto de dicho aparente automatismo. Pensemos

por ejemplo en uno de los poemas preparatorios de *Los soliloquios*, en el que se lee: «Mesándose los crímenes del corazón tardío / y sin embargo en lo que el macho que aúlla eternidad fatal / los planetas quemantes los sortilegios ignominiosos / oh jardín desconsolado y ebrio / de este hombre remoto de esta luna peluda / de este inquebrantable infierno de alegría...» (*Obra completa de Miguel Labordeta*, III, p. 31). «Mesarse los crímenes del corazón» equivale a remover la propia conciencia al mismo tiempo que a castigarla, y si el corazón es «tardío», no cabe duda de que se trata del corazón del poeta que, en otros versos de esta última etapa de su poesía, empieza a quejarse del paso del tiempo que le envejece antes de haber hallado una solución a sus dudas. Por muy dura que nos parezca la expresión «el macho que aúlla eternidad fatal, los planetas quemantes y los sortilegios ignominiosos», este macho no es otro que el mismo poeta que, en efecto, ha venido, a lo largo de su obra anterior, atormentándose con los temas enunciados en estos versos, es decir, con los de la eternidad, la creación y la muerte del universo, y con el de las ignominiosas, por pesimistas, consecuencias que estas señales cósmicas le hacen adivinar (de donde «sortilegios»). No voy a examinar ahora el resto de los versos citados, pues creo que basta con lo dicho para poder pensar que en la poesía de Labordeta hay siempre una referencia más o menos directa, pero no automática, a los perennes temas y motivos de su atormentada imaginación.

Como quiera que no ha habido en España una tendencia expresionista anterior a la poesía de Labordeta —cuya singularidad reside, entre otras cosas, en esta falta de antecedentes vernáculos—, me referiré, tanto para actualizar una idea resumida del expresionismo como para tratar de justificar mi afirmación de que Labordeta fue ante todo un poeta expresionista, al que podríamos llamar expresionismo original, es decir, al alemán, del que se ha dicho que es una «constructiva inquietud mental» que se produjo entre los años diez y los primeros veinte de nuestro siglo. A principio de él existía en Europa un gran sentimiento de crisis, cuya causa fue que la religión positiva, con sus relaciones firmes, se corrompe, y la filosofía, el arte y la poesía no pudieron sustituir su misión. Esta inquietud,

esta corrupción, este caos intelectual, es decir, una tendencia tremenda al nihilismo, fue sobre todo la consecuencia de la Guerra Europea. Y todas las aspiraciones que, antes de 1914, trataban de resolver esta crisis se fundieron finalmente en un movimiento revolucionario y explosivo llamado por sus representantes «expresionismo». El origen del expresionismo labordetiano es semejante al del expresionismo histórico, pues nuestro poeta protesta, precisamente desde una perspectiva personalísimamente religiosa, contra la corrupción de su tiempo, y contra la guerra, sin que falte en esta protesta una clara, aunque finalmente superada, tendencia al nihilismo.

La mencionada crisis, tal como la sienten los poetas expresionistas de lengua alemana, revela la fragilidad de la humanidad, lo precario de sus supuestas conquistas —incluidas las científicas—, rechaza el principio de «el arte por el arte» y hace que dichos poetas adopten una actitud con la que pretenden destronar el dominio absoluto de la razón y siguen el rastro al desgarramiento, a la vulnerabilidad, al dolor, al tormento, a la angustia, a la opresión, pero sobre todo siempre descubren la totalidad (el hombre). Y son precisamente el dolor, la angustia y la opresión sufridos por él y por los demás los que empujan a Labordeta a escribir una poesía cuyo fin último es el mencionado descubrimiento. Pero hay algo más que atormenta a Labordeta, y es el no creerse libre por completo de sus orígenes animales. De ahí ese inicial «Poema maldito» del año 1939 que dice así: «Estoy desnudo. / Sin dioses y sin



La mirada serena de un poeta herido, 1955.

besos. / Como el mar antes del primer día. / El viento putrefacto de los miasmas / geológicos / me invade en sucesivas olas / de reptiles gelatinosos / en angustia de mamíferos. // La glaciación invade / mis tejidos en la entraña / y mis glándulas / y un sordo rencor subterráneo / me agita las vías [¿venas?] / en una oscuridad de ancestral destrucción. // ¿Por qué? ... Todas las tierras están mudas. // Dios ha muerto. // Y en mi soledad arcada / por impulsos de planetas / siento infinitamente / un deseo de sollozar / como una bestia engañada / ante la muerte». Para los poetas del expresionismo, el hombre ya no es el «animal rationale», el animal que además posee la razón y por lo tanto ya no es un animal, sino una criatura



Caricatura de Miguel Labordeta por Santiago Lagunas.

dividida entre la sombra de la animalidad y la luz de la racionalidad, sentimiento que tan claramente se encuentra en este poema de Labordeta.

«Esta poesía —ha escrito Kurt Pinthus de la expresionista— se mueve desde el grito fanático de la batalla hasta el sentimentalismo.» Es que los poetas expresionistas eran, como luego lo sería el nuestro, «violentos idílicos», ¿pues no fue éste el título que Labordeta dio, para definirse como autor suyo, a uno de sus más conocidos libros? No voy a insistir ahora en los paralelismos entre la poesía de nuestro gran aragonés y la del expresionismo alemán, pues sé que cualquiera de mis lectores que los haya leído recordará los cuadros tenebrosos de corrupción y las referencias a la fragilidad humana de Gottfried Benn, y recordará también el lenguaje apocalíptico de Ernst Groll, o las protestas contra la guerra de Franz Werfel y, sobre todo, el lirismo de Georg Trakl, lleno como la poesía de Labordeta de bellas y originales, cuanto inquietantes, imágenes.

Siendo la originalidad y la audacia de las imágenes una de las características más importantes del expresionismo, el estudio de las de Miguel Labordeta demuestra que éstas no son nunca gratuitas y que van desde un nuevo tratamiento de las tradicionales hasta las más audaces invenciones, sin incurrir en la pura irracionalidad ni tampoco en el automatismo psíquico. Un sólo ejemplo, para no alargarme demasiado: si «El viento, como un búfalo, se desmelena por las estepas» (I, p. 92) puede ser calificada de imagen tradicional sin más, en cambio esta otra, «el unicornio

golpea la ventana bajo la tempestad nocturna» (III, p. 91-92), muy emparentada formalmente con la anterior, es también labordetianamente exaltada y perfectamente explicable si se conocen las connotaciones, tanto sagradas como eróticas, del mito del unicornio. Parece, pues, una imagen inspirada por Berlingtonia, la amada imposible del poeta.

Digamos para terminar que una de las poesías europeas en las que se dieron, si no movimientos expresionistas, sí individualidades afines a ellos, es la italiana de principios de siglo. Un gran poeta expresionista fue, en efecto, Clemente Rèbora, de cuyo lenguaje ha escrito recientemente el crítico y antologista Vincenzo Mengaldo que «Rèbora ha sido justamente unido a la categoría del expresionismo estilístico debido a la carga de violencia con que agrade al lenguaje, le apremia a convertirse en acción y casi lo estrella contra la realidad», y Gianfranco Contini observa, también a propósito de Rèbora, que esa violencia afecta sobre todo al verbo, de manera que los transitivos se convierten en intransitivos y viceversa, además de a otras reglas sintácticas. Las palabras de estos dos grandes críticos italianos son perfectamente aplicables a Labordeta, no sólo por lo que ya hemos visto al referirnos a sus imágenes, sino también debido a sus frecuentes infracciones expresionistas de la gramática. Sin comentarlas, recuerdo aquí algunas de sus heterodoxas —gramaticalmente heterodoxas, es claro— expresiones: «me voy muriendo un beso» (II, p. 57), «Me yago en cruz» (I, p. 166), «que hielan» por «que se hielan» (I, p. 78). No sobra espacio para detenerse en la creación verbal —no diré de neologismos, puesto que se trata de voces sin pretensiones de uso general— mediante la composición por yuxtaposición o gracias a la fusión casi inextricable de dos o más palabras, y me limitaré a dar un ejemplo de esta última con «enfécalo» por «encéfalo», en el que se funden elementos fónicos de la palabra «defecar» con los del mencionado órgano, mientras no son malos ejemplos de palabras compuestas «Burromántico» y «llantorrisa», por no citar otras casi quilométricas e igualmente expresivas, por supuesto, de uno de los aspectos del expresionismo labordetiano.



Madame Jounakos implora al genio de la O.P.I.

Vigencia de Miguel Labordeta

FERNANDO ROMO

Desde luego, a primera vista, la obra de Miguel Labordeta resulta chocante y difícil de encasillar en la historia «normal» de la poesía: imprecaciones enfáticas, pasiones tremebundas, preguntas existenciales, torrente verbal o concisión telegráfica, ecos no escasos de grandes poetas del 27 como Lorca o Aleixandre... y todo ello en la posguerra. Impresiones éstas que motivaron ya en su día toda una serie de exclusiones: de la *Poesía Social. Antología (1939-1968)*, de Leopoldo de Luis, por no ser suficientemente un poeta social; de *Un cuarto de siglo de poesía española (1939-1964)*, plataforma de lanzamiento de la «Escuela de Barcelona», por no ser ni claramente simbolista ni claramente realista; de la *Antología de la Nueva Poesía Española (1968)* de Batlló, esta vez por los años de publicación de sus libros.

Sin duda, a los realistas de alrededor de 1950, el intento de Labordeta de enlazar con lo mejor de la poesía de la República les parecía anacrónico, y para cuando, en 1970, —nueva operación de lanzamiento— algunos *Novísimos* volvían a la vanguardia, Labordeta

había muerto prematuramente el año anterior, en plena efervescencia creativa, a punto de alumbrar su «Metalfrica».

Hojeo el último número de *Ínsula*, el 565: alguien protesta contra que la crítica se siga haciendo todavía hoy a golpe de antologías y «panoramas», en vez de leer directamente incluso a quienes no se pliegan a los lenguajes de escuela (Ricardo Senabre se quejaba ya en 1972, al prologar las *Obras completas* de Miguel Labordeta, de las consecuencias de tal método).

Pues bien, hágase la prueba de volver a Labordeta: ¿hay lectores que lean no por profesión, ni para estar al día, ni para informarse, ni para formar a sus alumnos, ni porque toca hablar de tal o cual autor, sino pura y llanamente por placer; es decir: que releen? Pues comprobarán que muchos antologados de «nómina», —y no digamos sus seguidores— resultan no poco soporíferos, mientras que Labordeta tendrá virtudes y defectos, pero la rutina con él es imposible.

Es verdad que puede resultar hoy difícil identificarse con preguntas cómo «...el Hombre, / decidme: el Hombre, / ¿para qué existe?»; o que no acabamos de identificar el contenido del «amor viril y sin objeto» con que el poeta pretende salvar al mundo. Pero ¿quién se negará al deseo labordetiano de comprender y comprenderse?: «A ver si así / sólo y con todo / compongo de mi sed indecible / el tremendo suceder de la Totalidad». Es posible no compartir la ideología explícita de un poeta, y, sin embargo, dejarse alcanzar por la intensidad de su búsqueda: dudo que haya otro con una conciencia tan aguda de, por ejemplo, la pertenencia del ser humano al universo físico.

Si se trata del mundo social, su captación de la realidad que le rodea allá por la década de 1950, es de un revulsivo muy superior a la de los poetas «oficialmente» sociales. En el impresionante *Crucifixión*: «Un severo guardia de la porra, / antiguo enamorado de las mangueras, / solicita nombres y apellidos. /



Miguel con Pío Fernández Cueto, Manuel Pinillos y un amigo.

Nuestra propia voz desconocida nos sorprende: ¡Crucificados!». O, refiriéndose al contraste entre las ideologías oficiales y los hechos, que hace pensar en hechos próximamente terribles como la guerra en Bosnia: «¿Y era este precipicio abisal / lo que llamasteis gentilmente / 'orilla de los besos'? / Los hombres fusilados / se quejaban cada amanecer / bajo las caricias violentas / del bombardeo / ... ¿Y a esta voluntad de morir, / a este frenesí de trombas / en callejones destruidos de mazmorras / habíais nombrado 'existencia' y 'virtud'?».

En los días de la guerra del Golfo —que, por cierto, parece nunca haber existido— ¿qué versos expresaban más rotundamente nuestro rechazo de un mundo odioso que los de *Yo me lavo las manos*, o estos de *Un hombre de treinta años pide la palabra*?:

Por todo yo protesto. Yo os denuncio. Yo os acuso.
 Cogeré mi mochila con mi cara de cura
 si me dejáis con vida
 y huiré a las sagradas colinas junto al mar inmensamente nuevo
 a leer a mis poetas chinos preferidos
 y que el mundo tiemble por vuestros pecados y se arrase
 mañana por la mañana.

Frente a la seriedad doctoral de los poetas sociales, tantas veces obligados a hacer literatura «con buenas ideas», y obsesionados exclusivamente con la situación española, Labordeta se permite una ironía que nos suena muy actual: «Los Rusos y los Yankis se aprestaban a hacernos ya la pascua», de *Recordatorio*. O recurre al humor negro, como en *La penúltima declaración del ilustre profesor sin chaqueta*:

Esta tarde
 con todo respeto y consideración absoluta
 ...
 transmito urgentísima instancia desolada
 al Magno Fabricante de narices y de pequeños locos mundiales:
 «Esto es un asco. Este mundo nuestro es de lo peorcito en su género.
 Respetuosamente ruego aceptéis dimisión de un existente jovial y atribulado».



Miguel Labordeta en Sevilla, 1968.

Deliberadamente estoy invitando a una lectura no arqueológica: es verdad que el nervio de su preocupación desde *Sumido 25* hasta *Epilírica* —yo mismo lo he señalado en otro lugar— es el existencial, pero la indignación del poeta ante el mundo conserva toda su vigencia: se podría bautizar la suya como poesía de la exasperación.

Pero hay en él otros registros. Léase la irónica definición de lo cotidiano de *Breve experiencia del soldado*, la ternura y el abandono de *Pequeña meditación en una noche de agosto* o el nihilismo de su segundo libro, *Violento idílico*. El poeta ve más y mejor que nosotros, y no se le escapa la dimensión cósmica y temporal del instante: «Es posible que un día / dentro de millones de años / encontremos su pulpa

de cuadrúpedo / en el tótem de una gota de lluvia / que ansie dulcemente aniquilarse / en un rayo de astro fulminado».

El segundo Labordeta, el de *Los soliloquios* y *La autopsia de una nueva metalírica*, póstumo e incompleto, escribe los dos poemas más impresionantes sobre la guerra civil (desde la perspectiva de un no combatiente), que conozco. De *1936* es aquella terrible definición: «eran los siglos podridos reventando»; y de *La guerra civil*, aquel final: «todo fue / arrebatado / por un / viento / impasible / que se llamaba / ol / vi / do / o / des / truc / ción». La lucidez respecto de la posibilidad de encontrar interlocutores, y la conciencia del tiempo le inspiran el *Cuarteto irremediable*: «Cuando tú me leas dentro de mil años». El caos de estímulos de los medios de comunicación de masas —capaz de trivializar las tragedias más dolorosas a golpe de anuncios de automóviles y detergentes— le sugiere collages perfectamente actuales como *Segunda revolución industrial*. A un problema tan característico de la poesía moderna desde el simbolismo como es el de la propia identidad debemos el *Planisferio del alquimista Zósimo*, extraordinario mapa de la conciencia personal.

Por desgracia sólo conservamos —gracias a la paciencia, primero de Rosendo Tello y luego de Cle-

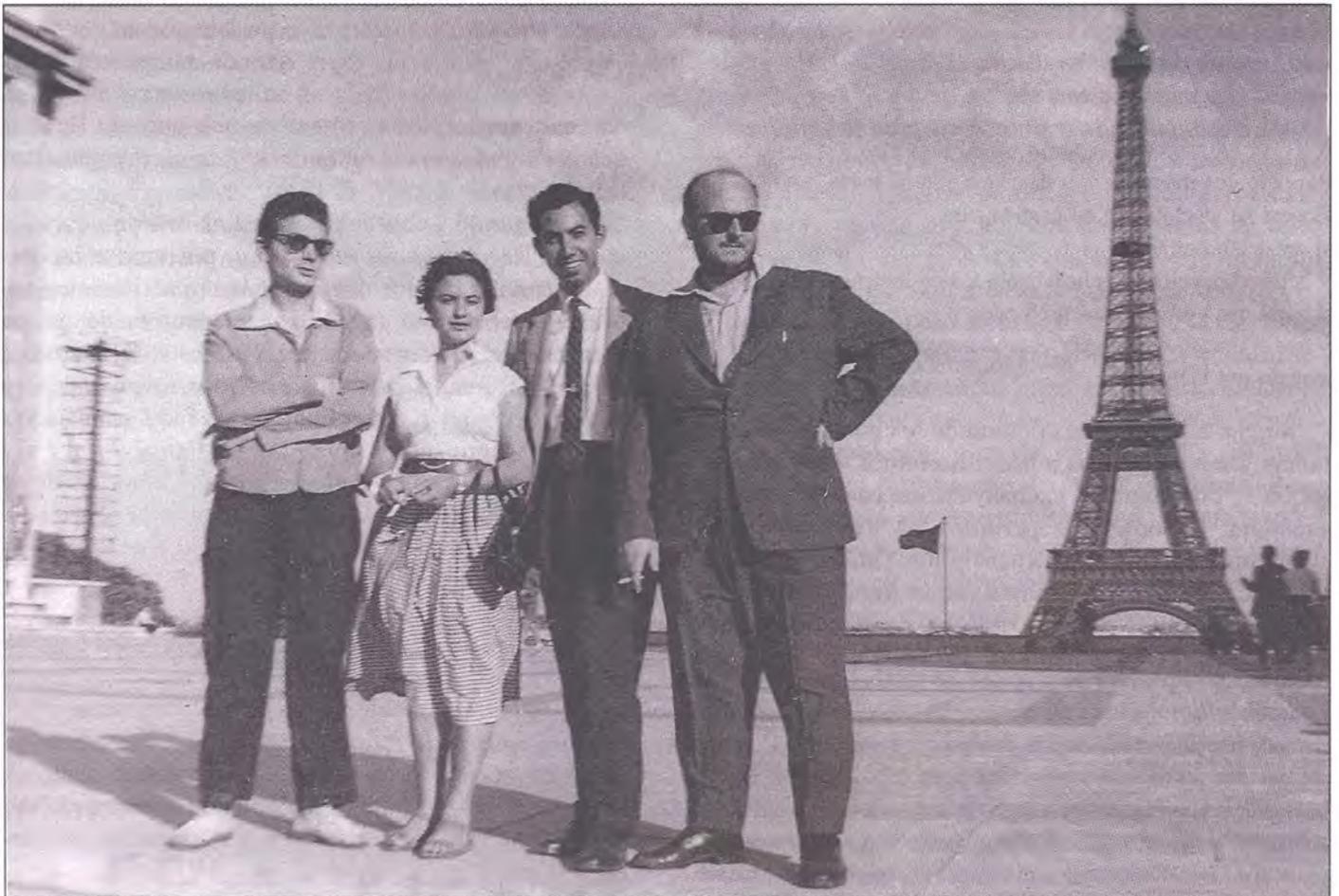
mente Alonso Crespo— un borrador de *Autopía*, incompleto y provisional, a ratos de un hermetismo exasperante, pero con hallazgos como el poema 67: pocas veces, si alguna, se ha cantado así a Zaragoza: «Mi ciudad natal / era todo lo que amaba / ...oh tú mi ciudad nativa fascinante y deforme / junto a la eternidad altiva / de tu profundo padre Ebro caudaloso / inmenso toro muge / en desafío enamorado / bajo soles y estrellas / hacia la mar lejana que te espera / hacia el silencio». Es un conmovedor autorretrato el poema 83: «Perdí mi juventud mi ciudad desconocida / mis amores incendiados la rosa musical / de cierto corazón bajo la lluvia indómita / me contemplo en los espejos un viejo estremecido / carcamal glorioso...».

No he pretendido citar pasajes «representativos» de aquellos temas que hay acuerdo en considerar característicos o definitorios del autor, sino versos y poemas a los que vuelvo con gusto. Porque aunque sería necio despreciar el valor de los contenidos, éstos se quedan en el lector en tanto se plasman en una retórica. No hay que tener miedo de la palabra: versos como «¡levad anclas, navíos de mi ensueño!», o «me habéis dejado sólo con mis sueños», o «Puesto que el joven azul / de la montaña ha muerto / es preciso partir», apelan al lector tan poderosamente como para ganar su adhesión estética.

Los poemas de Labordeta, por extensos, no están exentos de desfallecimientos, pero cuando logra ajustar

el tono al caudal de su voz, el resultado es espléndido. Lo que para nosotros sería expresión abstracta: frustración, para él se concreta plásticamente en personificación, crueldad y hundimiento de lo elevado: «sol decapitado». Lo que para nosotros sería interrogarse: «Él que se golpeaba a menudo las pupilas...». El ensimismamiento en la meditación: «amargamente denso me trabajo». No son pocos los versos y pasajes memorables, esto es, las troquelaciones verbales con tan alto grado de necesidad interior como para grabarlas definitivamente en la conciencia. Por los últimos años de Labordeta, otro admirable poeta, Jaime Gil de Biedma, nos regalaba lo que se ha dado en llamar poesía de la experiencia, hoy tan en boga. Desde luego narrar no es el fuerte de nuestro poeta: lo suyo es más bien ver la dimensión cósmica, la certeza del tiempo y la muerte en lo más insignificante; rechazar con indignación un mundo que distrae de las grandes cuestiones; indagar alguna posibilidad de trascendencia. Ahora bien, ¿por qué obligarnos a escoger de modo excluyente entre una forma y otra de escritura?

Si releemos cualquier poema porque nos ofrece una representación verbal original de alguna verdad humana —¿qué, si no, justificaría mantener el diálogo?—, la idílica violencia, la intensidad de su inquisición, y la enérgica reinención, contra todo y todos, de una vanguardia imposible en la posguerra, hacen ya de Labordeta —a pesar de, tras, bajo, sin, apenas con la crítica— un clásico contemporáneo.



Miguel Labordeta en París con unos amigos.

Miguel Labordeta, 25 años de su muerte

FERNANDO FERRERÓ

No busco en el espejo
tu corona de búfalo.
No sé cómo es el ritmo
de tu verso nocturno.
Allá, en la noche, tramas
desoladas imágenes que nadie
percibe. ¿Ya no cantas
para nosotros?... Te deslizas
poblando una ciudad reversible
de luz y sombra alternativas.
No sé cómo es tu verbo
y si habrás alcanzado
esa expresión total del tierno
transeúnte central, perdido
de su materia básica.
Después de todo,
tu lucha con el ángel
del estilo prosigue,
leyéndote con años por en medio.
Viene el *retrospectivo existente*,
que invade las estancias vacías
y recoge palabras
tan lejanamente idas
que apenas testifican sus hechos.
Canta al buzo de bronce y fuego,
que estrictamente sube,
del mar, el ánfora repleta.
Las algas del mensaje
deconstruyen el texto viejo
en ese transparente marino
donde se anudan tus palabras:
cristal fraterno
de tu muerte asumida
por nosotros, que vemos
como *vas cada lunes*,
bajo la lluvia sorda,
hacia el próximo aniversario
de tu total fallecimiento.



Teoría y acción poética

ÁNGEL GUINDA

Un cuarto de siglo después de la muerte de Miguel Labordeta, casi todo, en poesía y en España, sigue igual: de mal en peor. Salvo excepción, las jóvenes voces más relevantes del momento nos llevan al pasado, más que al futuro, desde un presente que parece no existir. Poesía ombliguista, descomprometida, aséptica, frívola, rala, que vive de rentas de la lectura más que del riesgo y la energía de la imaginación; oportunista, ni siquiera apta para los iniciados de la secta, divorciada de las mujeres y de los hombres de la calle para quienes, en venganza, la poesía ha muerto, y los poetas (más ocupados en levantar publicitariamente un nombre, su nombre, que en crear una obra definitiva) son féretros acicalados, expuestos en el gran escaparate de los medios de información, los

trasnochados cenáculos literarios y las antologías bajo sospecha.

Frente a tan vergonzosa situación, la poesía de Miguel Labordeta se nos vuelve a aparecer fresca, nueva, original, humanísima, valiente, impura y con defectos; pero despabiladora, auténtica y tremenda en su torrente moral y aleccionador. Una poesía cuya belleza está hecha, en su fondo, de esencia (el ser y sus coordenadas: espacio, tiempo, pensamiento) y de existencia (soledad-solidaridad, vacío, ansiedad, angustia, nada, absurdo, libertad); y, en su forma, de un amargorrealismo aderezado con rebeldía e independencia (de ahí sus neologismos), humor doliente y un ropaje de surrealismo más hippy que intelectual.



*Las Palmas de Gran Canaria, 1958.
Julio Antonio Gómez,
Miguel Labordeta y
Pío Fernández Cueto.*

INTENCIÓN Y PRÁCTICA

Resulta apasionante rastrear en la obra labordetiana las correspondencias entre declaración de principios y resultado final, entre teoría y práctica, intención y acción. Leída y convivida esta poesía de amor y vilipendio a lo mejor y peor, respectivamente, del ser humano, conviene sumergirse en aquellos contados textos en los que nuestro poeta se posiciona en relación con la poesía y el arte, en general, y con el fenómeno poético de su tiempo, en particular.

En confesiones esporádicas, casi siempre de coyuntura editorial para la proyección de sus libros, Miguel demuestra una olímpica indiferencia respecto a que su poesía «pueda ser comprendida por pocos o por muchos o por nadie». Y es en sus Manifiestos (*Poesía revolucionaria* y *Segundo manifiesto —ópico—*) donde se perfilan rasgos de una estrategia de creación a seguir. Ataca en ellos a la poesía «subvencionada y artificiosamente perfecta». Se solivianta: «No una poesía minoritaria y cadavérica, mas tampoco una poesía popular y sentimental». O preconiza la necesidad de «una poesía catártica, depurativa, en la que el poeta se dé por entero en holocausto verídico».

Paralelamente, apenas son cuatro los poemas en los que Labordeta adopta una postura, por la que apuesta, ante la poesía y su escritura. El primero de ellos, «La voz del poeta» (de *Transeúnte central*) hermana dos fuerzas clave en su cosmovisión: amor y poesía; y representa, pese a todo, una dosis de estímulo para la lucha heroica de quien se sabe, fatalmente, abocado a un destino poético, a clamar en el desierto desde el rigor de su propia conciencia vigilante: «En lo alto del Faro / amando / sabiendo que el amor es un fracaso / y cantando / sabiendo que su canto no ha de ser comprendido». El segundo poema (de *Los soliloquios*) que, explícita y significativamente, se titula «Poética», une la poesía con la vida en un clima de desaliento, dejando constancia del creador como ser incompre-

didado incluso por sí mismo, ser que algo tiene de espíritu sagrado en conflicto con la existencia humana: «no entiendo / lo que / escribo / ... / no entiendo / lo que / vivo».

Los otros dos poemas a los que me he referido pertenecen a su libro póstumo *Autopía*. En uno reivindica Miguel la doble condición de representante-profeta e inventor-creador del poeta: «Tú cantarás por todos / ... / oh individuo inventor de la noche feliz / pues son los más los que se reconocerán / en ti un lejano día». Las imprecaciones del otro soliloquio obedecen a una voluntad didáctica, de poeta sabio, que ofrece sus consejos, como testamento, a los jóvenes poetas inocentes. Rosendo Tello (en su ejem-

plar fijación de los textos de *Autopía*) subraya las fórmulas labordetianas que, a modo de poética, confluyen en los versos centrales del poema al que aludo: «Realismo subjetivo, subjetivismo objetivo», reconocer lo sagrado en el mundo real: «Escucha joven poeta inadvertido / escribe para todos / es decir para nadie / ... / vuelve sagrado cuanto toques / natural / cuanto toques sagrado / vuélvelo natural».

De tan selectos cultivos podríamos «traducir» un arte poética con unos cuantos principios programáticos. Escribir para sí mismo. La inspiración es una sacudida de energía irracional que se manifiesta. El lenguaje corrosivo favorece la concimación de la conciencia del lector. Escribir

comprometidos con la verdad y con la vida. Defensa de la belleza eficaz. Hacer caso a la libre intimidad visceral en su radical enfrentamiento a un mundo putrefacto. Y hasta burlarse de los propios dogmas del escepticismo.

La heterodoxa, y desenfadada, aplicación por Miguel Labordeta de sus intenciones a la acción poética, dio como resultado una obra dinamitadora de toda suavidad condescendiente con lo inocuo y aburrido en arte. Una obra que, tocada por la magia del lenguaje y del amor, tiende un puente de fraternidad entre la realidad y los ideales, entre lo divino y lo humano.



Miguel fuma en su pipa de calavera.

Aquellos días del Niké

GUILLERMO GÚDEL

La actitud del poeta tiene mucho de ejercicio de magia y de liturgia.

Cuando todo está lejos es difícil seguir la trayectoria de los hechos pasados, ponerles un presente fidedigno, mostrarlos tal cual fueron bajo la prontitud compareciente del encuentro amistoso, de la conversación o del saludo, porque éstos no se quedan en la precisa imagen del momento y huyen como los días, se alejan sumergidos en el tiempo de las evocaciones, allí donde lo vivo es ya una esencia flotando en la memoria sobre la imprecisión de la distancia.

¿Cuánta historia ha pasado desde que se hizo firme mi amistad con Miguel Labordeta? ¿Mucho? ¿Poco?

Siempre parece mucho. También parece poco. Depende de medidas subjetivas. El ayer está aquí porque está con nosotros todavía, queremos retenerlo junto al mejor instante del entonces, nos acerca a las luces que había en la figura bienquerida, rescata las señales de los que conocimos, nos devuelve la personalidad de quien estuvo alzado en nuestro afecto.

Siempre es mucha la ausencia cuando lo que queremos no regresa, cuando quien ha partido hacia su último yo nos da lo cierto de la transformación de una materia feble en la que nunca posaremos los ojos, a pesar de envolverla con memorias, con unas añoranzas agradables, con un modo cordial de entender unas causas, unos casos, acaso lo que eran y daban las costumbres, todo aquello que alumbra y que se apaga en el círculo extraño que conjunta los mares y las tierras.

Soy amigo de amigos con la correspondencia en que se basa toda sinceridad. La amistad es el nexa inmaterial que linda con lo excelso porque en ella no caben intereses bastardos o egoístas, abarca en sí los gestos apacibles, los que dan a la vida un correcto sentido intercambiable de voces dialogantes, en donde se articula el buen humor, las bromas y las veras, sin llegar a los dimes y diretes de la dicción punzante, la que intenta zaherir con disimulo.

Vengo a decir que estuve con Miguel Labordeta algunas veces porque no fueron muchas las mutuas coincidencias personales para seguir un pacto confidencial. Todo es alternativo en cada circunstancia individual, como las pro-



Cena de monstruos.

fesiones, la cotidianidad de tener que seguir con los deberes, los previstos apremios, las peripecias, más o menos gratas, de atender las llamadas de las necesidades más vulgares, eso que pone en pie sobre lo elemental o subsidiario.

Antes de coincidir con este afectuoso enredador —tierno arcángel Miguel de la «zaragozana gusanera»— me habían acercado el texto de *Sumido 25* —años con que contaba al salir la edición del poemario—, que leí con asombro, y digo con sorpresa porque era una forma de hacer la poesía con distinto pulso a toda la anterior y lejana de toda conexión con ecos romanticistas, clasicistas y subsiguientes «istas».

Le conocí más tarde, tal cual era, por los años más próximos a la década quinta de este siglo. Sucedió en el «Niké» —sobrio salón de espejos con los servicios de cafetería, licores y refrescos—, en donde tomó asiento una tertulia llegada de «Ambos mundos», con apenas entronque numeral, pero que, andando el tiempo, llegó a exceder del número de contertulios, todos ellos vinculados al arte, en mayor grupo aquellos que Miguel llamó «de la poesía secreta».

No se sabe por qué la poesía ha sido postergada por la tácita prensa. Lo literario sólo son ideas, actos pensamentales, escrituras salidas de los somas, de las identidades; no esgrimen las razones de la fuerza, no llevan metralleta, solamente verdades interiores. Por entonces, pensar era ser aspirante a condenado, pasar al anatema, ser nombre en una lista tenebrosa con el correspondiente signo de ser un insumiso, un enemigo.

¿Se encontraba Miguel en la nómina de los subversivos? Lo supuesto es que sí, dados los estamentos que regían. Llamarse «ciudadano del mundo», establecer una «Oficina poética mundial», tan hipotética como imposible; estar entre «despachos literarios» con fórmulas más nuevas, menos horizontales; tener el humanismo a flor de estrofa, subir a la azotea del discernimiento..., indicaba ser presa de todos los patetas infernales.

¿Cómo era exteriormente? Quienes le conocimos en presencia conservamos los rasgos de una figura media, no muy alta, tipo mediterráneo, sin cabello en la testa, con un porte de profesor al uso, más bien aburguesado si se atiende a la visión total que puede dar un hombre sin problemas, satisfecho de sí, tal vez de un bienestar, quizá de un modo de no sentir carencias nutritivas, cuya fisonomía diera la placidez de un clérigo pasado de cintura.

La bondad le salía del brillo de unos ojos definidos por un carácter suelto, dados a los demás con la mirada atenta y comprensiva, no hurtada ante los otros dialogantes, dispuesta a la sonrisa, más también a la zumba, al desenfado, a la broma inocente, al fuego socarrón, a los retruécanos de la comicidad, a ese comportamiento aragonés de la agudeza pronta para poner apodos al vecino, para ponerle en solfa la fachenda real o pretenciosa.



Algunos miembros de la O.P.I. (Miguel, Rotellar, Pinillos, Ferreró y Julio Antonio Gómez).

Con su «cara de cura», como decía él, se presentaba ante sus amistades dispuesto a expandirse, raras veces bajo circunspecciones de índole introvertida. Los espacios que dedicaba a estar acompañado se colmaban siempre de humorísticos lances sobre la catadura intelectual de autores celebrados por los

panegiristas de lo vacío, que, a fuerza de consignas doctrinales, proclamaban la vuelta hacia una poesía de torpe ofuscación reminiscente.

En aquella tertulia, algo dispar y un tanto extravagante, apenas se tocaban los hechos literarios producidos en el ámbito hispano y, mucho menos, en el propio ambiente, en donde cada miembro eludía mostrar los resultados de su labor artística ante el temor de verla ironizada por la excentricidad demoledora de los compañeros. Allí no eran posibles las lecturas para valoraciones. Ni siquiera Miguel compartía el alarde inoportuno.

No obstante esta reserva, todos andaban por la misma cuerda, todos iban haciendo su quehacer respectivo en soledad; todos, de cuando en cuando, cambiaban por correo sus trabajos, sueltas publicaciones de libros o folletos que expresaban unas dedicacio-

nes de tipo semejante, algunas de ellas de proverbial tensión. En Miguel Labordeta estaba el uno.

Miguel no era un asiduo de las comparencias amistosas, las que tienen un fondo de desocupación o de indolencia, de estancia en el casino, de partida de cartas a tal hora, de recibir las horas en cómoda postura de quietud... Estaba entre lo suyo, su colegio, su código docente, su estar con la familia, con su alumnado y su profesorado, aunque también andaba con sus meditaciones de alto vuelo sobre la trascendencia de las graves preguntas de su ser.

En pocas ocasiones se dejaba caer por el «Niké». Esporádicamente gustaba de encontrarse entre poetas, junto a los que se hallaba, como inefable Pedro por su casa, predispuesto a pasar una informal velada, unos momentos de sana diversión, de unas cuantas sonoras carcajadas, tras cuyos pasatiempos se decidía a andar por la ciudad, acompañado siempre por aquellos a quienes no importaba prolongar el encuentro hasta pasada ya la media noche.

Era un hombre travieso, un espíritu burlón sin demasías, pues bajo su talante de profesor agudo con chaqueta, iba sin ella encima; es decir, trocaba su apariencia acostumbrada por una libertad no comprendida, por saberse exento de lo etiquetado, de la rutina rancia, formalista, sellada de prejuicios, tendente a convertir a la persona en un retrato falso, en un modelo representativo de viejos atavismos, incluidos los sermones del domingo.

Dimanaba de ahí su gana de entregarse a pensamientos menos preconcebidos, menos entrados en obligaciones, en radicalidades, en pretéritas pautas, en carteles de única dirección o inalterable norma restrictiva. Él salía de sí, burla burlando, para acomodarse al arte de volar sobre cualquier barrera inamovible, sobre cualquier concepto que fuera dirigido expresamente contra los sentimientos sagrados del sustrato individual.

Es natural, por ello, su escapada vital hacia sí mismo, hacia una identidad menos tensada por los cometidos, tal vez más deseosa de abandonar la soledad

buscada, de saberse entendido en su otro menester, la poesía, que le había otorgado una pronta salida al exterior, una correspondencia de ilusiones con otros animosos colegas que también soñaban con dejar en los escritos parte de la belleza, algo de la verdad que late dentro.

¿Cómo era interiormente? Nadie conoce a nadie. Sí decimos que Miguel Labordeta se encontraba ante sí con sus poemas como otro Segismundo entre los soliloquios trasoñantes, con una larga cuenta de importantes preguntas sin respuestas, con un espíritu atento frente a la transgresión y la injusticia, con una acusación dirigida a los hombres responsables de los asesinatos, a quienes no conocen los andrajos, pero los ametrallan por temor a perder los privilegios.

Él era un humanista por encima de todas las piruetas del muchacho rebelde, un desvelado pensador incurso en las profundidades donde sólo se abisma la conciencia;

un ser que condenaba los atropellos de la humanidad. Le dolía este mundo, lo que el mundo ofrecía a su mirada, tantas muertes por nada, por un sillón dorado, por un nombre mentado por la historia, por el simple ejercicio de un poder conquistado sin gloria, dado por la conjura de la astucia.



Miguel Labordeta, Julio Antonio Gómez y Raimundo Salas.

Pero Miguel cantaba, se dejaba llevar por el concierto de sus inspiraciones, sinceras melodías de palabras soltadas con ternura, con la emotividad de lo vulgar, de la vida corriente, de las ridiculeces sublimadas. Sería, en muchos casos, Nerón Jiménez o Valdemar Gris, también Julián Martínez, nombres altos y bajos en la escala de lo tierno y grotesco que todo ser humano lleva en sí si se ve tal cual es en el espejo de la intimidad.

El poeta está solo. Es en la soledad donde se hace siquiatra de sí mismo, donde atiende a razones esenciales de su estancia en el mundo, donde suelta la voz que emite el niño cuando apenas comprende por qué tiene que hacer lo que no quiere. Las poéticas actas que Miguel levantaba para todos siempre iban dirigidas hacia la dimensión en que se encuentra la sensibilidad cuando busca su imagen en el tiempo,



Fiesta y esperpento de coronación en la O.P.I.

en ese más allá que entraña una aventura esperanzada.

No pudo ser nihilista. Vivió sus días bajo la instrucción de ser un arrastrado por la pauta normal del vecindario, tomando la experiencia que brindaba el suceso existencial, haciendo su batalla como quien se resigna a su destino. Más que surrealista en la dicción de todos sus mensajes, era un expresionista dando a las realidades contempladas una prolongación distorsionada, una caricatura del carnaval constante donde todo lo humano es paradójico.

Revolvió la mochila del loco corazón en que latía, se dirigió a los cielos, a la tierra, a los astros y a los mares desde sus soledades desveladas, desde los horizontes que seguían moviendo a un ser interrogante de infinitos. Yo he leído sus libros, sus profundos y líricos poemas. Me han cautivado siempre, siempre me han parecido extraordinarios por el recio decir, por lo intenso y lo denso del espíritu que en ellos aún alienta. ¿Cómo no pronunciar mi admiración?

Y también fui su amigo, pues la amistad es una ciencia exacta, brota sin prevenciones, no es tampoco una causa ni un efecto. Es algo que sucede sin motivo, algo que no persigue respuestas ulteriores, algo que se aproxima y que complace bajo la idealidad de una interrelación que se establece por mutua simpatía, por una afinidad correlativa. No se cotiza en bolsa, no es útil que se compra o que se

vende. Es un lazo sin nudo, aquello que gravita en lo más puro.

Puedo decir que estuve con Miguel Labordeta algunas veces, quizá las que llegaron para sellar afectos duraderos, para saber de un hombre, de un poeta encerrado en la figura de un profesor signado con el supremo don de la bondad. Y lo llevo conmigo, y lo tengo presente en mi memoria, y admiro las estrofas de sus tensados libros, libros hechos, con el sudor del alma, dentro de su «oficina de horizonte», dentro de su visión irreprochable y comunicativa.

No es hijo del olvido, aunque su forma material no esté. Es el «joven azul» que vuelve de la cumbre montañosa impregnado por limpias emanaciones de aire oxigenado, de silencios asibles,

con su cargada frente pensativa llenándole la voz, poniéndola en la vuelta del camino, trayéndola hasta aquí como una generosa vibración de relámpago y trueno, hecha eterno retorno de lo humano, sonando a la pasión que difunde su canto todavía.

Tras de su ausencia queda su poesía, ese torrente largo de vivos pensamientos donde estuvo y está con la firmeza de sus fabulaciones metalíricas plenas de sentido humanístico, claro mensaje de su fuerza escaladora por lo más escabroso de un mundo que le tuvo sometido a librarse de todas y cada una de sus ataduras para dejar cumplida la salida de unos sueños sacados de verdades, llenos de sugerencias convincentes.



Manuel Rotellar, Raimundo Salas y Miguel Labordeta.

Cronología

1921. Nace en Zaragoza el 6 de junio, en el seno de una familia acomodada. Su padre era catedrático de latín, traducía a Horacio y a Virgilio y era republicano; y su madre procedía del campo.

1935. Las inclinaciones literarias se le despertaron muy pronto. En sus inicios, estuvo muy influenciado por Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez.

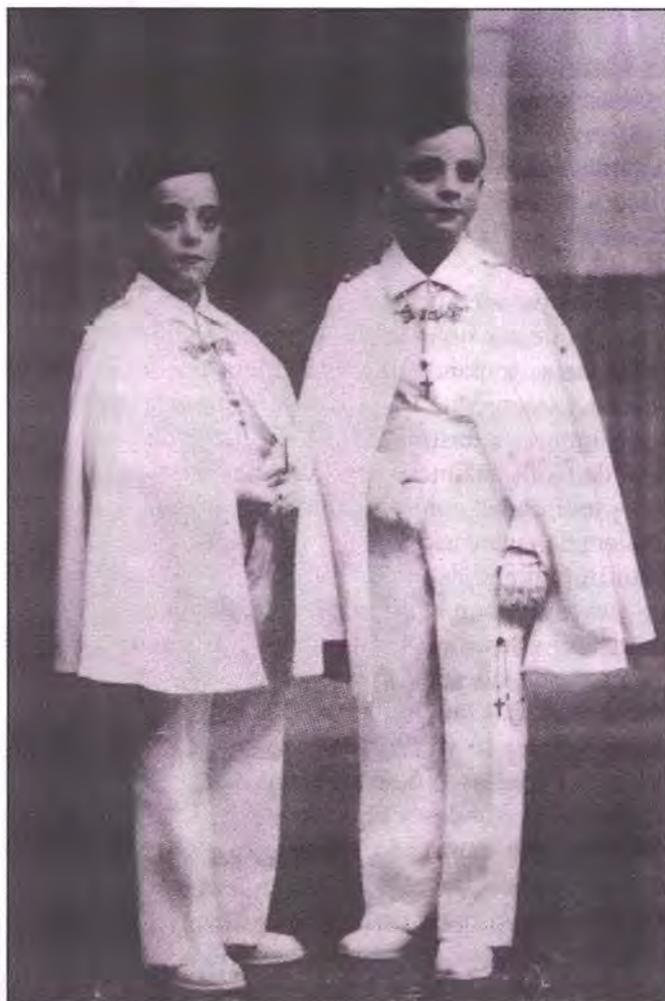
1936. Estalla la Guerra Civil y Miguel vivirá el desconcierto, el caos y el miedo en el hechizado palacio de los Gabarda.

1937. Escribe un texto emblemático: *Elegía a España* y comienza a desarrollar algunas de las dudas que asaltan su poesía. «¿Quién soy yo?», anotará un año después.

1939. Se matricula en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza. Culminará los estudios de Historia con un expediente extraordinario. Sin embargo, en medio de los exámenes, encuentra tiempo para afirmarse en la actividad poética.

1940-1945. Período esencial de formación y de búsqueda. El poeta demora su servicio militar y se concentra en la actividad lírica, a veces de modo casi secreto. Proyecta la creación de revistas e inicia una serie de libros que cristalizarán en *Sumido-25*, algún tiempo después, y en un espléndido, pero difícil diario poético: *Abisal cáncer*, libro que coincide con la pasión más imaginaria que real hacia Berlingtonia, una joven muchacha de 17 años con la que fue, al parecer, sólo dos veces al cine.

1946. Se traslada a Madrid, donde intenta realizar su tesis doctoral, bajo la dirección de José Camón Aznar. Al final, incapaz tal vez de soportar la disciplina académica, decide abandonar el proyecto de convertirse en doctor barbudo con la consiguiente indignación de su padre. En el poema *Recordatorio* dejará constancia de su decepción. Mientras tanto, estableció



Miguel y su hermano Manuel, de primera comunión.

amistad con el grupo postista: Carlos Edmundo de Ory, Eduardo Chicharro y Francisco Nieva. Con Ory la relación será casi perpetua; de éste recibirá algunas de las más hermosas cartas sobre su poesía y su enclave en el panorama de la lírica en España.

1948. Año decisivo. Publica su primer libro, *Sumido-25*, un libro cuyo tema central es la búsqueda de la identidad desde un lenguaje de filiación expre-

sionista y un evidente escepticismo vital. Un verso anticipa la atmósfera del poemario: «Dime, Miguel, ¿quién eres tú?».

1949. Aparece *Violento idílico*, una continuación de su dolorida biografía secreta, resuelta con una imaginación deslumbrante. El volumen se lo publicó Tomás Seral y Casas en Clan.

1950. Gabriel Celaya, en Escelicer (Colección Norte), le publicó *Transeúnte central*, un volumen que consumaba y fijaba sus grandes obsesiones. Se trata de un poemario breve, pero de una gran intensidad. En ese momento, escribe algunos de sus manifiestos y numerosos artículos, especialmente uno en la revista *España*, donde se decanta por una «poesía revolucionaria». Apenas unos meses después, pero ya en 1951, en *Correo Literario* manifiesta su estética con otro título: «Ni poesía pura ni poesía popular». Funda la OPI (Oficina Poética Internacional) e intensifica sus actividades en el café Niké.

1951. La censura le prohíbe *Epilírica*. El libro aparecerá una década más tarde en Bilbao.

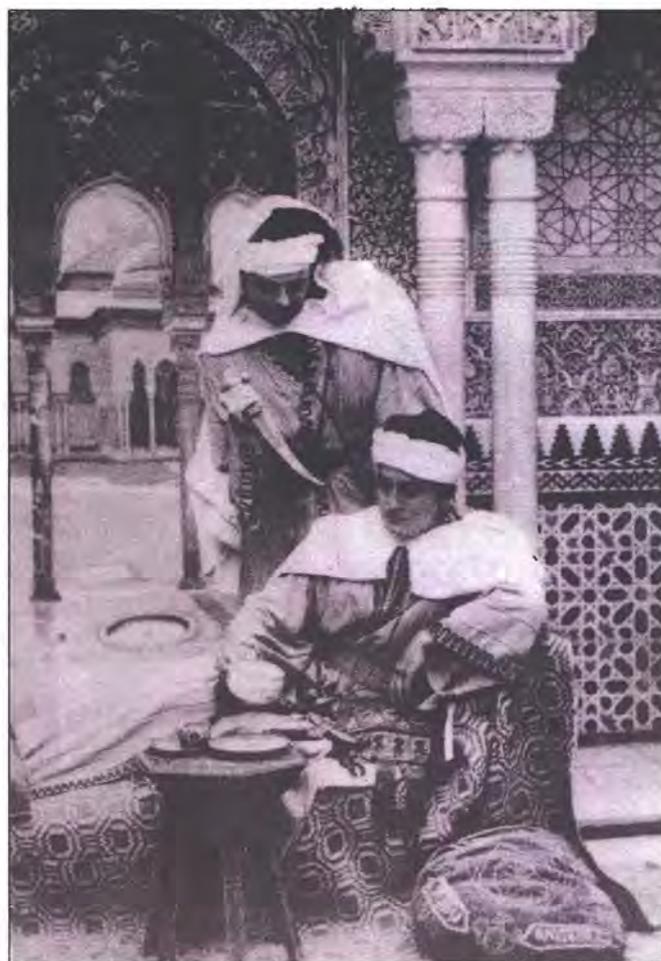
1953. Fallece su padre y Miguel Labordeta tiene que hacerse cargo de la dirección del Colegio Santo Tomás de Aquino. Ese hecho marca un punto de inflexión en su vida como hombre y como creador.

1955. Ante la insistencia del rapsoda y actor, Pío Fernández Cueto, Miguel Labordeta le entrega su obra *Oficina de Horizonte*. No se trata de una pieza de encargo, sino de la cristalización (existían bosquejos, borradores anteriores) de una serie de temas, de raíz simbólica, del poeta sobre la soledad, el destino del poeta, la amada imposible, etc. *Oficina de Horizonte* se estrenó en el Teatro Argensola el 6 de noviembre. La interpretaron Pío Fernández Cueto, Lola Gomollón y José Antonio Labordeta. Los decorados y la escenografía fueron de Agustín Ibarrola.

1959. Aparece una antología de su poesía: *Memorandum*.

1960. Julio Antonio Gómez en el segundo y último número de la revista *Papageno* le publica *Oficina de Horizonte*, «un poema puesto en pie». A la vez, unos meses después, aparece la revista *Despacho literario de la OPI* dirigida por Miguel Labordeta. Se editarán cuatro números, hasta 1963. El Gobierno de Aragón, en un proyecto coordinado por Luis Ballabriga, recuperará en 1990 la revista en edición facsímil, con un estudio preliminar de José-Carlos Mainer.

1961. Se edita en Bilbao *Epilírica*. Se trataba de un libro esencial y soberbio. Contenía algunos de sus grandes poemas como el himno demoledor, *Salutación al pueblo en primavera* o *Un hombre de treinta*



En su viaje de estudios, en la Alhambra.

años pide la palabra. En 1981, en Lumen, Clemente Alonso Crespo presentó una edición crítica del texto: *Epilírica (Los nueve en punto)*.

1965. Se produjo en Zaragoza una exposición de *Poesía visual*, organizada por Julio Campal, Fernando Millán y el propio Miguel.

1967. Se edita una segunda antología de sus versos: *Punto y aparte*.

1969. Julio Antonio Gómez le edita su último libro: *Los soliloquios*. El libro es de carácter póstumo, aunque Miguel llegó a ver un ejemplar, seguramente el 6 de junio. Hastiado de vivir, escribió en sus dietarios «Ataque al corazón». Los médicos le habían diagnosticado un aneurisma, algo que llevaba en secreto. Falleció el uno de agosto. Su hermano José Antonio Labordeta, que lo había recibido en Teruel algún tiempo atrás, desaliñado y fatigado de la vida, dijo: «Miguel sentía, cada vez más, una enorme vocación de muerto».

1972. La editorial Javalambre, en su colección Fuendetodos, publica sus *Obras completas* con una foto-collage de Joaquín Alcón. En 1983, en tres volúmenes, Clemente Alonso Crespo preparó una edición de la *Obra completa de Miguel Labordeta* (El Bardo).

«Surgiendo entre los pájaros»

Antología comentada
del poeta

ANTONIO PÉREZ LASHERAS
ALFREDO SALDAÑA

I. Introducción

De entre las vanguardias históricas es seguramente el surrealismo la corriente que con más adeptos ha contado en el panorama artístico español de este siglo. Los brotes surrealistas que se dieron en la vida cultural e intelectual de la Zaragoza anterior a la guerra civil fueron más importantes de lo que a veces se ha apuntado. Tomás Seral y Casas y Alfonso Buñuel son sus representantes más destacados. Después de 1939, Zaragoza vivió cierta efervescencia cultural; la presencia en la ciudad de Juan Eduardo Cirlot, autor del *Diccionario de los Ismos* (1949) y de *Introducción al surrealismo* (1953), y la incorporación al grupo de Seral y Buñuel de Luis García-Abrines, Javier Calvo Lorea, Julio Navarro, Manuel Derqui y Labordeta, hicieron que el surrealismo histórico tuviera en Zaragoza, tras la guerra, una prolongación de cierta envergadura¹, a lo que se unió la publicación de los primeros libros de Labordeta —*Sumido 25* (1948), *Violento idílico* (1949) y *Transeúnte central* (1950)²—, y las exposiciones pictóricas en «Libros» y «Pórtico», sendas librerías con galerías de arte, creadas, respectivamente, por Seral y José Alcrudo.

Tras la guerra civil, el surrealismo tuvo en Miguel Labordeta a uno de sus más fervientes y entregados cultivadores, como muy bien ha visto José Manuel Blecuca (Labordeta, 1983b, p. 6), quien habla de una originalidad conseguida «con una lengua poética no fácil precisamente, puesto que más de una vez se perciben las patentes huellas surrealistas y el bucear en lo subconsciente»³. Desde su primera aparición pública, la poesía de Labordeta fue calificada como «surrealista» en los



Retrato de madurez en el parque, 1964.

escasos comentarios críticos (así, por ejemplo, por Entrambasaguas en *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, n.º 7 o en la revista *España*, n.º 38). Sin embargo, el propio autor trató de distanciarse de esa etiqueta simplista, que eludía cualquier otro comentario más profundo e individualizado⁴. En este sentido, habría que valorar la presencia de otras fuentes vanguardistas en su poesía, sobre todo en su segunda etapa o «metalírica», en la que se sintió mucho más atraído por el dadaísmo, según él mismo confiesa⁵.

Ahora bien, el excesivo interés con que habitualmente la crítica ha explicado muchos elementos de esta poesía a partir de una poética surrealista ha motivado la reacción de algún crítico, como es el caso de Antonio Fernández Molina, quien niega la existencia en España de un movimiento surrealista organizado como pudo desarrollarse en Francia, aunque reconoce la deuda heredada por Labordeta con el surrealismo: «A Labordeta se le incluye entre los surrealistas españoles. Dejemos de lado el hecho de que, con excepción de determinado momento en Tenerife, el surrealismo en España, como tal movimiento, no se ha dado, ni mucho menos siguiendo la ortodoxia bretoniana. [...] Pero Labordeta, evidentemente, le debe mucho a este movimiento y dentro de la poesía española es uno de sus más destacados representantes» (*apud* Labordeta, 1983a, p. 10). De un modo parecido, Jesús Ferrer Solá ve en las obras de Cirlot, Carriado, Ory y Labordeta elementos afines al surrealismo, aunque echa en falta una sistematización y una actividad teórica que fundamenten esas prácticas artísticas de tendencia surrealista. Así, encontramos en las obras de los escritores citados, según Ferrer Solá (1983, p. 96), «características, semejanzas y connotaciones relativas al surrealismo, si bien en primer lugar la cohesión formal del grupo empeñado en estructurar una nueva estética y, por otra parte, la reflexión individual que asume con determinación el hecho de constituirse en representante de esa posible estética surrealista de postguerra en castellano». Por su parte, Ángel Crespo, en una conferencia sobre nuestro poeta pronunciada en Teruel el 10 de septiembre de 1993, por el momento inédita⁶, defiende la presencia de un Miguel Labordeta expresionista:

como quiera que su poesía ha sido calificada de surrealista en más de una ocasión, no creo que esté de más preguntarse ahora si en realidad lo era. La respuesta negativa ha de ser matizada en el sentido de que, siendo, como creo que es, una poesía expresionista desde sus orígenes, fue acusando con el transcurso del tiempo claras influencias —de expresión pero no estructurales— del surrealismo.

Labordeta es, de cualquier modo, un caso único e irreplicable en la historia del surrealismo español, un surrealismo, si queremos, de tal modo impregnado hasta la médula de elementos expresionistas que, en numerosas ocasiones, éstos permiten hablar mejor de un expresionismo poético con tintes surrealistas. Él, en poesía, y Luis Buñuel, en cine, representan dos propuestas valientes, complejas y heterodoxas del modelo surrealista en la España de postguerra, en la que viven sus propios exilios, interior uno, exterior el otro. Julio Antonio Gómez, en la solapa de presentación de *Los soliloquios*, el libro que Miguel Labordeta publicó en la colección «Fuendetodos» en 1969, escribe:

Asombra el vuelo de su tozudez misteriosa, el poder suyo de levantar y llevar penosamente más allá —siempre más allá— su poesía, elevándola por sobre la realidad y recreando ese



Recuerdo de una estancia en Canarias, 1958.

superrealismo lírico que ha resultado ser, precisamente, lo contrario del tal voceado surrealismo poético al uso español, palabreja erróneamente valorada por los santos varones de la crítica hispánica cuando se limitaron a traducir, tan pimpantes, el vocablo francés *surréalisme*⁷.

Claro está que el surrealismo que se da ahora no es el mismo que el de décadas pasadas. El mundo de los sueños y del subconsciente deja paso a una poesía renovada con otros elementos que proceden del trágico momento histórico que se vive, mediatizado por limitaciones políticas, sociales, económicas, culturales, religiosas, etc. Es muy posible que haya sido el surrealismo la corriente de vanguardia histórica con más carga ideológica y mayor compromiso revolucionario que ha existido, aparte de ser una de las que más larga vida e influencia ha tenido en lo que va de siglo. Más aún, el surrealismo español de postguerra ha sido —y en Labordeta encontramos un caso ejemplar— «una respuesta heterodoxa y vivaz a la mediocridad cultural del ambiente, al adocenamiento de la crítica oficial y bienpensante y, aunque en grado menor, una reacción ante la circunstancia social y política del momento». (Jesús Ferrer Solá, 1983, p. 95). Por otra parte, un mínimo análisis del taller poético laborde-tiano nos demuestra la constante elaboración de sus escritos, lo que desmentiría de algún modo el automatismo surrealista.

De forma parecida, podríamos hablar de la vinculación de Miguel Labordeta a la denominada «poesía social», que él siempre rechazó, aunque reconociera en su «epilírica» unas ciertas concomitancias con ella. De alguna manera, hay que reconocer que Labordeta sintió que la crítica taxonómica, oficialista y poco dada a la comprensión y estudio de los textos individualizadamente iba a cometer con él más de una injusticia por un marbete de más o de menos⁸. El problema de definición de la poesía de Labordeta es mucho más complejo y no puede reducirse a un solo adjetivo. Se trata, como comenta Romo (1988, pp. 38, 53-55), de un sincretismo de tendencias. El propio autor habló, en su conocidísimo manifiesto-panfleto, de «poesía revolucionaria» (publicado en la revista leonesa *Espadaña*, n.º 47, 1950), aunque este término no tiene aquí un valor de cambio del orden social dominante, sino de algo mucho más esencial: rebelión contra lo absurdo del propio existir, contra la mediocridad circundante y contra el borreguismo en cualquier manifestación. De ahí que postule un nuevo humanismo, de honda conciencia mística, que aspire a comprender la Totalidad, la Verdad de la propia existencia. Por eso, en otro momento, habla de la poesía como «reconocimiento», en un sincretismo de elementos neoplatónicos, románticos, psicoanalíticos e, incluso, orientales. Sin embargo, no podemos olvidar algunos hitos de la historia literaria más cercana a nuestro autor que, sin lugar a dudas, influyeron profundamente en nuestro poeta.



Ignacio Ciordia y Miguel Labordeta. En el centro un poeta francés

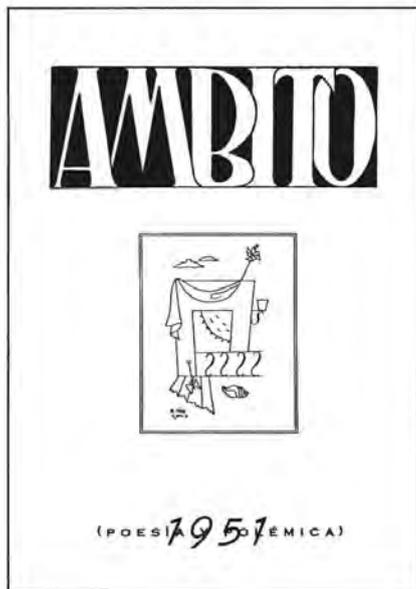
En 1944, se publican dos libros de poesía claves para el desarrollo de la lírica posterior en nuestro país: *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso, y *Sombra del paraíso*, de Vicente Aleixandre, dos autores, sobre todo el segundo, que ejercerán una influencia extraordinaria en todas las generaciones poéticas y en casi todos los poetas españoles hasta bien entrada la década de los setenta. Es un lugar muy frecuentado por la crítica literaria española señalar la aparición de estos libros como el detonante de la que después vendría a llamarse poesía social, realista, política, etc.; una poesía que retomó muchos presupuestos de la poesía humanizadora anterior a la guerra civil⁹; una poesía, en opinión de sus defensores (poetas y críticos), más humana, objetiva, narrativa y popular que la practicada en los años inmediatamente anteriores; una poesía centrada e interesada en los aspectos cotidianos de la existencia y en el uso de un lenguaje coloquial, apto para todos los lectores; una poesía preocupada más por las verdades sociales que por las verdades metafísicas o psicológicas.

En cuanto a Aleixandre, no es necesario recordar la importancia que tuvo en la difusión del surrealismo. Así pues, la lectura y posterior recreación que poetas como Miguel Labordeta hicieron del surrealismo estuvo, sin duda alguna, mediatizada por la evolución de Aleixandre, quien, para Luis Cernuda, recordémoslo, fue el mejor poeta que dio el surrealismo francés. *Sombra del paraíso* es un título aleixandrino que muestra, con respecto a otros suyos anteriormente publicados, una nueva forma de encarar la vida y la poesía. Se impone —las dramáticas circunstancias histórico-sociales de la España de los años cuarenta así lo exigen— un renovado humanismo solidario con el hombre, con la vida, con la época, con el cosmos (una nota que recogerá y desarrollará en su poesía el propio Labordeta). Pero estos cambios sólo afectan a la superficie, a la apariencia; la esencia de esta poesía sigue siendo la misma. Vittorio Bodini ha escrito sobre este aspecto (1982, p. 83):

Vicente Aleixandre es con Juan Larrea el único profesional del surrealismo, en el sentido de que, mientras para los demás poetas de la Generación del Veintisiete, el surrealismo fue una experiencia limitada a un período de pocos años o a un solo libro, para aquéllos fue la sustancia y condición de su mensaje poético. El hecho de que después Aleixandre recientemente, en la cima de su carrera poética, haya publicado un libro de poemas, *Historia del corazón* (1954), con el que se acerca a los temas más humanos que prefieren las generaciones jóvenes (que lo reconocen como su maestro, aunque escriben de forma completamente diferente) no cambia nada.

Zaragoza vivió a lo largo de los años cincuenta y sesenta una época de relativa animación cultural, a pesar de las circunstancias adversas con las que se enfrentaba. Por lo que se refiere al mundo literario, la creación de revistas, la eclosión de colecciones de poesía y narrativa, la celebración de tertulias y recitales poéticos, la reunión de esfuerzos en torno a em-

presas compartidas como la Oficina Poética Internacional, etc., hicieron de esos años algo realmente sin precedente en las letras aragonesas. Miguel Labordeta se convirtió en uno de los dinamizadores de las tertulias celebradas en el café «Niké», centro zaragozano de reunión de artistas y escritores de la época, de las que ha escrito Víctor García de la Concha que «pocas tertulias literarias habrán alcanzado en el país la riqueza de la que Miguel animaba en el desaparecido café Niké, junto a Manuel Pinillos» (1987, p. 746).



Por esos años aparecieron en Zaragoza, entre otras revistas literarias, *Ámbito* (1951, que, aunque publicada en Gerona, estaba dirigida por Manuel Pinillos), *Ansí* (1952-1955), *Orejudín* (1958-1959) y *Papageno* (1958-1960). Miguel Labordeta —con Carlos Edmundo de Ory, Gabriel Celaya, Carmen Sender, Pío Fernández Cueto y Santiago Lagunas como silentes acólitos— lanzó sus *manifiestos ópicos*, creó la Oficina Poética Internacional y estrenó el 6 de noviembre de 1955 en el Teatro Argensola de Zaragoza *Oficina de Horizonte*¹⁰, obra teatral que en 1960 se publicará en



el segundo número de *Papageno* (la revista dirigida por Julio Antonio Gómez) y que puede considerarse como un esfuerzo por dramatizar el conflicto de la creación poética, sobre todo de su primera época. Representaría, por lo tanto, el cierre de toda una etapa creadora. En 1961 publica *Epilírica* y en 1969 aparece en la colección «Fuendetodos», poco antes de su muer-



te, *Los soliloquios*. Póstumamente, se publicaron *Autopía* (1972, en edición preparada por Rosendo Tello sobre el borrador de su autor), *La escasa merienda de los tigres* (1975, título extraído de un poema, con el que Pedro Vergés recoge los textos publicados en revistas y no incluidos en libro), *Epilírica (Los nueve*



en punto) (1981, en edición preparada por Clemente Alonso Crespo), antologías como la de la colección «Tamarindo», en 1970, y la de *Hiperión*, en 1983, y obras completas como las de *Javalambre* (1972) y *El Bardo* (1983).

II. Antología

Está claro que su poesía no puede reducirse a tan sólo once poemas (como es —dada la disponibilidad de espacio— el presente caso), ni tan siquiera a cincuenta. Pretendemos tan sólo recorrer algunos de los itinerarios poéticos seguidos por Miguel Labordeta a través de unos cuantos poemas. Quizás no sean los mejores, ni los más representativos de su producción. La selección responde a la preferencia lectora, aunque guiada por la búsqueda de un cierto equilibrio, por la extensión de las composiciones, por la aparición de los temas propios de la lírica labordetiana y, sobre todo, por la posibilidad que los textos ofrecen de explicar sintéticamente la obra del poeta más carismático, rotundo y enigmático de la poesía escrita en el Aragón contemporáneo. Perseguimos la poesía de Miguel Labordeta a través de once poemas, intentando conducir al lector hacia la Totalidad de su obra.

* * *

ESPEJO

Dime Miguel: ¿quién eres tú?
¿dónde dejaste tu asesinada corona de búfalo?
¿por qué a escondidas escribes en los muros
la sojuzgada potencia de los besos?
¿qué anchura de canales han logrado
tus veinticinco años visitantes?
¿adónde has ido?
¿qué dioses hermanaron tu conducta de nadie?
¿y tus sueños hacia qué lejanos ojos
han conseguido hondos de fracasadas copas
donde sorbiste el trance de la culpa?
¿has llegado al límite de la luz
donde el último nombre se dispone a nacer?
¿qué haces pues? ¿por qué intentas tu agua
si una sed de raíces te eleva hacia los sótanos
donde yacen desaparecidas razas hilando
indiferentes conjuros con voluntad de mina?
¿si te arrastras oscuro
en éxtasis rapados de aguilucho núbil
si al hambre sentido de tu vida
no acucias tu mirada de asombro
por qué acechas la lluvia que penosamente
se cierne sobre los muertos?
Ya sé que has despreciado
hasta el último gesto del pálido adolescente
estrangulado bajo las lagunas rojas de tu pecho
¿mas qué te queda criatura perpleja
qué te resta si no es tu cerviz cortical
seca de ciudades y limo
propicia a la aventura fracaso
y al ardiente paso de tus noches
por el ecuador de los vientres
transportando el mórbido mensaje de la espiga y de la muerte?
Miguel ¿quién eres? ¡dime!

[Sumido 25, 1948]

ELEGÍA A MI PROPIA MUERTE

Miguel se ha ido.
Es posible que ya nunca llegue.
Es posible que buscando trenes
que lo lleven a la otra orilla del mundo
se quede sin saberlo extático de ahogado.
Nadie le conoció
y apenas él sumía su garganta de toro
abriendo con navajas de afeitar cada mañana
el vientre enigmático de los espejos curvos
donde se reflejaban exactos el misterio de trueno
de sus ojos hambrientos verdaderos.
Si acaso preguntasen por él
decidles que nunca dijo que existiese.
Él que se golpeaba a menudo las pupilas
para encontrar el sentido
que levanta los surcos
hacia las sudorosas nucas del Hombre
sobre hermosas muertas
en salada presencia de potencia insaciable.
Nunca amó nada del todo
él que sin embargo había nacido
para liberarse por amor tan sólo.
Por eso fue espeso asombro de centros vendavales
abrasado ante los brocales de luz de las medusas.
Demasiado pronto en su corazón nacieron
bosques de serpientes voraces
que intentaron secar todo lo dulce
que en él residía luengos siglos de hambrientos penetrados.
Mas en esto triunfó
pues fueron en soledad sus últimas palabras:

*«Hermanos inundad de amor
al mundo que sucumbe...
Cread las nuevas rutas con amor absurdo y sin objeto...
Salvaos de las ruinas con amor...
Amor...
Amor viril tan sólo...»*

Quizá se fue tan pronto
por miedo a odiarlo todo
con salvaje cinismo
pues también en el fondo de sí
había calaveras que soñaban orgía desmedida
en incendios sin fin de las ciudades.
Y ahora ya borrado el débil rastro de su voz de macho
quisiera preguntarle en esta noche tan hermosa de estío
(en una de esas noches en que descuajado
temblaba ante el atónito mensaje
de las galaxias a los gusanos):
¿qué ha sido de su rayo
qué destino tronchado fulminaron
desnudos más allá de todo nombre
meditado de nada?
Quizá altivo no contestase apenas
pues por encima de las conversaciones
tan sólo esperaba ya
el armonioso amanecer de los corceles
sobre un mundo rotundo en plenitud
con hondura sangrienta de raíz
y elevación purísima de nube.
Miguel se ha ido.
Es posible que un día
dentro de millones de años
encontremos su pulpa de cuadrúpedo
en el tótem de una gota de lluvia
que ansíe dulcemente aniquilarse
en un rayo de astro fulminado.

[Sumido 25, 1948]

PUESTO QUE EL JOVEN AZUL DE LA MONTAÑA HA MUERTO

Puesto que el joven azul
de la montaña ha muerto
es preciso partir.
Antes de ser golosamente asesinados
en los crepúsculos de la gran ciudad.
Antes de que las muchedumbres tristes de los «metros»
invadan el templo del Sol
definitivamente seducidas
por las noches de los trenes
es preciso marchar.
Desnudos y ásperos. Inigualables.
Y al partir preguntar por nosotros
indagar por nosotros
auscultar por nosotros
por nosotros mismos recordar
si tal vez se existió
y que una dulce soledad
nos responda en grave despedida.

[Sumido 25, 1948]

RETROSPECTIVO EXISTENTE

Me registro los bolsillos desiertos
para saber dónde fueron aquellos sueños.
Invado las estancias vacías
para recoger mis palabras tan lejanamente idas.
Saqueo aparadores antiguos,
viejos zapatos, amarillentas fotografías tiernas,
estilográficas desusadas y textos desgajados del Bachillerato,
pero nadie me dice quién fui yo.
Aquellas canciones que tanto amaba
no me explican dónde fueron mis minutos
y aunque torturo los espejos
con peinados de quince años,
con miradas podridas de cinco años
o quizá de muerto,
nadie,
nadie me dice dónde estuvo mi voz
ni de qué sirvió mi fuerte sombra mía
esculpida en presurosos desayunos,
en jolgorios de aulas y pelotas de trapo,
mientras los otoños sedimentaban
de pálidas sangres
las bodegas del Ebro.
¿En qué escondidos armarios
guardan los subterráneos ángeles
nuestros restos de nieve nocturna atormentada?
¿Por qué vertientes terribles se despeñan
los corazones de los viejos relojes parados?
¿Dónde encontraremos todo aquello
que éramos en las tardes de los sábados,
cuando el violento secreto de la Vida
era tan sólo
una dulce campana enamorada?
Pues yo registro los bolsillos desiertos
y no encuentro ni un solo minuto mío
ni una sola mirada en los espejos
que me diga quién fui yo.

[*Violento idílico*, 1949]

EL POETA INVOCA EN SU SACRIFICIO

Canto al buzo de bronce y fuego
que soñara contigo.
Canto la estela palpitante de las noches matrices
agonizando bajo el suspiro de las rosas.
Canto la tumba de mis botas con polvo de suicidio.
Canto la conspiración de los Jóvenes Santos
para incendiar Sidnyk (la maldita ciudad dorada)
e imponer el fin de la guerra estéril que nos bombardea
por todas las nauseabundas propagandas.
Te canto a ti ¡oh Berlingtonia amada inexistente
desencarnada ya en auroras cegadas para siempre!
Canto los ávidos telefonemas de los ahogados
que habitan la última galaxia.
Canto la mentira, el lúgubre soñar de los inciertos.
Canto mi desorden, mi lejanía, mi pasión de amor por ti.
Canto a mis antepasados y futuros huesos
perfectamente inolvidables.
Canto tu odio funesto de vampiro celeste.
Canto tu nostalgia de Dios y mi ansia de anonadamiento
en las maravillas de tu vello por la eternidad.
Canto en la última copa del veneno
(hora orgiástica de los banquetes despedazados,
hora serena en que el anacoreta enloquece de ira y de dominio)
el vacío, el supremo desdén, la súbita indiferencia,
el milagro mágico de la inexistencia.
Canto mi invasión, mi desheredad.
(El último habitante de la Tierra se ha quedado sin un céntimo.
Marcho con mi tienda de campaña a las zonas polares
mientras suena la hora de la guerra.)
Nunca más. Hasta la vista. Seguiré cantando sin embargo.
¡Oh canto interminable de mi centro-límite!

[*Transeúnte central*, 1950]

INDAGACIÓN DE LA LLAMA

¡Callad
universos piojosos!
¡Silenciad vuestra ruina
vuestra imperfección vuestra mentecatez!
Huyo de las locas circunnavegaciones
y me refugio en mi habitación humilde
de pobrecito superviviente a la pensión completa.
«¿Dónde estás Berlingtonia —galaxia mía
amor mío—
dónde ocultas tu misteriosa gruta
de salvaje rayo dulce?»
Yo te busco por todos los rincones.
Yo te hiero con mi espada de fuego.
Yo te espero por los anuncios económicos.
Yo te busco por los cinemas baratos.
Yo te acaricio por las clínicas jadeantes del amanecer del moribundo.
Yo te busco por las tardes apasionadas cuando el sollozo es un gemido aún.
Yo te robo por los bailes de noche.
Yo te busco por las praderas ondulantes bajo el viento.
Yo te cito a orillas del mar, todo vestido de blanco.
Te busco en los besos, en los desdenes.
Te anhelo en las insoportables emisiones radiofónicas.
Te busco en los jardines flotantes de tus ojos hermosos.
Te abofeteo en mis sueños, en mis hastíos, en mi sed de morir.
Te busco en las despanzurradas anatomías del temeroso escolar.
Te adoro a través de las pálidas horas lentas
cuando se estremece la venganza
que hila su afán futuro de destrucción
en el vientre de la embarazada mendiga.
Yo te busco con mi linterna humilde de antropófago,
en esa marea agria de los durmientes
cuando los minerales recobran su sabor a música de labios.
Yo te busco. Yo te busco. Yo te busco.
Vengo buscándote,
¡oh soldado sin fe con esperanza!
Te sigo buscando cruelmente, inútilmente
dulce y desolado hueso
(aquel pájaro gris cantaba
hace diez siglos bajo mi ventana).
No encuentro ni vestigio celeste
de tu locura, de tu hielo ardiente, de tu miel —sollozo por la sangre.

«¿Dónde estás Berlingtonia —galaxia mía
amor mío inexistente
inmortal?»

[*Transeúnte central*, 1950]

LA VOZ DEL POETA

En lo alto del Faro
viendo ir y venir
a las pobres gentes en sus navegaciones de un día.
En lo alto del Faro
contemplando el abismo de las criaturas y el vértigo de los astros.
En lo alto del Faro
escuchando llegar a los rostros futuros
y oyendo en lo hondo de las aguas las voces de los muertos.
En lo alto del Faro
amando
sabiendo que el amor es un fracaso
y cantando
sabiendo que su canto no ha de ser comprendido.
Vestirse, alimentarse,
ganarse el pan de cada día
discutir de las cosas banales
endomingarse como cada cual,
y hacer el amor a una dulce estudiante
como cualquier empleado de Banca.
Y sin embargo
velar largamente en duelo
oír en los silencios el ritmo pavoroso de los tiempos
acariciar la marea de las edades inmensas
rompiéndose en quejidos y maravillosas melodías
contra el humilde corazón infortunado
en lo alto del Faro.
En lo alto del Faro,
mientras todos se emborrachan en los festines
o corroen su envidia en las duras jornadas de trabajo
o acaso buscan sus puñales secretos
para degollar al niño desconsolado que ellos fueron,
la mirada rauda de visiones
persigue el rumbo, en intemperie desconsolada y altiva
de los navíos futuros.
Y preguntar a la sangre el por qué del olvido
e indagar las primaveras que nacen del sollozo terrestre
y la melancolía que hila el atardecer solitario de los cielos.
Acariciándolo todo, destruyéndolo todo,
hundiendo su cabeza de espada en el pasmo del Ser,
sabiendo de antemano que nada es la respuesta.
En lo alto del Faro.
La voz del poeta.
Incansable holocausto.

[*Transeúnte central*, 1950]

SALUTACIÓN AL PUEBLO EN PRIMAVERA

En tu luto descalzo en tu soledad de pan
quiero hablarte pueblo mío mi pueblo
de hombres feos con temple de horizonte
y un oculto bramido desgarrado de corazón de toro
y desparramada fiebre carcomida
bajo tanta bufanda rota tanta gastada pana
tanto lecho con chinches tanto sudor esclavo
entre los días grises camino de la fábrica o del campo
más allá de la muerte herido encadenado fustigado
barrido por los soles los hielos el viento inmenso del oeste
galopando por llanuras golpeando las fosas de adobes para siglos
y entre minuto y tarde de un viejo can en sueños
los implacables plazos al explotador de turno
la graciosa novia que espera en los portales la anciana tía loca
un padre embriagado los partos y las muertes
que traen a los umbrales un sabor madrugado a cloroformo y rosas
la vida es eso: lo que acaso dicen los hijos pues que vienen
los que se van algún hermano tísico primaveras que pasan por aceras y campos
dejando en los pasillos un triste olor a hermoso a bolsillo vacío a tibia mañanada con un reloj parado
y las lunas se extienden se derrochan ahorros tan pequeños
y una posible tarde de sábado de agosto
te abandonas cansadamente y sucio al margen de tus ríos.

Pero tu espesa pena no la lloras
no la gimes la escondes con cólera y vergüenza
como tu amor tan bueno allá en el fondo
y tu mendrugo negro cotidiano
y tu vieja chaqueta del oficio y el rostro de tu mujer enferma
y los años que huyen por cinemas de barrio
donde tiembles de miedo y de deseo
y la tasca con humo donde el rato te mata sin saberlo.

Quiero en los ojos pues mirarte
contemplar tu alma sepultada como un león dormido
apretar en la mía tu antigua mano ibérica
señalar en mi sangre el fuego de tu origen
unir a mi esperanza tu infortunio
y escuchar la alegre valentía de tu gesto
la ternura cruel de tus canciones.

Ahora quiero hablarte pues mi pueblo pueblo mío
desde el balcón de mi locura hablarte
con mi espada en la mano
con mis ojos de sacerdote y tigre
hablarte en el saludo.

Ahora que estoy de pie
y miro el porvenir tempestuoso de los hombres
ahora que me siento atrocemente avergonzado
de que tú que amasaste gota a gota de sangre
con un sudor de llanto y gloriosa fatiga apasionada
el vientre de la tierra y la entrega del mundo
hacia un remoto cielo todo azul entre espigas
alimentos recosidos pingajos migajas de penuria
desnutridos villorrios quimeras para nadie
tú
olvidada muchedumbre de peones mortales
recibe así mi humilde salutación de hombre
al estallar la primavera
por las amargas lenguas de la patria.

[*Epilírica*, 1961]

UN HOMBRE DE TREINTA AÑOS PIDE LA PALABRA

Ante la Asamblea de los hombres ilustres
bajo el sol de este otoño dorado
con paso quedo y en mis ojos de tigre la justicia
sencillamente sin alharacas con lumbre apasionada
presento mi denuncia.

Vengo a hablar en nombre de los que tienen treinta años
de los que desde la cumbre de su juventud perdida
contemplan los restos del humano naufragio y el desorden del mundo
y en nombre de sus traiciones muertas yo os acuso, oídlo bien a todos.

A vosotros: Ancianos que os dormistéis en el vals indefinido del idiota progreso
con un tufo burgués adocenado y falso y comíais chuletas bien sabrosas
mientras bajo vuestros galanteos tontos aullaba ya la boa viscosa
de la lucha terrible y el hambre por las calles en llamas:
en nombre de mi generación yo os acuso.

A vosotros: hombres de la entreguerra
que pisoteasteis impotentes la sonrisa de un niño
que quería nacer de tanta ruina ya
que olvidasteis demasiado pronto el llanto de los soldados
que bailasteis demasiado bajo las farolas borrachas de las huelgas
el charlestón y el sintrabajo
y que os regocijaba hasta el espasmo híbrido
la velocidad la prostitución la gran jugera social o totalitaria o aun parlamentaria democracia
y qué sé yo cuántas cosas más en la media cabeza del fiero agente de negocios
sin adivinar que las ciudades ofrecerían blancos tan hermosos
tan concretos para que un obús perfecto de la supertécnica
aplastara aquellas ilusas panaceas
en un charco de sangre donde iban a flotar pisoteadas
vuestras violadas vírgenes entre billetes inútiles de Banco
y que en el reloj del escaso hombre
ya no quedaba sino una media hora de vida suficiente
para fumarse un cigarrillo y yacer bayoneteado
por las inmensas llanuras entre escombros de tanques:
en nombre de mi generación yo os acuso.

A vosotros: los poderosos energúmenos los grandes señores de la culpa
los que con vuestra codicia más enorme aunque el cielo de tal hipocresía
arramblasteis con la mejor rapiña en el río revuelto
y que no fuisteis para vuestros hermanos
sino hoscos verdugos con sonrisa de lobo
y una estela de odios encendidos dejasteis
para mil años que vinieran y más:
en nombre de mi generación yo os acuso.

A vosotros: los universitarios sabios de la Luna los artistas leprosos
que fuisteis presa
por cobardes nefastos insípidos
por permitir que el espíritu fuera apresado como una zorra vil
en la trampa de los grandes capitanes de papel:
en nombre de mi generación yo os acuso.

A vosotros: los violentos los idealistas de la muerte
los que sumisteis al mundo en un fragor de horrores
creyendo crear un nuevo sol con vuestra pobre bola de sebo:
en nombre de mi generación yo os acuso.

A vosotros: los anónimos peones del salario misérrimo
que os abandonasteis en el sopor brutal
del vinazo y la patata cocida
a los que os entregasteis al fútbol y a los semanarios de crímenes
para no pensar
a los estudiantes irresponsables que gritaban heridos sin saber por qué
a los pacifistas enclenques que cerraban sus anos ante la tomadura de pelo
a los espirituales estómagos que nos hablaron tanto del infierno
a los profetas de grandes paraísos de chatarra
a las mujeres sin vergüenza que no querían parir hombres
a los indiferentes que tan sólo soñaron con sus bolsillos miserables
a los que con la flor en el ojal jugaron al ensayo
a los complejos sexuales a la pederastia
a la morfinomanía a la aventura política de porrazos y tente-tieso
perdidos putrefactos podridos de civilización de asco y de cine barato
estuvisteis malditos estaréis corrompidos por los siglos de los siglos
fuisteis rebaño propicio
cuando llegó la gran merienda de los ultimatus
lo mismo que lo seríais si tal momento llegara de nuevo
como parece ser así:
en nombre de mi generación yo os acuso.

Pero fuimos aprendiendo vuestra lección paso a paso:
cuando teníamos quince años cuajó en noches de terror y de asombro inaudito
entendiendo que ser hombre era estar dispuesto a sacar de la cama a su hermano
y asesinarlo cobardemente al borde de un camino
cuando teníamos veinte años supimos que era lícito todo
hasta destruir millones de inocentes por el hambre y el fuego
cuando teníamos veinticinco años conocimos también
que el perdón es inútil y los sueños más nobles
se pierden en el tiempo como un soplo de humo
y ahora con nuestros treinta años hemos comprendido tantas cosas...
tantas cosas que nos duele duramente aquí dentro
y que si tuviéramos que confesarlas moriríamos
de vergüenza y de rabia.

¡Ah!, y de nuevo las bombas acechan nuestras pobres carnes maduritas
para sacrificarnos junto a nuestros hermanos más jóvenes
a quienes damos la mano en la tiniebla que golpea las persianas
de los que están de pie con estatura de despiertos.

Por todo yo protesto. Yo os denuncio. Yo os acuso.
Cogeré mi mochila con mi cara de cura
si me dejáis con vida
y huiré a las sagradas colinas junto al mar inmensamente nuevo
a leer a mis poetas chinos preferidos
y que el mundo tiemble por vuestros pecados y se arrase
mañana por la mañana.

[*Epilírica*, 1961]

fue en la edad de nuestro primer amor
cuando los mensajes son propicios al precoz embelesamiento
y los suaves atardeceres toman un perfume dulcísimo
en forma de muchacha azul o de mayo que desaparece
cuando
unos hombres duros como el sol del verano
ensangrentaban la tierra blasfemando
de otros hombres tan duros como ellos
tenían prisa por matar para no ser matados
y vimos asombrados con inocente pupila
el terror de los fusilados amaneceres
las largas caravanas de camiones desvencijados
en cuyo fondo los acurrucados individuos
eran llevados a la muerte como acosada manada
era la guerra el terror los incendios era la patria suicidada
eran los siglos podridos reventando
vimos las gentes despavoridas en un espanto de consignas atroces
iban y venían insultaban denunciaban mataban
eran los héroes decían golpeando
las ventanillas de los trenes repletos de carne de cañón
nosotros no entendíamos apenas el suplicio
y la hora dulce de un jardín con alegría y besos
fueron noches salvajes de bombardeo noticias lúgubres
la muerte banderín de enganche cada macilenta aurora
y héteme aquí solo ante mi vejez más próxima
preguntar en silencio
qué fue de nuestro vuelo de remanso
por qué pagamos las culpas colectivas
de nuestro viejo pueblo sanguinario
quién nos resarcirá de nuestra adolescencia destruida
aunque no fuese a las trincheras?

vanas son las preguntas a la piedra
y mudo el destino insaciable por el viento
mas quiero hablarte aquí de mi generación perdida
de su cólera paloma en una sala de espera con un reloj parado para siempre
de sus besos nunca recobrados
de su alegría asesinada
por la historia siniestra
de un huracán terrible de locura.

[*Los soliloquios*, 1969]

POÉTICA

no entiendo
lo que
escribo
ni
mi maleta
posee
un domingo abandonado
de la camisa usada
un siglo por ceniza
sucede cualquiera
funeraria mendas
sonata viviente
que cunde

no entiendo
lo que
vivo
repito
eternidad
relámpago
que muere
sin remedio
por el momento

repito
no entiendo
lo que sea
ni me importa
de este señor calvo encantador
el ilustrador canto
en sus narices

[*Los soliloquios*, 1969]

III. Interpretación

La disolución del sujeto poético y su intento de reconstrucción en el texto es un lugar común de la lírica contemporánea. La pérdida de la propia identidad y su posterior búsqueda en el poema es, dadas las implicaciones que este proceso presenta, un motivo central en la poesía de Miguel Labordeta, algo que va más allá de la mera recreación de un tópico literario (así, leemos en el tantas veces citado primer verso de «Espejo»: «Dime, Miguel: ¿quién eres tú?»; en «Retrospectivo existente»: «pero nadie me dice quién fui yo. / [...] / nadie me dice dónde estuvo mi voz / ni de qué sirvió mi fuerte sombra mía / [...] / y no encuentro ni un solo minuto mío / ni una sola mirada en los espejos / que me diga quién fui yo», poema en el que la Nada, sin ser nombrada explícitamente en el texto, es símbolo del vacío metafísico y ontológico que encuentra su referente existencial en la no identidad, esto es, en «nadie», ahora sí expreso; o, por último, en «El poeta invoca en su sacrificio»: «Canto en la última copa del veneno / [...] / el vacío, el supremo desdén, la súbita indiferencia, / el milagro mágico de la inexistencia»¹¹.

«Espejo» es la composición que abre *Sumido 25*, el primer libro publicado por Miguel Labordeta, en 1948. Por lo tanto, puede ser interpretado este poema como la presentación lírica de su autor. Es, por otra parte, un texto muy representativo de la primera etapa de su producción: el yo narrador —el poeta— imprecisa al *otro* reflejado en el espejo, lo que viene a significar la búsqueda del reconocimiento del yo, el

autoconocimiento. El poeta se apostrofa e indaga, inaugurando una retórica que será constante a partir de ahora. Ese «¿quién eres tú?» primerizo dará paso, con el tiempo, a la aceptación del propio yo al final de esta etapa de indagación¹². Ferrer Solá opina que buena parte de la poesía de Labordeta adquiere sentido cuando es leída a la luz de la filosofía que Heidegger desarrolla en torno al concepto de *Dasein*: «la esencia del tiempo, la valoración de la muerte y la unidad del ser como sujeto perteneciente a la conciencia de la Historia son ideas que aparecen en la poesía de Labordeta como una constante cíclica, asociada siempre al problema fundamental de la interrogación sobre el Ser» (1983, p. 21)¹³. Encontramos en esta primera composición muchos de los mitemas que van a caracterizar la lírica labordetiana: la incongruente o ilógica conjunción de términos semánticamente inconexos («asesinada corona de búfalo»), la interrogación por el acto de la escritura, entendido como un ejercicio solitario («a escondidas») pero con la intención de

comunicar o denunciar públicamente («en los muros»), la mezcla de una expresión dura («sojuzgada potencia») con una inconmensurable ternura latente, la constatación de la edad con que cuenta el poeta al escribir los versos, los dioses entendidos como jefes de altas constelaciones, los sueños que buscan el escape, los límites que constriñen las ansias de libertad del alma del poeta, la mirada asombrada, etc.¹⁴

El poema, pues, es esencial para entender la evolución posterior de la obra de Miguel, aunque los temas que aparecen aquí ya habían obsesionado a su autor en los escauceos poéticos anteriores. El *tú* al que se dirige el poeta se corresponde al *yo*, pero invertido en el espejo que los une y los separa a un tiempo. De alguna manera, este desdoblamiento, que encontraremos en la poesía labordetiana por medio de recursos variados como éste o como la utilización de heterónimos (Nabuco, Valdemar Gris, Nerón Jiménez, Mr. Brown, Julián Martínez o el Ángel de *Oficina de Horizonte*, etc.), posibilita, por un lado, la concepción de que el receptor del poema sea el propio yo (comunicación cerrada, íntima, entre el *yo* y el *tú*), aunque, por otro lado, nos adentra, debido al empleo de la ironía como recurso distanciador, en el ficticio juego especular en el que el lector es receptor morbosamente de un mensaje íntimo. Este círculo comunicativo cerrado ha motivado que algunos críticos hablen de actitud solipsista, en un mensaje que se dirige al propio autor (Senabre, en Labordeta, 1972a). Hoy conocemos los empeños que el poeta realizó para publicar sus obras, a pesar de

los muchos problemas de



Pío Fernández Cueto y Miguel Labordeta explican *Oficina de Horizonte* a dos reporteros.

censura que tuvo; la esencia de la cuestión estriba en su desacuerdo con una de las máximas de la poesía social: la idea de dirigirse a un público mayoritario. Labordeta —como expresa en *Oficina de Horizonte*— lanza su mensaje en una botella y lo dispone para que pueda ser leído al cabo de «mil años»: su destinatario es «lo esencial humano que hay en cada uno» (Romo, 1988, p. 53). Las máscaras, por lo tanto, permiten al yo narrativo identificarse con otra perspectiva, desde la cual puede «verse desde fuera, de forma enajenada, subrayando en cada una un aspecto de su personalidad» (Romo, 1988, p. 195).

El camino a través del cual será preciso marchar en vía *cuasi punitiva* está indicado por esos «canales», que, inevitablemente, nos remiten al Canal Imperial de Aragón (tan presente en la poesía zaragozana de la época, por ejemplo, en Julio Antonio Gómez).

En fin, alto en el camino y repaso a la vida anterior: interrogación vital («¿a dónde han ido?»), *ubi sunt?* todas las esperanzas, los sueños, las ilusiones,



Foto: Joaquín Abón.

El poeta en la soledad ideal del parque, 1968.

la propia salvación personal y colectiva con que comenzó a caminar.

La segunda composición, «Elegía a mi propia muerte», nos presenta otro de los mitos de la poesía de Miguel Labordeta: la consideración de estar muerto, de haber sido asesinado; de ahí que escriba una elegía, género tan en boga en los años cuarenta. Lo original aquí es que se trata de la propia muerte. El distanciamiento entre sujeto y objeto es mayor que en la composición anterior, y se entabla por medio de la tercera persona. El poeta habla de esta manera de sí mismo como si de otra persona se tratara. Esta muerte ficticia nos adentra en la cosmovisión labordetiana, plena de existencialismo astral, surreal o expresionista, según los casos. Curiosamente, el tono de la composición cambia cuando, en el verso 13, aparece un receptor más amplio e impreciso («decidles»: vosotros).

Lo íntimo y personal de una biografía singular se presenta fundido en lo colectivo de una historia nacional contemplada por el poeta con tristeza y desagrado¹⁵. En «Retrospectivo existente», «Salutación al pueblo en primavera», «1936» y otros textos, el nacimiento y la existencia individuales son contemplados en el océano absurdo y terrible, carente muchas veces de sentido y finalidad, de la colectividad, en el que el sujeto trata de encontrar alguna significación a la vida, y se pregunta: «Sí. Decidme: ¿para qué nacimos?» (en su poema «Desnudo entero», de *Sumido 25*), o «Pues el Hombre, / decidme: el Hombre, / ¿para qué existe?» (en «Elegía de madera, núm. 2», de *Transeúnte central*). El protagonista del discurso poético se disuelve, se funde solidariamente en ocasiones, sin llegar a desaparecer, en un complejo escenario en el

que pierde algo de entidad en favor de ese otro personaje sin rostro que es el personaje colectivo (la muchedumbre, la gente)¹⁶. En «Salutación al pueblo en primavera» se lee: «Ahora que estoy de pie / y miro el porvenir tempestuoso de los hombres / [...] / tú / olvidada muchedumbre de peones mortales / recibe así mi humilde salutación de hombre / al estallar la primavera / por las amargas lenguas de la patria»; y en «1936»: «y vimos asombrados con inocente pupila / el terror de los fusilados amaneceres / las largas caravanas de camiones desvencijados / en cuyo fondo los acurrucados individuos / eran llevados a la muerte como acosada manada / era la guerra el terror los incendios era la patria suicidada». Un escenario de cuyas ruinas, como leemos en «Elegía a mi propia muerte», el hombre sólo puede salvarse a través del amor: «Nunca amó nada del todo / él que sin embargo había nacido / para liberarse por amor tan sólo / [...] / 'Hermanos inundad de amor / al mundo que sucumbe... / cread las nuevas rutas con amor absurdo y sin objeto. / Salvaos de las ruinas con amor... / Amor... / Amor viril tan sólo...'»

En otras ocasiones, la muchedumbre es tratada de forma peyorativa, criticada como representación gráfica de procesos de deshumanización y despersonalización, de adocenamiento colectivo, y aparece entonces asimilada a los gorilas (o a otros animales pertenecientes a su tronco común: monos, chimpancés, orangutanes). Así en «Amor de hombre», de *Sumido 25*; «Desolativo», «Atardecer en la gran urbe dorada», «Liberación», de *Violento idílico*; «Vocación de protesta», «Anochecer del piloto», donde se lee: «Los oleoductos desenterrados / calcinaban a las jóvenes esposas / y la muchedumbre de los gorilas / implantaban el terror / desde lo alto de las catedrales desvanecidas», «Desasimiento», donde nadie se salva de la increpación violenta del poeta: «Vosotros: gorilas hermosos, nubes azules, / mariposas celestes, rumiantes muchedumbres de embarazadas sagradas, / ciudades doradas, orondos funcionarios, / campesinos imbeciles, pedantes profesores / bandidos industriales, fachas de comerciantes, / etc., etc., etc.», de *Transeúnte central*; o «La penúltima declaración del ilustre profesor sin chaqueta», de *Epilírica*.

«Elegía a mi propia muerte» pertenece a la misma obra que «Espejo», *Sumido 25*. Representa un nuevo avance en esa disolución del yo de la que hablábamos anteriormente. Ahora el poeta se dirige a sí mismo en tercera persona, considerándose como un muerto. Si bien es cierto que la poesía de postguerra está llena de elegías, también lo es la originalidad de Miguel Labordeta al abordar por primera vez el tema. La muerte es uno de los temas constantes de la lírica labordetiana. En este texto creemos que el motivo del yo muerto procede de Alexandre —cuyo poema «En el fondo del pozo» («El enterrado» en su primera publicación) de *Espadas como labios* (1932)¹⁷ tiene aquí resonancias evidentes, como esos versos finales en los que se muestra el deseo de fusión cósmica, por la

que el poeta desearía convertirse en elemento mínimo de la naturaleza para participar en el ciclo de elementalidad primigenia con todo lo creado.

«Restrospectivo existente» está fechado en 1947, aunque publicado en 1949, año en que aparece *Violento idílico*. Se trata de una composición catártica, un nuevo alto en el camino con mirada atrás incluida. Un rasgo de novedad reside, desde nuestro punto de vista, en el lenguaje *cuasi* bélico y policial que incluye: «invado», «saqueo», «torturo», «registro». Volvemos a encontrar tópicos que habían aparecido antes, como es la búsqueda del tiempo perdido. Estamos ante el intento de autoconocimiento, de búsqueda de la propia aseidad; de ahí los espejos torturados. La tónica inicial de imprecación prosigue, pero en este caso, el yo aparece como otro (recuérdese el *Je suis un autre* de Rimbaud), buscando las «señas de identidad» en los bolsillos, como si vistiera ropas ajenas. El poeta indaga en su pasado y busca su infancia (ese paraíso roto por una guerra nunca entendida que hizo que el poeta cayera en un infierno, como el ángel desterrado). Al no encontrar esas «señas» aparece el *ubi sunt?*, el tópico horaciano con el que el poeta se pregunta por todo aquello que tuvo y ha perdido, lo cual nos da la dimensión temporal de esta primera etapa poética: un dominio del presente, pero, al mismo tiempo, la nostalgia, la amargura que produce el sentimiento del pasado y del futuro como algo inaprensible, imposible¹⁸.

Tres composiciones de las incluidas en la presente antología tienen como referente inmediato el propio canto del poeta: «El poeta invoca en su sacrificio», «La voz del poeta» y «Poética», aunque corresponden a distintos momentos de su concepción creadora. La primera muestra todavía la necesidad del canto, la voz como elemento catártico en que se reflejan los motivos y los temas que son objeto poético: la necesidad de salvación y la tarea liberadora (los «Jóvenes Santos» y su propósito de incendiar la ciudad corrompida), el amor —expresado en Berlingtonia, «amada inexistente», a quien el poeta se dirigirá constantemente en esta primera etapa—, la concepción del creador como sacerdote o conductor moral; todos los símbolos de la «epilírica» se concentran en este poema. «La voz del poeta» expresa la función de vigía; el avance con respecto a otras manifestaciones parecidas estriba en la renuncia que lleva implícita. El Faro es un lugar idóneo para la observación, mar y cielo se despliegan ante sus ojos dibujando los límites del existir; la soledad necesaria a la función del vigía le lleva a una introspección, en la que el poeta observa su propia existencia: Amor y Poesía aparecen como refugios necesarios, revestidos neoplatónicamente del fracaso del ideal; la cotidianidad que rebaja el horizonte, y la conclusión: vivir es ver morir a los hombres que llevamos dentro. Existencialismo, pues, que puede derivar en este caso del Dámaso Alonso de *Hijos de la ira*. Finalmente, con «Poética» nos situamos en otra etapa, la de la «metalírica», el cambio es

notable con sólo observar la disposición tipográfica de los versos, aportando una nueva dimensión no presente en su primera obra. Aquí el discurso se adelgaza en conceptos mucho más elaborados, abandonando ese fluir de la conciencia que caracterizaba composiciones anteriores. Los temas, sin embargo, siguen siendo similares a los de la última etapa de la «epilírica»: la incompresión del canto, la «maleta» que encierra lo poco válido del pasado, la aceptación del propio yo, el anhelo de eternidad, etc.

Vemos que, sin embargo, conforme avanzamos, aparecen nuevos motivos que serán repetidos en la obra posterior, entre los que cabe destacar el anhelo del poeta de buscar una huida que represente el escape de una situación angustiosa y desesperante. Pero será en «Puesto que el joven azul de la montaña ha muerto» —conocidísimo por la versión musical que realizó el hermano del poeta, José Antonio Labordeta— el poema en el que este sentimiento se manifieste por vez primera de manera explícita. Poco a poco y a partir de este sentimiento de escape vamos a encontrar en su poesía una simbolización muy especial de este deseo de huida. Se trata de una marcha hacia las colinas o las montañas —como la de Noé—, a la espera del diluvio, desastre o aniquilamiento universal (En «Un hombre de treinta años pide la palabra» se lee: «y huiré a las sagradas colinas junto al mar inmensamente nuevo / a leer a mis poetas chinos preferidos / y que el mundo tiemble por vuestros pecados y se arrase / mañana por la mañana»). En esa colina, el poeta esperará el arca, el navío o la nave espacial con la que atravesar el océano sideral («Océano del



Foto: Joaquín Abón.

El parque acompaña la soledad del poeta, 1968.

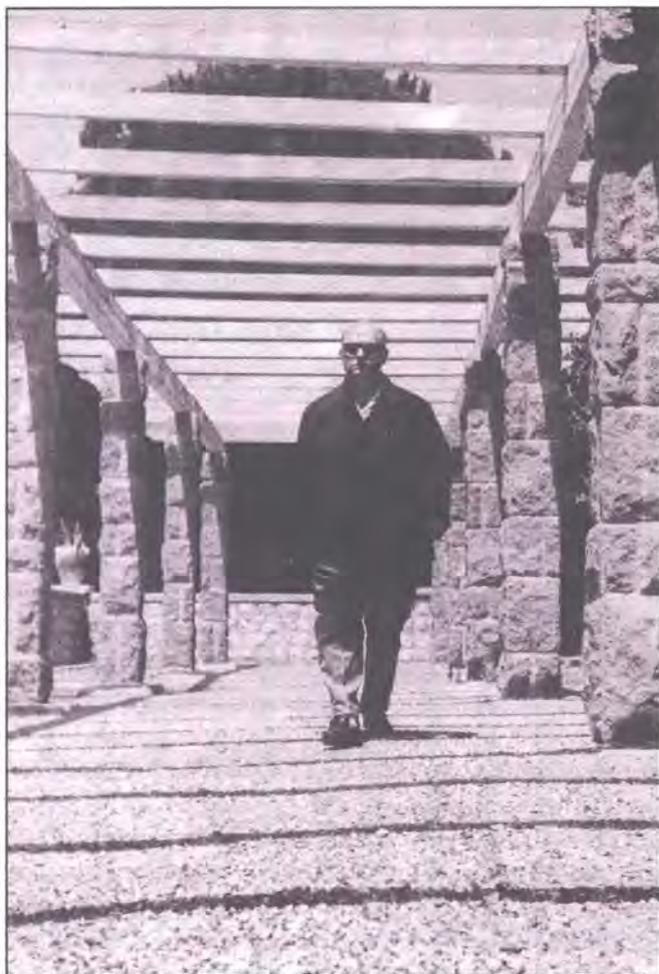


Foto: Joaquín Alcón.

Una de las últimas fotografías del poeta, 1969.

ser», ha dicho en otra ocasión) y avanzar hacia un nuevo planeta en el que reine la hermandad entre todos los hombres. La función de la salvación está reservada a los «jóvenes azules» —siempre lo azul tiene connotaciones positivas en Labordeta—, que deberán incendiar Sindyk, la «maldita ciudad dorada» —dirá en «El poeta invoca en su sacrificio»—, corrompida por los «ancianos» amantes de la guerra y la opresión. Tenemos ya otros símbolos muy característicos de esta etapa labordetiana: la muchedumbre como amenaza; el «metro» como representación de los túneles o cavernas, lugares de incomunicación y de agresividad. La marcha ha de producirse en condición pura («desnudos»), pero, al mismo tiempo, con la contundencia necesaria («ásperos»). Este bellísimo poemita nos deja vibrando con el adiós en los labios, acentuado con ese final trunco.

Pero nos hemos adelantado demasiado. De momento, en esta primera etapa —la epilírica representada en sus tres primeros libros: *Sumido 25*, *Violento idílico* y *Transeúnte central*— lo que domina es la expresión del deseo de huida, reflejada como una marcha o una excursión; de ahí que encontremos abundantes referencias a la «mochila», la «maleta», la «tienda de campaña» u otros elementos propios del excursionista, las «botas» o los «zapatos» rotos o llenos de polvo (motivo que, basado en un óleo de Magritte, sirvió a Mingote para diseñar el motivo de la

cubierta de la primera edición de *Sumido 25*). Después vendrá el desarrollo de esta intuición primera en la que se expresa la necesidad de huida.

De alguna manera, Labordeta busca así la forma de ofrecer una salvación para una juventud que no ha participado en la guerra civil y se ha visto obligada a iniciar su andadura vital sometida —«sumida» diríamos con un término muy mencionado por el poeta— a unos dictados impuestos por otra generación y fundados sobre el odio y la muerte. El propio Miguel Labordeta lo expresa muy sucintamente en la composición «Un hombre de treinta años pide la palabra», donde se muestra y hace suyo el sentimiento colectivo de toda una generación vencida («generación perdida» dirá en otro poema, nada azarosamente titulado «1936», también incluido en la presente y mínima antología). Para ello, el poeta debe «dimitir» de esa vida que le han impuesto y prepararse para morir «en sacrificio del mundo», como escribirá en otra composición. Y aquí tenemos una de las funciones sagradas del poeta, la de «conductor de las multitudes», guía moral de una sociedad enajenada. Pero ¿conducir a dónde? Ese es el dilema incontestado. El fin último de esta misión sería devolver la Juventud al *ordo naturalis* que deben regir los dioses. Pero ¿dónde están? De ahí que aparezcan los teléfonos, telégrafos, «telefonemas» y otros elementos de comunicación imposible con el Más Allá mítico. Y es que la misión del poeta no tiene un dios que la supervise (como el tren de «Mujer con alcuza» de *Hijos de la ira* que no tiene conductor). Por eso el poema es un mensaje sin respuesta.

En efecto, «vanas son las preguntas a la piedra / y mudo el destino insaciable por el viento». Miguel Labordeta se lanzó al abismo en el que yace la interrogación esencial en busca de respuestas que jamás encontró. La lección que nos legó, la respuesta (si vale esta palabra) reside en sus versos. Su poesía, rigurosa y crítica como muy pocas otras obras poéticas españolas contemporáneas, no permite ningún tipo de concesiones y supone, a la vez, un admirable ejercicio de libertad e independencia creadoras. La poesía de Labordeta es de una claridad meridiana. Podría resumirse con una expresión que creemos profética: aspiración hacia la luz, concebida como salvación. Toda ella es una progresión hacia la luz, hacia la posibilidad de alcanzar un sincretismo de palabras, una exactitud casi matemática de la fórmula que refleje a la perfección la idea, el sentimiento que quiere expresar. De ahí, la frecuencia con la que encontramos en su *Obra completa* versos o partes de ellos que se repiten, fórmulas que se multiplican hasta el infinito, personajes, ideas, recuerdos, etc. Toda su obra es, en síntesis, una búsqueda de la ecuación exacta, consistente en dar vueltas y vueltas a los mismos materiales poéticos. Este hecho puede explicar la renuencia de Miguel Labordeta a publicar en los últimos años de su vida, la apertura a nuevas maneras de expresión, como la poesía visual o el letrismo. De alguna manera, po-



En Santander con un amigo, 1951.

dríamos decir que la trayectoria poética de Miguel Labordeta parte de la necesidad de comunicación (del yo al nosotros, se ha dicho), pero no se queda ahí la evolución: «metalírica» es —frente a lo que se ha dicho— una nueva introspección en el yo, en el ser y en estar aquí, encerrándose en una peculiar ontología que, podría decirse, renuncia al nosotros para indagar en lo personal, en la peculiar angustia del poeta.

Pocos poetas españoles de la postguerra han manifestado una mayor coherencia en la progresión de su obra, pocos pueden considerarse tan honestos con su producción como nuestro Miguel. Por ello, quizás habría que considerar la posibilidad de volver a editar sus obras completas, respetando la voluntad del autor de ofrecer tan sólo aquellos materiales que consideró terminados, ya que las últimas —aun siendo de gran validez para el investigador y el estudioso de la obra labordetiana— pueden hacer caer en el error de que el lector considere a Labordeta como un autor poco reflexivo y nada cuidadoso con su obra, cuando lo cierto es que en pocos casos podemos encontrar tanta conciencia crítica para con la creación propia.

Los mitos, las «claves circulares», como las ha llamado Rosendo Tello (Labordeta, 1972a), de La-

bordeta son rotundas, enérgicas, proféticas. Su único defecto es el de no seguir las corrientes en boga, no sumirse a las modas de cada momento. No ser «social» cuando lo que «convenía» era «social», no ser lírico cuando la palabra aterciopelada era la norma. Pero su denuncia es mucho más profunda, más decisiva que cualquier otra posible. Su protesta no va dirigida a una determinada circunstancia histórica —aunque la incluya—, sino a todo un sistema social, a los valores que ese sistema propugna. Su denuncia se dirige contra la hipocresía social, contra el poder ejercido desde una determinada posición contra los más débiles, contra esos «profesores inútiles», «sabios» de pacotilla, contra todo ese ejército de menesterosos que pulula en sus obras, o contra la oposición ejercida como mera imposición. Por ello, en una primera época —en esa «epilírica» o poesía del fenómeno—, Labordeta parte de la concepción de angustia y desastre y ansía una salvación, destinada a los «jóvenes azules»; después se dará cuenta de que sólo es posible la salvación salvándose el yo individualmente. Por lo tanto, su «metalírica» podría considerarse como una metafísica del yo poético, transida de las obsesiones anteriores, pero concentrada en su forma, adelgazada de la retórica «verbalista» o «tremendista» que dominaba su época anterior.

Quizás sea hora ya de que los versos de José Antonio Labordeta dejen de ser proféticos y que esas palabras o esos silencios «que nadie entendió» comiencen a alcanzar su verdadero sentido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA.VV. (1977): *Miguel Labordeta. Un poeta en la posguerra*, Zaragoza, Alcrudo editor.
- AUB, Max (1969): *Poesía española contemporánea*, Madrid, Gredos.
- BENJAMIN, Walter (1988): *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, pról. y trad. de Jesús Aguirre, Madrid, Taurus.
- BODINI, Vittorio (1982): *Poetas surrealistas españoles*, trad. de Carlos Manzano, 2.^a ed., Barcelona, Tusquets.
- CORBALÁN, Pablo, ed. (1974): *Poesía surrealista en España*, Madrid, Ediciones del Centro.
- FERRER SOLÁ, Jesús (1983): *La poesía metafísica de Miguel Labordeta*, Barcelona, Universitat de Barcelona.
- FOX, E. Inman (1970): «Poesía 'social' y la tradición simbolista», en *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, México, El Colegio de México, pp. 355-363.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor (1987): *La poesía española de 1935 a 1975. II. De la poesía existencial a la poesía social. 1944-1950*, Madrid, Cátedra.
- GULLÓN, Germán, ed. (1981): *Poesía de la vanguardia española (Antología)*, Madrid, Taurus.
- LABORDETA, José Antonio y DELGADO, Javier (1987): *Recuerdo de Miguel Labordeta*, Zaragoza, Diputación Provincial.

LABORDETA, Miguel (1972a): *Obras completas*, prólogo de Ricardo Senabre, «Retrato», de José Antonio Labordeta y «Claves circulares» de Rosendo Tello, Zaragoza, Javalambre (Colección «Fuendotodos», n.º 11).

— (1972b): *Autopía*, ed. y prólogo de Rosendo Tello, Barcelona, El Bardo.

— (1981): *Epilírica (Los nueve en punto)*, ed. y prólogo de Clemente Alonso Crespo, Barcelona, Lumen.

— (1983a): *Metalírica*, ed. y prólogo de Antonio Fernández Molina, Madrid, Hiperión.

— (1983b): *Obra completa*, ed. de Clemente Alonso Crespo, presentación de José Manuel Blecua, 3 vols., Barcelona, El Bardo.

LUIS, Leopoldo de, ed. (1969): *Antología de la poesía social*, Madrid, Taurus.

PARIENTE, Ángel, ed. (1985): *Antología de la poesía surrealista*, Madrid, Júcar.

PÉREZ-LIZANO, Manuel (1980): *Surrealismo aragonés. 1929-1979*, Zaragoza, Librería General.

ROMO, Fernando (1988): *Miguel Labordeta: Una lectura global*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.

TORRE, Guillermo de (1974): *Historia de las literaturas de vanguardia*, Madrid, Guadarrama, 3.ª ed., 3 vols.

NOTAS

1. Antonio Fernández Molina señala la importancia del movimiento cultural e intelectual vivido en la inmediata postguerra zaragozana, y se lamenta de que «ha permanecido injustamente en el ostracismo». Asimismo, apunta la posibilidad de que la presencia de Juan Eduardo Cirlot en la ciudad y los contactos surrealistas que en ella hizo contribuyeran posteriormente «a avivar las inquietudes del *Dau al Set* en Barcelona» (*apud* M. Labordeta, 1983a, p. 9). *Vide* M. Pérez-Lizano (1980).

2. *Sumido 25* apareció en Zaragoza, en las prensas del *Heraldo de Aragón*, en 1948; *Violento idílico*, fue publicado por Ediciones Clan, sello editorial de la librería del mismo nombre abierta por otro aragonés, Tomás Seral y Casas (1908-1975), en la calle Arenal de Madrid, donde se formó un núcleo de ebullición y actividad surrealista en la España de postguerra; por último, *Transeúnte central*, aparece en San Sebastián, «Colección Norte» (dirigida por Gabriel Celaya y Amparichu Gastón, su mujer), 1950.

3. «Taladra mi cerebro / lo inconsciente», dice en un texto de 1940 [Labordeta (1983b), I, 96]. Siempre que hagamos alusión a estas obras juveniles de Labordeta citaremos por la ed. de C. Alonso Crespo, única que las incluye.

4. En la revista *Verbo* (n.º 23-25, 1952, p. 184) comenta: «¿Surrealista? Yo creo que nadie lo es enteramente, y que sin embargo, nadie de sensibilidad actual, pueda quedarse al margen de su influencia mágica.» (*Apud* Romo, 1988, p. 49).

5. El camino de Labordeta puede considerarse, en este sentido, como inverso al general, ya que, recordemos, «El superrealismo ha nacido de una costilla de *Dadá*», decía Ribemont-Desseignes o, más plásticamente, Tristan Tzara: «El superrealismo nació de las cenizas de *Dadá*», en Guillermo de Torre (1974, t. 2, p. 15).

6. Pero que será publicada en las Actas del Primer Curso sobre Poesía Aragonesa Contemporánea, que aparecerán a lo largo del presente año. De manera similar, Romo, al tratar el problema incluye el epígrafe entre signos interrogativos: «¿Surrealismo en España?» (1988, pp. 46-50, ep. I.5).

7. Aun siendo conscientes del barbarismo en que incurrimos, preferimos emplear la forma «surrealismo», mucho más conocida y extendida que «superrealismo». La primera referencia que aparece en España sobre este movimiento es de 1924, fecha en que se publica en la *Revista de Occidente* un artículo de Fernando Vela titulado «El superrealismo».

8. El propio Miguel Labordeta definía su *Epilírica* como «uno de los primeros libros de poesía social». Y matizaba: «bueno, de lo que luego se llamaría social por los oportunistas, que antes garcilasistas, correrán a gritos desaliñados por el hombre, la justicia, el cocido y tal [...] éstos figuran en las antologías como forjadores de la poesía social, etc., en cambio de Labordeta dicen desdeñosamente «es un surrealista»» (texto de 1966, editado por Rotellar, *apud* Romo, 1988, p. 67). Recordemos, por ejemplo, que Leopoldo de Luis no recogió ningún poema de Miguel en su conocida *Antología de la poesía social* (1969, p. 36), aunque trata de justificar su ausencia, mencionando el poema «Un hombre de treinta años pide la palabra» como más próximo a esta tendencia. A pesar de esta polémica en torno a la clasificación de la poesía labordetiana como «surrealista» o «social», encontramos varios textos de Labordeta incluidos en antologías de poesía surrealista, como las de Pablo Corbalán (1974), Germán Gullón (1981, en el epígrafe «Surrealismo tardío») o Ángel Pariente (1985).

9. E. Inman Fox (1970, p. 359), sin embargo, defiende con sobrados argumentos el carácter simbolista de *Hijos de la ira*, obra de la que dice que «es poesía irreal e irracional, por la imaginación desenfadada, existencialista y de estructura claramente simbolista». Ya antes, Max Aub (1969) hablaba de la limitación de esta obra para ser la liberación poética de la circunstancia social y existencial del momento histórico, por proponer una solución personal, no válida para el resto de los hombres.

10. Dirigida por el propio Miguel Labordeta, la escenografía y la luminotecnia estuvieron a cargo de Agustín Ibarrola, y fue interpretada por los actores Pío Fernández Cueto, Lola Gomollón y Mario Barraicoa.

11. En otro texto primerizo (1940), leemos: «Nada ha existido. / Nada hay. Nada.» [Labordeta (1983b), I, 101]; en otro (1946-1948), una aspiración: «No ser. / He aquí lo perfecto.» [I, 114].

12. «Aquí estoy. Existo. Soy el que soy», dirá en un texto primerizo (*Sumergido crecimiento*, de 1945) [I, 212]. Quizás, una muestra de esta aceptación sea la superación de la angustia del espejo: «Me impongo astutamente a los espejos» [«Transmigración», de *Transeúnte central*, en Labordeta (1983b, II, 44)]. La contradicción entre un ansia de buscar la esencia de la vida y el lastre de la existencia se supera —aunque ficticiamente— con la asunción de la hermandad como salvación: «La vida es hermosa. Somos hermanos» [«Mi antigua juvenil despedida», de *Epilírica*, en Labordeta (1983b, II, 180)].

13. Recordemos que así se titula un poema recogido en *Violento idílico*. El término lo recogió Heidegger en *El Ser y el Tiempo* (1927) para exponer su teoría existencial; el término podría traducirse como «ser-en-el-tiempo».

14. El tema del espejo se convirtió en una de las obsesiones de Miguel Labordeta a lo largo de toda su obra. En *Abisal cáncer* —texto en prosa a modo de diario íntimo que escribió durante su servicio militar, leemos: «No me reconozco. Te busco. Hombre. Me busco. No me encuentro [...] Pregunto a los viejos espejos de los hechiceros.» [I, 145].

15. Al menos como aspiración, el yo quiere fundirse en lo otro, incluyendo a la colectividad: «Intento hundirme en el Océano del ser» [«Morada de cantos», 1946-1948, en Labordeta (1983b, I, 124)].

16. En la lírica de la modernidad, es Baudelaire quien inaugura y desarrolla el tratamiento de la muchedumbre como personaje poemático, casi siempre situado en escenarios parisinos. Así, textos como «Paysage», «Le cygne», «Les sept vieillards», «Recueillement», «À une passante», etc. Para un análisis de la muchedumbre y de la ciudad como personaje y espacio de la lírica de Baudelaire, véase Walter Benjamin (1988).

17. En Vicente Aleixandre, el tema aparece en varias ocasiones, en los poemas «El muerto», «Epitafio» y «El enterrado», de *Nacimiento último*; «Bajo la tierra», de *Mundo a solas*; «Bajo la tierra», de *Poemas de la consumación*, aparte de su elegía a García Lorca.

18. Con un tono quevedesco, exclama en un texto juvenil: «No existe este pasado. No existe el futuro. Este presente huido es ya recuerdo casi.» [Labordeta (1983b, I, 157)].

La biblioteca personal de un poeta irrepetible*

ANTÓN CASTRO

Hace más de una década la biblioteca personal de Miguel Labordeta fue ofrecida a la Universidad de Zaragoza. Ese hecho coincidió con la apropiación por parte del Colegio de Notarios del antiguo Colegio de Santo Tomás de Aquino, donde el gran poeta no sólo daba sus clases de Inglés e Historia sino que tenía un pequeño despacho lóbrego, colmado aquí y allá de libros, revistas, epístolas de poetas, artistas y amigos, y un numeroso ejército de carpetas donde dormían sus manuscritos de letra enrevesada y difícil. Este texto es una reconstrucción del paisaje de lecturas y afinidades del autor de *Sumido 25* y un viaje hacia el fondo del alma de un gran poeta. El texto, más que como un reportaje crítico sobre una forma de desidia o una indagación sobre las huellas de la creación, puede leerse como una elegía, como un homenaje póstumo o como un acercamiento elíptico al misterio volcánico de Miguel Labordeta.

La biblioteca de Miguel Labordeta más que poseer un conjunto de volúmenes de bibliofilia, o responder al criterio de un amante de los libros, es una biblioteca práctica, personal, quizá descuidada e incompleta. Es la biblioteca de un lector desordenado que le interesaba la novela contemporánea, la poesía francesa, inglesa y alemana, la poesía española y temas tan dispares como el yoga mental, el psicoanálisis, la



Biblioteca personal.

filosofía o el arte. Ahora está reunida en el Colegio Santo Tomás de Aquino, repartida en dos partes distintas; por un lado, los libros científicos, las ediciones de textos de historia o las monografías sobre geografía, arte, etcétera, habitan los estantes de la biblioteca de alumnos del colegio; por otra parte del centro, en unas estanterías hechas de encargo, apilados en dos hileras o en pequeñas alacenas cerradas, campan sus libros de literatura, de poesía, de yoga o de filosofía: los volúmenes que conforman su auténtica inquietud de lector y que reflejan el extenso intercambio literario que mantenía con otros creadores de su tiempo.

La biblioteca de Miguel Labordeta fue medrando en un despacho oscuro que miraba hacia el Mercado y los libros aumentaron de tal modo que, al final, antes del fallecimiento del poeta en el primer día de agosto de 1969, toda la habitación estaba forrada de ejemplares hasta arriba. El crítico Clemente Alonso Crespo aún conserva en su casa con jardín en Cuarte dos o tres estanterías que llevan impresa esta leyenda: «Viva la OPI.» En el momento en que hubo que desalojar el mítico colegio de Santo Tomás, —donde dieron clase Miguel Labordeta padre, José Manuel Blecua, Ildefonso Manuel Gil, Rosendo Tello Aína, entre otros—, todos sus documentos se metieron en cajas al azar y partieron hacia los sótanos del Colegio Santo Tomás de Aquino.

«Fue precisamente en ese momento cuando le ofrecimos el lote a la Universidad. La idea era que se crease una Biblioteca Miguel Labordeta. Tampoco solicitábamos un espacio muy grande ni nada del otro cielo: sólo queríamos un lugar digno, asequible al público y que, de esa manera, se pudiese acceder a un material que creíamos importante. Pero no se nos ofreció nada serio, iban a tener el material en cajas y se produjo un intercambio de cartas entre Víctor García de la Concha y yo, que no condujo a ningún lugar», recuerda José Antonio Labordeta. Tras la reyerta dialéctica, donde jugaron intereses personales de diverso signo, vino el olvido: el asunto estuvo detenido mucho tiempo hasta que un día Clemente Alonso manifestó su interés en estudiar un material casi ignorado o insuficientemente conocido. Su trabajo cristalizó en una monumental tesis anotada, que permanece inédita, y en la publicación de la *Obra completa de Miguel Labordeta* (El Bardo, 1983).

Ese libro en tres volúmenes va precedido de una explicación del mundo poético de Labordeta y recupera todos sus textos, éditos y no éditos, en una compilación caudalosa, fiel a la grafía y disposición poemática, pero que tal vez incorpora poemas que el propio vate había rechazado. De ahí nacieron las mayores críticas, a veces con encono, a la labor de Clemente Alonso, y también a la importante cantidad de erratas tipográficas que, con generosa frecuencia, estropean el conjunto. El propio crítico confiesa: «Las pruebas del libro se corrigieron con cierta precipitación porque lo hice en una sola noche en la estación de trenes de Valencia, por imperativos de edición. Conviene recordar que ese libro se presentó un 23 de abril en el Teatro del Mercado y que con ese acto se inauguraba oficialmente el recinto», recuerda el profesor y crítico.

José Antonio Labordeta volvió a reiterar el ofrecimiento algún tiempo después, y recientemente propuso donar la Biblioteca a la Fundación Pablo Serrano, que sigue siendo hasta el momento otro doloroso misterio, aunque está prevista su inauguración para el 23 de abril de este mismo año. «Desconozco el número de volúmenes que componen el fondo Miguel Labordeta. Entre 3.000 y 5.000 calculo. Mi hermano tenía relaciones con casi todos los poetas españoles, con poetas belgas, y posee las primeras ediciones de los escritores españoles desde los 40 a los 60 —agrega—. Pero no sólo eso. Ahí está su magnífica colección de revistas, su correspondencia o las primeras ediciones de sus libros.»



Miguel acaricia la calavera.

Tal vez sea Donato Labordeta el que conozca mejor que nadie las cualidades de su hermano. Incluso, como anécdota frugal de infante sojuzgado por la picardía del sexo, asegura que en ocasiones el poeta les ocultaba en un doble estante las *Memorias* de Casanova y él, cuando se ausentaba, una de las primeras cosas que hacía era ir a coger aquel libro que creía tan perversamente erótico. «Nuestra madre, en cambio, se llevaba unos disgustos enormes cada vez que le mandaban paquetones de la librería *Libros* de Víctor Bailo, y ese enojo aumentaba cuando a final de mes la cuenta alcanzaba una cifra desorbitada —dice Donato, que guarda una clara semejanza física con el poeta—. Sus hábitos de lectura eran muy peculiares: era un hombre muy casero. Leía siempre antes de cenar y luego se quedaba hasta muy tarde leyendo y se levantaba muy tarde. Era una persona tímida, reservada, no hacía apenas vida social y recuerdo que le encantaba viajar y que lo llevaran. Yo fui de conductor suyo a algunas fiestas, como las de Tudela, pero por lo general no le gustaba salir. Le interesaba mucho el cine, el teatro y la música. Tiene una magnífica colección de discos de piedra: le fascinaba la *Patética* de Tchaikovsky, Ravel, Stravinsky, Mozart y Falla, también el jazz...».

BIBLIOTECA PERSONAL

¿Cómo es la biblioteca personal de Miguel Labordeta? No es en modo alguno un conjunto deslumbrante, comparable a las célebres de Enrique Aubá, Martínez Tejero, Alfonso Fernández, José Luis Melero Rivas o Luis Marquina. Nunca mostró interés alguno por los libros de bibliofilia, ni por las ediciones raras, ni siquiera por el libro bello. Jamás fue un rastreador de joyas. En la parte científica, se percibe que le apasionaba la Historia: tiene varias colecciones de enciclopedias y diccionarios enciclopédicos, muchas monografías, algunas tan fascinantes como una *Vida del marqués de Sade*, o la primera biografía que se editó en España de Greta Garbo; los personajes históricos ejercen una gran fascinación sobre él y tiene series dispares. Rusell, Hegel, D'Ors, todo Freud y todo Jung (Donato Labordeta cree recordar que poco antes de morir leía *El hombre y los símbolos* del discípulo de Sigmund Freud) eran sus pensadores preferidos. Le interesaba la teosofía, el espiritismo, el psicoanálisis, el yoga mental, la psicología y como aficiones si se quiere insólitas le apasionaba la literatura oriental, la poesía japonesa y todos los temas relacionados con China y Japón.

Por lo que respecta a literatura, de teoría literaria casi no tiene nada. Sí atesora, en cambio, una buena

colección de libros franceses en castellano y en su idioma original. Como particularidad especial, conviene reseñar que leía a Alfred Jarry, a Apollinaire, Gide, a Valery, a Sartre y a Cocteau en publicaciones originales. Era un excelente lector de inglés, aunque en esta lengua su campo de interés parece deslizar hacia la narrativa: John Dos Passos y Aldous Huxley parecen ser sus escritores predilectos. La poesía española se adueña de los estantes: tiene casi todas las primeras ediciones de Juan Ramón, Celaya, Gabino Alejandro Carriado, Vicente Aleixandre, todos los poetas aragoneses contemporáneos, Lorca, Rubén Darío —su primer gran maestro— y luego todos los postistas, colecciones como *El Bardo*, *Adonais*, etcétera. Una selección de libros importantes que están en su mayor parte dedicados y que son ediciones que ya no se pueden encontrar en ningún lugar.

MANUSCRITOS: EL ENIGMA DE BERLINGTONIA

Todos dicen que la parte más importante de la obra de Miguel Labordeta está en poder de Clemente Alonso Crespo. Es obvio: el crítico posee su material más decisivo: los manuscritos acompañados de una transcripción absolutamente fiel hasta donde es posible, las primeras ediciones de sus libros, el fondo de revistas literarias con tres números de *Despacho Literario* y el último fotocopiado, el capítulo extensísimo de correspondencia, etcétera.

«Esta casa ha estado y está abierta, pero ojalá que todo este material no estuviese aquí. Considero que estos documentos, como el archivo de Manuel Rotellar o las bibliotecas de Manuel Pinillos o Julio Antonio Gómez, deberían contar con un espacio adecuado en la Universidad o donde fuese para que la gente pudiese consultarlos. Considero que el ejemplo de Juan Ramón Jiménez y Zenobia en Puerto Rico, salvando las distancias, es un ejemplo ideal», estima Alonso Crespo.

Él conserva en sobres y carpetas toda la obra original de Miguel Labordeta, desde 1936 —instante en que el joven recibía por completo influjos de Rubén Darío— hasta su fallecimiento. Además, Alonso conserva las primeras ediciones de *Sumido 25*, *Transeúnte central*, *Violento idílico* y la edición de *Los soliloquios*, que, pese a que Labordeta conocía la publicación, salió a las librerías con carácter póstumo. Quizá uno de los detalles que mejor revelaban la compleja y lúdica personalidad de Miguel Labordeta sean sus auto-dedicatorias. En *Transeúnte central*, el vate se autoescribe: «*Para tí, Miguel Labordeta, obeso calvo incendiario, desterrado celeste de no sé qué mina, que no sé en qué hora has venido a la tierra de no sabe nadie dónde, que has venido*

a no sé qué ni cómo, bajo esas estrellas que nadie sabe cómo son ni parece que estén ahí. Del autor: 20.6.1950.»

La correspondencia de Miguel Labordeta es copiosísima. Comprende una caja enorme que daría lugar a varias publicaciones llenas de interés: entre las epístolas recibidas se encuentran las de Paco Nieva, Ignacio Aldecoa, Ángel Crespo, Agustín Ibarrola, Carriado, Pablo Serrano, Ildelfonso Manuel Gil, jóvenes como Félix de Azúa, Juan Eduardo Cirlot, Vicente Aleixandre (el premio Nobel de 1977, cortésmente, le envió una epístola a la aparición de cada uno de sus libros), Carlos Edumundo de Ory, que le cursaba unos textos bellísimos rematados con un collage. Este postista, según Alonso Crespo, le dirige unas cartas de hermosa factura literaria. «Es curioso, intenté el intercambio con las personas que le habían dirigido cartas y sólo una persona respondió con toda afabilidad: el surrealista aragonés Luis García Abrines.» Las cartas que le dirigió Miguel a García Abrines son las más extensas e intensas. También hay un poema manuscrito de Ramón Gómez de la Serna, copiosos envíos de José Camón Aznar y textos escuetos de Camilo José Cela, entre otros.

Lo más hermoso del epistolario es un pequeño secreto: las cartas de amor dirigidas a Berlingtonia. «Ese es el nombre del objeto amoroso del poeta, pero Berlingtonia existió y cuando alguien dice que ese nombre hace referencia a la ciudad se está equivocando. Berlingtonia es la encarnación del amor. Labordeta sufrió auténticos desesperos de amor. En sus años de madurez inicial era el típico profesor que se enamoraba de sus alumnas —aclara—. Hay algo que pocos saben: *Oficina de Horizonte* es una declaración de amor, un mensaje dirigido a una persona. Miguel le cursó la invitación para que asistiese al estreno y la amante no acude a la representación.» Ese es un epistolario íntimo y particular que, según el crítico, despejaría para siempre la idea de ambigüedad sexual que parece rodear al escritor.

Por último, habría que reseñar la magnífica colección de revistas poéticas, la serie de *Blanco y Negro*, todo *Papeles de Son Armadans* y la revista *Life*, entre otras. «Hay un aspecto curioso: Miguel escribía en dietarios de colegio, en cartillas de notas y justo unos días antes de morir anunció en una página: 'Ataque al corazón'. Al poco tiempo fallecería —dice—.

Lo bueno, respecto a este material, sería que la Universidad se hiciera cargo de él, que se creara una biblioteca especializada para que la gente pueda acceder a sus materiales, pero lo que de ningún modo debemos permitir es que esto esté aquí.»

* *El día de Aragón (Dominical)*, 10 septiembre 1989. Actualizado para Rolde.



Biblioteca del Colegio Santo Tomás de Aquino.

Epistolario

I. Cartas de Miguel Labordeta

A EMILIO GASTÓN



«Jounakos» espera tu colaboración; crítica de Borrego (pintor) con cliché de programa exposición y comentario surrealista al burro ese de José Antonio (Orejudín, o Camilo Estrellas, o lo que sea).

También te ruego te pongas al habla con el genio del Coso, Emilio Alfaro, pues me interesa la crítica de Ildefonso Gil sobre el mango alerta, que él tiene en su poder, también me interesa la colaboración de Alfaro, para que vaya con José Antonio, a ver al gran renard Ayala, con el fin de camelar a éste, para no tener que ir a la censura de Madrid.

Tao Tao.

Miguel



De la O.P.I. En Solsticio.

Monstruico: el día 27, sábado, se te espera en Niké; motivo: cena en honor a Mr. Jounakos, padre y madre de la O.P.I., recién venido de U.S.A.

Estaremos todos los genios del antro.

A propósito de genios: invita de mi parte especialmente al bien amado Perico Marín, no se te olvide y gracias.

Se te saluda, hombre.

Por los grandes Ancianos de la O.P.I.

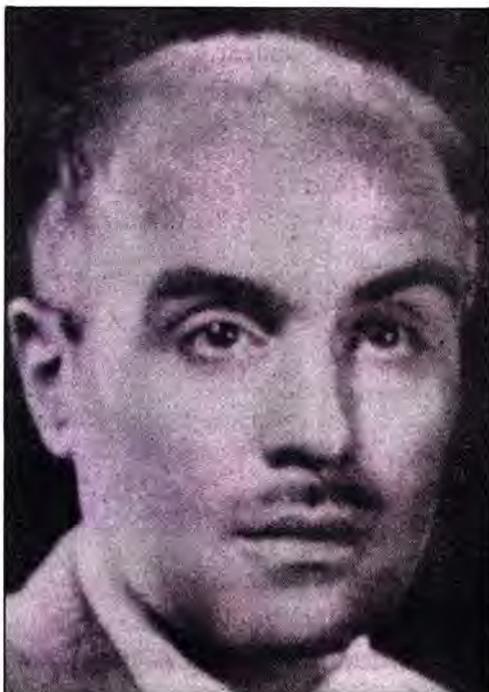
Miguel

No sé el domicilio del bien amado Perico.



Foto: Eduardo Bayona.

A MANUEL PINILLOS



25.4.60

Gran Pinillos.— Leí tus libros y la voz grande de un poeta maduro, maestro y pleno que ha sufrido mucho y que ahora se siente convaleciente y conciliador, me llega tensa, cordial y siempre con altísima calidad poética.

Gracias, hombre, y desde luego quedas ratificado en tu antiguo nombramiento del que doy fe como perdedor, de Presidente vitalicio de la O.P.I.

Enhorabuena y un abrazo.

biba la O.P.I. ... y lo demás son «ostias» (Carnicero)

A JOSÉ MARÍA AGUIRRE

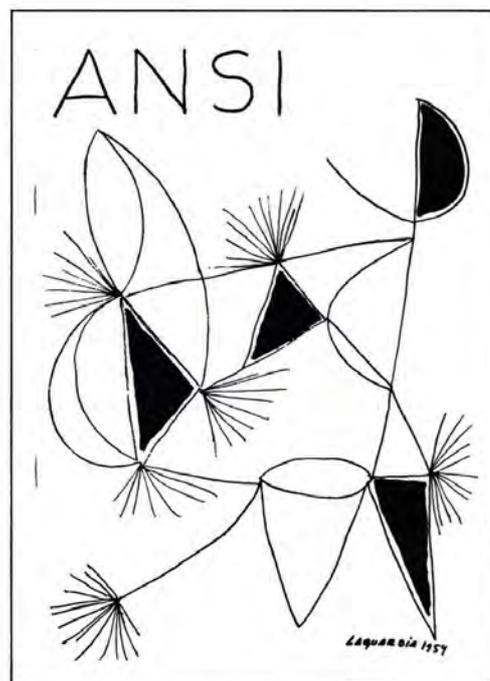


Zaragoza 12.6.60

Querido amigo y delegado de la OPI en las hermosas islas Británicas: no seas anglosajón, hombre, cómo te van a hacer suscriptor de pago, si ya lo eres, por derecho propio, de honor y todo... cuando vengas por aquí, supongo será pronto, te daré los libros que no te han enviado los despistados de *Orejudín* y *Papageno* (el gordo ha publicado *Los gorilas se suicidaban en manadas numerosísimas...* un buen libro, a pesar del título, un gran libro, ¿te lo ha enviado?). También te daré el de García Abrines, de «collages» surrealistas, en el caso de que no te lo hayan enviado. ¿Has recibido el primer n.º de *Despacho Literario* de la oficina poética...? Espero tu colaboración para el n.º 2, de otoño y tal; poemas tuyos y ensayos, así como de algún inglés o americano que merezca la pena, eso sí, nada de chatarra, que para eso está el cretino de Cano (Dios me perdone) que no se ha acordado de nosotros... ¡qué rabia tiene el pobre a Zaragoza, cuando vino no le hicimos caso... ¡venganza, venganza...!

Un abrazo.

M. Labordeta



Aguirre fue uno de los fundadores de ANSI.



Amigo Aguirre: creo que no has comprendido bien la finalidad del gazpacho: propagandear y airear nuestras firmas de las que nadie se preocupa y sobre las que hay un inquietante silencio.

Para lo que tu quieres, ya están los nefastos *Estafeta*, *Ínsula*, *Índice*, etc. etc, nuestro refrito no es informativo, sino deformativo y de honesto autobombo, no claro el de Madrid, sino pobre y honrado.

Además, hay mucha cosa universal no aragonés: poetas de Buenos Aires, F. Molina, Marrodán, Sabina, Olmo, Bargueño; es natural que lo demás se refiera a las actividades de la OPI; acuérdate de Juan Palomo... yo me lo guiso... etc.; ha habido críticas nefastas a la primera página (Sastre y Cía), que si autobombo, que si tal, como si sólo ellos tuvieran derecho a la vida.

A lo positivo: tus poemas, muy buenos, irán en sitio de honor. Espero más cosas tuyas, sobre poesía inglesa, y sobre todo, tuya. Creo que eres un gran poeta, extrañamente silencioso y silenciado.

Bargueño: Casa de los tiros. Turismo. Granada. Se casó, mujer embarazada. Un abrazo long, long.

M. Labordeta



1.5.61

Amigo Aguirre: conforme con tu tercera solución, pero es más difícil de lo que parece encontrar colaboradores de calidad... y desinteresados (con perricas... chufletas, que dicen en tu tierra). Tus poemas *muy interesantes* (nada de coba); de los poetas ingleses, irá uno de ellos, pues falta espacio (el que habla del campo de Belsen); pronto recibirás el 2.º *Papageno*, con mi obra.

Para próximos gazpachos *espero tu colaboración*; aquí la gente se llama «andana», y excepto F. Molina, los demás no tienen el más mínimo interés, salvo para poner «pegas» tontas ¡que si siempre los mismos poetas! ¡que el formato es incómodo! ¡que si soy un cacique! en fin para mandar todo a tomar fresco.

Un saludo

M. Labordeta

¡Qué arisco eres, coño, como el aire de tu tierra! Envía cosas.

Se alaba a los aragoneses, pero cuidado, a los que merecen la pena: Pinillos, Serrano, Buñuel, Aguirre, Gargallo, Lagunas, etc, etc.



6.10.61

Desde mi OPI cooperativa de genios creadores con un partido Humanista (pH) de ciudadanos obreros del Mundo.

Gran Aguirre: el «gazpacho» saldría, si dios quiere, para Capricornio y se vendería a duro (¡basta ya de hacer el primo!); espero pues tus poemas, y se publicarán como tú quieres, y si van acompañados de un pequeño ensayo, mejor; también me interesaría obra de un poeta de aquí: llamado J. M. Aguirre, muy interesante, aunque él lo dude (no es coba).

¿Sabes si publicó Aguirre una *Antología* en «Ebro»? Creo que habla «regular» de los poetastros ibéricos y no incluye a los excelsos divos vates locales.

Biba la OPI-PH y los Nikeastas.

Esto está aburridísimo, horrible, lleno de maricones y comunistas.

Un abrazo.

M. Labordeta



9.10.65

Amigo Aguirre: recibo tu libro, gran poema el de Eliot y buen esfuerzo el tuyo, y que hará compañía estos días de vacación en que marchó a Mallorca, huyendo del Pilar ruido. ¿Vives? Yo también, aunque a veces lo dudo.

Agradecido y un abrazo

M. Labordeta

¿Te vas a Inglaterra? Ya dirás algo, hombre.

A GUILLERMO GÚDEL



Zaragoza 5-8-59



Foto: Rogelio Allepuz.

Miguel Labordeta en su O.P.I.

Recibí tu libro, de poeta macho que eres, con tu amoroso dolor a cuestras, bajo los tejados y el viento de los días, luminoso, triste, ardiente, como tu alma secreta de español antiguo. Muchas gracias, por tus poemas, hermosos, sí, y me han gustado mucho, palabra.

Estaba enfadado contigo, por no venir a la cita de la O.P.I., pero cosas así se olvidan de repente, cuando he leído tu primer verso... ah... qué huracán sosegado y herido hay en tu alborotada calma, llena de guerra en paz. Un abrazo, hombre, y enhorabuena.

M. Labordeta

He vuelto a inscribirte en el registro de la O.P.I. ¡No te quejarás, eh!

A JOSÉ LUIS GARCÍA ABRINES



El Charco. Caminando por Cáncer. 1953 (d.C.)

Oh Monstruo! Oh viviente bebiendo humano! Oh Luisito! Me alegra, me alegra, sí, recibir noticias tuyas, de que existes, de que tienes dos habitaciones, de que tienes a Margaret... oh!... Te diré una cosa: estaba preocupado por ti y por mi libro. Hubo rumores por aquí de esos estúpidos, de cosas que te habían pasado a ti, que si expulsiones, que si no sé qué... en fin, me dije: Luis, cualquier día ha repartido mis «9», como prospectos de una casa de lavabos por algún café de poetas urinarios. No sé a qué poema te refieres, quizá a *Recordatorio?*, no sé, bueno, haced lo que os parezca bien; mi otro libro *Metalírica*, que iba a publicar en Madrid, Crespo (por cierto, creo que va a París para Septiembre) en el *Pájaro de Paja* me lo ha tumbado la censura (!!). Está visto: tendré que publicar todos en la Editions Jounakos Universal, de la que yo digo por ahí que está subvencionada por Margaret Jounakos, una millonaria neoyorkina, amada del «Monstruo», el sufriente Cristo parisino sin zapatos. Sin nada, sigo yo, así como me ves. Murió mi padre. Esto son como puñetazos que la realidad (qué es la realidad?) nos lanza al corazón de pobres ilusos cuales somos y nos demuestra la pequeñez de nuestras estaturas vivientes. No iré por ahora a París. Proyecto un viaje por Europa, hasta Copenhague y Viena y Milán. Viajar. Viajar sin detenerme. Volver. Ya una persona sería, con bigote y barba y todo, y siga el juego, compadre, gracias a mi musa que es una gran puta, gracias a ella aún puedo llamarme algo así como yo. Pero nada más. Pero mucho. De lo de Picasso te encomiendo mi espíritu; sería un golpe bueno para los vates papanatas, indícame también, cómo ves la portada, etc; te enviaría unos cientos de ejemplares (cuando sea) y hacéis, tú y Margaret, de distribuidores oficiales por la tierra y alrededores, excepto la católica España, de la que me ocupo yo. Claro, que si quitáis un poema, ya no serán *Los 9 en punto*, sino los 8, más temprano, pero en fin, igual nos moriremos. Tú crees que moriremos? Es posible tal cosa tan soberbia? Olvidar, olvidar... gran gozo... gran hoyo... gran ojo... oh... Un abrazo a Charles de éste de mi parte. Estoy solo, rodeado de buenas gentes que creen en las «perricas» y en San Obdulio, virgen y mártir. Adiós. Venid para otoño con Charles y su novia, iremos a los toros y tal. Adiós. Salud. Un gran abrazo para los dos de

Miguel

En mi pabellón Oeste. 3 de la tarde. Gracias. Gracias hijos míos. Thank you Margaret.



Por Leo. En mi O.P.I. Pavillon d'Été. 34 de mi nacimiento. Luna Nueva. Tormentas. Buena cosecha de tomate y melón, floja de cereales. El Unicornio canta las manufacturas de los sexos bajo la ventana de las muchachas. Amén. Opi, etc, etc.

Sí, hombre, sí, ya tengo 34 años, ya ves, un año más viejo desde tu última carta; amanezco a mi nueva edad (ya nos queda menos) con desequilibrios de tipo neurovegetativo y simpático; una puñeta: angustia, palpitaciones, depresiones, etc, etc, un bonito panorama para ir por el mundo; el médico me ha recomendado el matrimonio con una joven lozana y cachonda; ya ves, cosas del «requesón ibérico»; ¿cómo va el tuyo? y tú, Abrines, ¿cómo vas?, tú o lo que seas, tienes una sublime ignorancia respecto a las cosas de ésta mi O.P.I. (que Dios guarde); Unguejollo es, creo según el coqueto Ferreró, una corrupción, hecha por un monstruo del barrio de San José, de la palabra alemana «Ungeheuer», que precisamente designa lo que tú eres. ¿Estás tranquilo? Para más tranquilidad te seguiré diciendo: he fundado, dentro de mi O.P.I., el «Grupo Jounakos», con aquellos autores, que desean editar sus libros en las famosas «Colitions Jounakos»-París, ¿las conoces?, pues bien, *Los 9 en punto* puñeteros, no han podido salir a la luz, a causa de no haber recibido esta O.P.I. los 100000 frs. que Madame Jounakos prometió por tales fines; he recibido noticias tuyas (de la Madama esa) diciéndome que si me caso con su hija, dará eso y más; he confirmado la cosa, y el libro estará para Otoño, si Dios quiere. Enviaréte.

Vates de la O.P.I. Clasificación Provisional

- Unguejillos-Vates de Gran Bufete
- Monstruos-Vates de doble cadena
- Monstruicos-Vates de porcelana
- Misgelurts-Vates turcos
- Menstruos (residuales)-(Laguna Azorín, Sánchez Caudiel, Salvador, Otín, Zubiri, Alfaro, etc, etc, etc,)

Terminé hace tiempo una tragicomedia: *Oficina de Horizonte*, cuando tenga una copia, te la enviaré, así como el «Reglamento Laboral para Vates Públicos», que esta O.P.I. ha dictado para el bien del amado pueblo. No me gusta lo de «Labourdette», ¿qué es eso? ¿Francés?; yo ya sabes, yo soy vascón-pirenáico, ciudadano del mundo y todo eso, pero sin trucos; ¡qué más da! hermoso Abrines, al final nos hemos de encontrar de todas maneras.

Jounakos,

Labordeta

No pude hacerlo a máquina. Mi mecanógrafa, la Duquesa de Alba, se marchó a Burgos a veranear. Excúseme! ¡Re-dió!s!





*El Ingenioso Hidalgo D. Quijote. El Noticiero. Zaragoza.
Sr. Director Caja de Ahorros y Monte de Piedad. El CHARKO, etc...
etc... y la virgen del Pilar. Hostias.*

Recitatio

Mecagüen dios! pero aún vives, monstruo divino? congratulatio plurima cojones... el cabrón camarero Niké algo me dijo a la vuelta de mis paradisíacas vacaciones, pero yo lo tomé a chacota, creí se equivocaba y te confundía con Valdivia o así... resurrecto me has parecido en la matinal expectación de mi tensión sanguínea aguda. Estoy para reventar, no puedo comer, ni beber, ni joder... ni «ná»... aorta inflamada, arterioesclerosis precoz, escribo cosas que no entiendo e intento descubrirme en la infernal algazara de este mundo donde se asesina al santo Lutero de los demonios y al hermoso Kennedy de los cojones. El último slogan de la OPI en el ODEON de París, ha sido: «el PODER PARA LOS POETAS y sus QUERIDAS JOVENCITAS». Qué coño tanto proletario ni tanto estudiante! a ver si a los sabios nos dan algo alguna vez... es bella la primavera, qué caramba, hermosísimos los sueños para dormir a pierna suelta las meditaciones nocturnas... Veo eres feliz, estupendo, no te arrepientas, mata al estúpido demonio de tu desdicha y sé fiel a tu bella mujer, ¿un hijo? maravilloso, en diciembre no me apetece, pero no te digo que no lo haga a la primera ocasión, para allá la nueva primavera, me gustaría conocer U.S.A. bárbara e inmensa, llena de pistolas y de gente generosa y feroz, por aquí, ya sabes, no hay manera de salir de la edad media sin matar un par de millones de ciudadanos, curas y anarquistas, envía tu libro pronto y saluda a tu mujer con la vieja cortesía española de mi parte. Besos para tu hijo futuro. Yo me quedo solo, arrepentido y triste.

Un abrazo,

Miguel

hoja libre para fabricar un poema en honor al hijo que García Abrines tendrá (su mujer) el día 6 de diciembre de 1968

Ahora, junio 68, que eres tan feliz, piénsatelo bien, chaval, piénsatelo bien, nunca, nunca serás tan feliz como ahora...

quizás después, después después después de todo...

en tus aguas lunares nacido sin saber...

qué bien! qué acariciada paz!

qué mansedumbre! en el silencio fetal en el silencio de Dios en el silencio de la muerte pero en la esperanza de vivir aún de vivir de vivir... qué hermoso todo tú! todo proyecto...! todo sin estrenar...! todo por superar! oh pequeño García italianito baturro

U.S.A... happy baby!

etc etc etc etc

a buen mundo has venido a parar simpático chaval que te sea leve

Labordeta a provincias universales, laus DEO.

¿Por qué no Colección Azuara Longa?

Te envío último volumen publicado,

(pronto voy a leer mi «tisis doctoral» sobre Gutiérrez Solana, como escritor creo recordar que el gran D. José era uno de tus ídolos... ¡rediós qué tío!)

luna Cáncer 68 agua lunático

happy together...!

Junio y pena de España (Il Mondo).

Un abrazo *Miguel opi*

Feliz Año Nuevo. Un abrazo. *Miguel.*

Poema en honor al hijo que García-Abrines tendrá (su mujer) el día 6 de diciembre de 1968

Ahora, junio 68, que eres tan feliz, piénsatelo bien, eh chaval, piénsatelo bien, nunca, nunca, nunca serás tan feliz como ahora...

quizás después, después, después, después de todo...

en tus aguas lunares mecido sin saber...

Qué bien! Qué acariciada paz!

Qué mansedumbre!

En el silencio fetal

en el silencio de Dios

en el silencio de la muerte

pero con la esperanza de vivir aún

de vivir

de vivir...

Qué hermoso todo tú! Todo proyecto...!

Todo sin estrenar... Todo por superar...!

Oh pequeñito García italianito baturro U.S.A.

Happy baby!

Etc., etc., etc., etc.

A buen mundo has venido a parar.

Simpático chaval, que te sea leve!

Labordeta

En Provincias Universales

Laus Deo

(Publicada en *Ciudadano del Mundo*, pág. 276)

CARTA A BERLINGTONIA

El sobre azul



Llevé durante lluvias y vientos mi dulce declaración de amor y de trompeta en un sobrecito azul. Lo llevé tímidamente, brevemente secreto, abriéndolo una y otra vez por los paseos solitarios en la piscina, leyéndolo apresuradamente en los descansos de las clases, para darme cuenta, para ensañarme bien fijo en mi corazón de muerte aquellas dos palabras siniestras: Te quiero. Te quiero. Pero era entonces. Era cuando en primavera, los desagües, con las ventanas abiertas, huelen a praderas vírgenes y los campeonatos de fútbol alcanzan sus rigores estruendosos. Era entonces, cuando los niños se visten de blanco y las calles saben a comulgatorios y en las manos crecen tigres ansiosos de ternura y de sangre. Finalizaba mi servicio militar y las últimas guardias nocturnas eran albas de nombres tuyos y de sueños contigo bajo los pesados coros. La primera vez que fuimos juntos al cine me dijiste que el amor era una tontería. Y es verdad. Y no es esto sólo sino que tú entonces debías de estar enamorada de alguien en secreto, o al menos de alguien que yo no sabía. Pero yo estaba enamorado de ti. Y esto era muy importante y por eso, cuando tu amiguita me preguntó si había estado enamorado, no supe qué contestar y me hice el distraído, contemplando la película, de la cual no me enteré apenas.

Pero es natural. Había mucha diferencia entre nosotros, diferencia de años, de gustos, de visiones. Y esa barrera honda no pude o no supe aplacarla, sino que al contrario, fue creciendo, fue creciendo cada vez más, hasta no comprenderte apenas (supongo que a ti te pasó lo mismo). Y sin embargo, era todo bien sencillo. Era todo facilísimo. Ah, sí, yo me río cuando lo pienso. Me río por lo tonto del caso. Me río de cómo pude enamorarme de ti, una preciosa niña de quince años. Aunque a veces, pensándolo, medito tristemente el suceso, y creo que todo fue una pequeña comedia antigua, de esas de amor que se leen en los librotos usados y que nunca parecían verdícas ni serias, aunque acabasen en suicidio. Es curioso mi caso. Yo que tantas veces hablé de amor nunca tuve una amada. Yo que me quemé los labios con besos olvidados, nunca pude besar a alguien que me quisiera. Y yo, que hambriento de ternura, paseaba mi faz de mastodonte calvo por los jardines aburridos, jamás supe lo que era una caricia de una amante. Soñé demasiado, es posible. Pero ahora me pongo la mano en el corazón y siento ganas de llorar. Sí, te lo digo sinceramente. Me moriría por una primavera henchida de esas que se piensan cuando uno tiene quince años. Es igual. He llevado meses y meses el sobrecito azul en mi bolsillo. El estío ha descubierto las piernas de las piscinas y en las playas lejanas los bañistas se han paseado lentamente contemplando los navíos ausentes. Horas y horas, fíjate bien, horas y horas, el sobrecito azul arrugándose en mi bolsillo, horas en que yo he dormido o comido o recordado, lejos, lejos de ti, el pequeño sobre azul estaba allí, esperando, esperando. Pero las lluvias mustian las palabras y el día del otoño oxida las promesas. Tú decías no, no está bien, soy tan joven, es mejor cortar por lo sano. Ah sí, eras inteligente, lo comprendo, mucho más inteligente que el pobre corazón de mis maletas imaginarias, donde transporto estas soledades flotantes de mis quimeras aburridas.

Hace tiempo que me enamoré de ti, no sé cómo fue, ni por qué, pues en realidad eras una niña bonita e inteligente, como había conocido muchas otras. Vi en ti, ternura, juventud, bondad, hermosura, etc., pero quizás tampoco debió ser por eso, por lo que te amé. En fin, te amé por lo que se aman tantos millones de mortales por esos mundos. Ahora, cuando noviembre barre los cementerios de hojadelata y los parques nadan en hojarasca me doy cuenta de que mi sobrecito azul estaba en mi bolsillo. Titubeé, lo abrí, leí por última vez el insigne te quiero y lo rasgué silbando una canción de estopa y defraudado perro.



II. Cartas al poeta

DE VICENTE ALEIXANDRE



Madrid 20 de junio

Sr. Don Miguel Labordeta
Zaragoza

Poeta y amigo: El que lo es de Vd. y ya también mío, Luis G.^a Abrines, me acaba de entregar su libro *Sumido 25*. Aprovecho que va para Zaragoza para que le entregue estas líneas de agradecimiento por su regalo, así como por su dedicatoria.

Voy a leer su libro con toda la atención que merece la obra de una persona de quien tantas cosas buenas me dice García Abrines.

Algo he hojeado y presiento inquietudes y agitaciones en el alma que lo concibió.

Me alegro haberle conocido, siquiera sea indirectamente y sepa que le considero como mi amigo. Lo es suyo, y le manda un saludo

Vicente Aleixandre

Hoy 21. Como ayer no vino Abrines, le mando ésta por correo.



Velingtonia, 3
(Parque Metropolitano)
Madrid, 5 . nov. 1949

Sr. D. Miguel Labordeta
Zaragoza

Poeta y amigo: Acabo de recibir su *Violento idílico* y estoy leyendo sus poemas. Poesía sangrante, con una honda herida donde late el rojo del amor, tiene su libro una voz muy personal y diferente del común denominador a que algunas otras voces jóvenes pueden reducirse.

Me alegra comprobar que en su camino de poeta el apretamiento se intensifica, la concentración palpitante, y este libro da un paso más sobre el anterior en el curso creciente de su personalidad.

Confesión poderosa es todo su libro. Visión desesperada, a grandes coletazos de vida, de muerte. Y una maltratada ternura, como vilipendiada, vuelta, existente, resuelta en aniquilación. Como en un doloroso *Canto frustrado del soñador niño*: ¡Qué alma entera de poeta hay ya en toda su obra!

Agradecido a su regalo y a su dedicatoria, le felicito con alegría. Un saludo de

Vicente Aleixandre





Madrid 4 de julio 1950

Mi querido Miguel Labordeta: Muchas gracias por el envío y dedicatoria de su libro *Transeúnte Central*. Vengo siguiendo su carrera de poeta y a cada libro mirando confirmadas y acrecidas las cualidades que desde un principio se denunciaban en usted. En este libro último ha llegado Vd. a una condensación que habría que llamar de «alta tensión». Su encendimiento, cólera, amargura, amor, atraviesan las palabras como una corriente de gran voltaje que pone en peligro al lector: un peligro estupendo que no consiente al flojo espectador sino que lo arrebatara y lo hace polo de formidables descargas iluminadoras, encendidas de visión y sabiduría.

Vejo cada vez su poesía más directa, más clara y despojada, y su trallazo más limpio y escueto. Ha llegado usted a poemas como *Yo me lavo las manos*, *Momento novembrino* y *Desasimiento*, donde la desnudez interior impone respeto. Poemas de una severidad espiritual, en que el acento profético tiene una raíz absolutamente candente.

Tremenda confesión, herido amor, inmensa amargura que no es sino dolor de la armonía rota. Su poema *Desasimiento*, me parece la cima de esta actitud suya y lo mejor que ha hecho Vd. en la voz de la confesión íntegra. «Estúpido Miguel Labordeta», de enorme corazón y de mugidora ternura, flagelador que parece usar como látigo su propio cuerpo y como voz la de los ríos y de los torrentes.

Que siga Vd. cuando quiera, trabajando, y que su «Berlintonia galaxia» le dé paz, guerra, o lo que el vivir le vaya trayendo.

Su amigo

Vicente Aleixandre



Madrid 19.11.59

Mi querido Miguel Labordeta: Yo no hago crítica y no sabe Vd. lo que lo siento, al no poderle enviar la nota que desea sobre los sonetos de Julio Antonio. No es obstáculo para que me alegre de corazón con el nacimiento de su Boletín; por él hay que felicitar a los jóvenes poetas de esa tierra, que se está haciendo notar en la nueva poesía.

Saludos a los amigos y para Vd. un recuerdo cordial.

Vicente Aleixandre

Mi querido Miguel Labordeta: Yo no hago crítica y no sabe Vd. lo que lo siento, al no poderle enviar la nota que desea sobre los sonetos de Julio Antonio. No es obstáculo para que me alegre de corazón con el nacimiento de su boletín; por él hay que felicitar a los jóvenes poetas de esa tierra, que se está haciendo notar en la nueva poesía.

Saludos a los amigos y para Vd. un recuerdo cordial.

Vicente Aleixandre

Madrid 19-11-59



Madrid 23.XI.59

Mi querido Miguel Labordeta: Prometo a Vd. escribir para su Boletín como desea. No le digo fecha porque he empezado un nuevo libro y cuando esto sucede no puedo hacer otra cosa literaria so pena de romper racha y ambiente. Usted me comprende.

Cuando haya de suceder, no escribiría artículo (no los hago; a veces, sí, evocaciones); quizá algo de censor? Pero todo es prematuro. Usted siga con los números de su Boletín, y ya veremos. ¡Adelante!

Suerte y éxito, como se merece el esfuerzo de Vd. generoso, y saludo muy cordial.

Vicente Aleixandre



18.4.60

Mi querido Labordeta: Sin dedicar, anónimamente, me llega un libro suyo, antología propia. He vuelto a leer sus poemas que siguen vivos, flagelantes yo diría cimbradores. A quien me lo haya enviado, gracias. Si no es Vd. y lo sabe, transmítaselas al grupo que me lo haya hecho llegar. Ha hecho Vd. muy bien en editar estos poemas agotados e inencontrables, que muchos le han de agradecer.

Con un recuerdo y un saludo cordial.

Vicente Aleixandre



Miraflores, 19.9.63

Mi querido Labordeta: En este pueblo me alcanzan sus líneas y recorte. Gracias por esas palabras suyas encendidas y generosas. Le reconozco a usted siempre en todo. Pasan los años y se van sin charlar, usted en su tierra. Los zaragozanos se mueven Vds. poco. Entre la obligación y el apego y amor a la tierra no dejan esa caliente presencia.

Yo también soy hombre poco movilizable. Algún día espero poder aparecer por ahí, y entonces sería la ocasión, como Vd. dice, de alargarse hasta Fuendetodos. Pero no hagamos aún proyectos que el tiempo borre: quede el afán.

Recuerdos a los amigos. Alguna vez espero pasearme con ustedes por esas calles y orillas, en buena primavera.

Le envío un abrazo.

Vicente Aleixandre



Madrid 15.1.68

Mi querido Miguel Labordeta: He pasado una temporada mala de salud, pero no quiero dejar pasar más días sin agradecerle a Vd. el regalo de su *Punto y aparte*. En horas de quietud me ha acompañado trayéndome al lado de nuevo la imagen del poeta enterizo que es usted. Nervio y músculo y palpitación directa del mucho vivir de verdad. ¡Una forma del conocimiento!

Deseo que este libro le proporcione las satisfacciones y las evidencias que merece. Hace muchos años que no nos vemos, ni yo voy tampoco por esa ciudad de Zaragoza, siempre prometida.

De París tuve noticias de Julio Antonio Gómez, saliendo adelante con espíritu vigoroso, en medio de sus dificultades.

Saludos y recuerdos, gracias por el regalo y la dedicatoria, y hasta siempre.

Vicente Aleixandre



Querido Miguel Labordeta: No sé si es Vd. o Marrodán quien me envía *Epilírica*. Viene sin dedicar y de ahí pienso que sea nuestro amigo vasco. Pero en la duda prefiero decírselo a Vd. y agradecerle, si no el envío, sí sus versos y la energía que los hincha, que parece explotar en la preñada comunicación.

Con un afectuoso recuerdo, su amigo

Vicente Aleixandre



17-5-51
Madrid

Amigo Miguel:

Recibí, una detrás de otra, tus dos cartas. Creo que me decías en la primera que te ibas a pasar por Madrid. Pero no lo veo. Anímate y acude al antro de los besos y del chauffeur doliente. Yo te espero en mi casa nueva. Escríbeme ahora a las señas del remite*. Mándame los nuevos versículos que hayas creado. Sigo creyendo que debemos de publicar (unos cuantos de nosotros) algo así como un cuaderno donde incluir poesía surrealista solamente, de la más surrealista. Pero sólo de los nombres surrealistas que han nacido dentro de nuestra canasta española. Me he retirado, cambiándome de hogar, para escribir. Si vienes un día te leeré mis cuentos. Sigo queriendo ir a dar una conferencia a Zaragoza, si me pagan, al menos el viaje: una conferencia siniestra, lírica y alimenticia como de un fruto paradisíaco. No te puedo escribir mucho hoy, a causa del humor pensativo y mudo con que he amanecido. Muy pronto te comunicaré la noticia de un acontecimiento importante, que está por realizar, y del que tú deberías tomar parte... si estuvieras en Madrid. Se trata de una fundación o constitución, únicamente de hombres justos. Hasta ahora somos siete, contando las mujeres. Pero ya te lo he dicho. Dime, ¿eres justo? Recibe un abrazo de tu amigo.

Carlos Edmundo de Ory

* General Oraa, 23.



Cortesía «El Bosque».



Madrid 8 de noviembre de 1951

A Miguel Labordeta

Querido Miguel: Podrás decir que te he olvidado. Pero no tendrás razón. Estoy acostado en la cama, en mi casa solitaria, metido en mis amplias habitaciones de Rey del Abandono. Si te escribo es porque oigo llover. Si te escribo es también porque creo en ti. Mas tengo que hablarte. Tengo muchas cosas que decirte, aunque hablando entre nosotros: estoy cansado de querer decir cosas. Y no las digo. Y me callo. Y vivo en mi casa, en mis calles, en mi corazón y casi más que nada en mi cerebro. Considero que es cosa horrorosa tener un cerebro como el mío. Y sin embargo, quiero echar un vistazo a tu cerebro, para ver qué responde, qué responden tus manos con la tinta de las cartas cuando me contestes a esta pregunta: Miguel, ¿y tú cómo estás? lo cual viene a ser una interrogación corriente y en cambio muy angustiosa que nos hacemos bajo mutualidad. Pues esta misma pregunta me haces tú en tus cartas y tarjetas de visita. Así que yo te contesto. Te contesto: estoy. Ahora bien, tenemos que sacar la poesía de España. No estoy hablando de España. Digo de España. En un tiempo yo llamaba a España Espiña y reuní un número general de gentes en un amplio recinto para dar una alta conferencia sobre el significado perentorio de un cambio tal, cuya

substancia (la substancia del cambio) despedía (el hecho forético central), despedía un símbolo. E hice muchas barrabasadas, Leía la Biblia en público y la comentaba. Y el público estaba asombrado. Ahora te hablo en confianza, aunque estoy muy disgustado contigo. Sin embargo, yo soy demasiado humano, si bien no lo ando diciendo por ahí. Tú estás llamado a ser quien me ayudes, si lo deseas, a salvar a la poesía de los poetas. España se ha vuelto una sección de poetas. Yo sé que tú estás sintiendo esto como yo. Pero tú tiene sangre en los cojones. Por eso te hablo delante de la garganta abierta y erótica de la lluvia que jode con el viento como una puta caída de los cielos. Escúchame pobre Miguel. Tú eres un pobre Miguel y eso no es ofensivo. Yo te llamo, y no porque tú me escribas cartas y tarjetas absurdas con retratos tuyos (tienes cara de sacerdote, sabes?) mal pegados, no por otra cosa. Te escribo, en primer lugar, porque llueve y vivo en una casa, yo solo, una casa, donde estoy yo solo, y donde me encuentro a solas con mi cerebro... y también con mi corazón. Tú sabes que yo soy el único poeta que hay en España o en España, y a mí me gusta decir estas cosas a mis hermanos que viven enterrados en las dificultades tediosas de las provincias. Y evoco ahora precisamente tu talento. Que es lo que me importa. Nosotros somos muy hombres, ¿no es cierto? Aunque yo escriba sonetos preciosos como los senos de una muchacha o de una mujer, eso es cuenta mía. Yo puedo escribir sonetos, pero es llovizna fina. Un cerebro no es tan pequeño como un soneto, desde luego. Un soneto es más bien un ano o un culo y redondo y brillante. Pero dejemos esto.

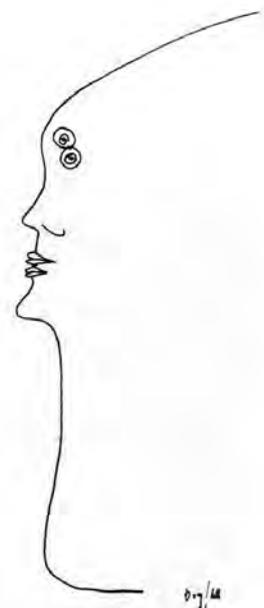
No voy a decirte lo que es la poesía tampoco. Porque tú sabes que en este momento esto es tarea inútil. Además, me meto siempre en filosofía cuando hablo de ESTÉTICA o de POÉTICA. (Tengo escrito mucho sobre esto). Ahora quiero hablar como un niño que eres tú. Y quiero tratarte con dulzura. No quiero reñirte. Y he aquí la cosa. Aunque quítale importancia. Me encontré la otra noche con José Antonio Novais. Iba con otro muchacho, que también se decía poeta. Me estuvo contando que entre ellos y tú mezclado como emperador de la iniciativa íbais a publicar un manifiesto. Es decir, un manifiesto escrito por ti. Y me habló en grandes rasgos anecdóticos del contenido de dicho manifiesto. Yo me reí con satisfacción, gustándome la idea. Mas luego me dolió lo mal que habías planeado la idea. No es así como tú puedes conservar tu seriedad interior. Me dolió y me dolí de mí mismo, al tenerle que expresar a Novais mi repulsa o mejor dicho mi negación respecto a figurar con mi nombre en ese manifiesto. Pues me dijo que lo firmaban también otros nombres. Y esos nombres me asquean. Estaba bien el nombre de Gabriel Celaya, pero ¿por qué otros nombres? (Ni yo siquiera sé qué nombres son, salvo alguno de ellos) Así no podemos salvar NADA. ¡Ya no te quiero a ti para salvar nada! Porque estableces la mezcla. Y odio las mezclas. Yo siempre estoy solitario para no mezclarme sino con quien si me mezclo formo tan sólo una unidad. Y yo soy un hombre que tengo fe en las cosas. Y tengo odio y repugnancia a las cosas también. Yo siempre te he escrito en un mismo sentido, sin cambiar de opinión. Pero soy sumamente serio (y también sumamente dulce), pero me enfado. Yo no quiero estar mezclado con lo que es puramente falso. Tú no eres falso, porque tu poesía no es falsa. Sin embargo, quieres ir hacia lo falso. Dime, dime, ¿por qué haces eso? Antes de saber lo que me dijo Novais, cuando pensaba contestar las tarjetas y cartas que no habían tenido contestación, cuando lo pensaba, pensaba contarte un proyecto que quería realizar sólo contigo. Porque lo iba a llevar a cabo con un poeta extranjero, pero se marchó. Se trataba de una revista que íbamos a publicar muy barata, donde por fin no se admitirían mezclas. Íbamos a organizar primero las suscripciones y con el dinero seguro, sacaríamos la revista, una cosa muy rara, con poesía tuya también. Pero desisto de hacer nada ya. Porque si lo hiciera contigo tú pensarías en las mezclas. y esto no puede ser. El talento es el talento. Y la vanidad es un elemento asqueroso para mí; digo, la vanidad provinciana, el deseo común y epidémico de ser poeta y publicar su «cosita» que tienen todos.

Es imposible seguir.

El viento no se cansa, es un macho.

Y la lluvia tampoco, es infatigable y está sedienta...

Adiós. Tuyo



Carlos Edmundo de Ory

DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



HETERORRETRATO Y ALGO MÁS

Amigo de la testa anacrónica
encinta de canciones y de ruinas;
de éxtasis abacial,
de manos romas, hechas
para esculpir ternuras en la roca:
Hoy,
cuando tu frente ciñe una nueva corona de vértigo,
tomo mi estilo de oro
y hundo más en el púrpuro
nuestra profunda cifra de amistad.

*ramón**

* En el remite del sobre: «ramón. Tonel de Diógenes, duela 3ª. Ática».



DE JORGE GUILLÉN



Málaga
Paseo Marítimo 29 A
9 marzo 1969

Sr. D. Miguel Labordeta

Mi querido poeta. Luis García Abrines, nuestro amigo, me habló de sus deseos —que me son gratos naturalmente— de enviarme un ejemplar de *Cántico*. No tengo ninguno aquí. Pero sí le mando —si no la posee— mi antología de Gredos, y con el mejor gusto.

Antes quisiera estar seguro de que ésta es la dirección de usted: Buen Pastor 1. Zaragoza.

Muy cordialmente

Jorge Guillén



Málaga, 15 de marzo 1969

Mi querido Miguel Labordeta: Sí, no deje de enviarme su próxima publicación. Nosotros —mi mujer y yo— nos embarcaremos con rumbo hacia allá el 24 de abril. Allá quiere decir en mi caso:

15 Gary Gardens West
Cambridge, Mass. 02138. USA.



24 junio 1949

Querido amigo: Contesto la tuya del 12 del pp.^a no contestada antes por ausencia del impresor.

200 ej. de *Violento idílico* llevan: 790 hojas de papel de 50 x 65, o 395 hojas de 64 x 88. Salen, con papel a unas 9 pts. el ejemplar (son 205 los que hay que hacer) y sin papel a unas 6 pts. El libro dará unas 64 páginas. El papel vale unas 626 pts. (precio hoy). El impresor opina que no vale la pena adquirir ahí el papel porque no te va a costar más barato. La calidad de éste, parecida al de Gil-Albert (el de Cirlot es más caro).

El libro está presentado ya a Censura, por lo que, si te interesa, puedes mandar la cantidad que te parezca para entregársela al impresor y en julio se empezaría a componer, para tenerlo disponible para la venta en septiembre.

La viñeta la harán aquí, en ningún caso A. Antonio, ya que este tipo de poesía no va nada con su manera de expresarse en dibujo.

Nos convendrá saber lo que decidas antes del día 10 en que nos ausentaremos.

Cordiales saludos.

Seral y Casas



5 septiembre 1949

No he contestado a la tuya de 29 de junio por haber estado enfermo, desde el día 9 de julio —precisamente en Zaragoza— donde permanecí 20 días. Al salir de casa fui un par de veces por «Libros» pero no pude verte. Después he estado todo el mes de agosto descansando y por eso hasta ahora no he podido darte noticias de tu libro.

Se recibieron tus 500 pts. que entregué al impresor, quien ya tiene el papel. La cita de Lorca, no puede ir a menos que hagamos otra solicitud para Censura y esperemos a que nos la devuelvan. El libro está censurado hace muchos días y a no haber sido por mi enfermedad ya estaría, seguramente, en la calle. Mañana será entregado al impresor y, si no hay tropiezo «restrictor», creo que para octubre puede estar hecho. Te reservaré los 50 ejemplares que precisas. La viñeta no la tengo todavía por la misma razón que se ha retrasado todo. Pero con las pruebas para corregir espero podértelas mandar para que las conozcas antes de aparecer. El libro de Gil-Albert ya ha aparecido si bien no se ha distribuido a librerías (sólo está en Clan). El de Alexandre va más despacio (por culpa del autor que aún no se ha decidido sobre el tipo de letra) y en parte, también por mi enfermedad. Lo de *Punto* está en vías de solución. Creo que será **ÍNDICE DE LAS LETRAS Y LAS ARTES** y si no hay nuevo tropiezo aparecerá el mes que viene. Hasta pronto, abrazos.



Seral y Casas



Madrid, 4 de enero de 1960

Sr. Don Miguel Labordeta
Zaragoza

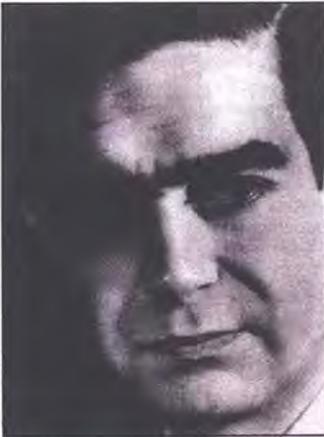
Amigo Miguel: Probablemente no tengo disculpa. Cabe hablar de pereza, de cansancio, de salud. Es un poco verdad: nunca estoy bien de salud y siempre encuentro magníficos pretextos para dejar al día de mañana la resolución de cualquier propósito. El hecho es que escribí un relato con destino a Miguel Labordeta-Zaragoza. Estaba contento. Un día no te lo envié porque quería remitírtelo con el libro *El corazón y otros frutos amargos*, pero esto exigía que me pasara por la editorial. Otro día me levantaba a las ocho de la tarde. Y otro día tenía ganas y no tenía ganas de escribir media cuartilla de acompañamiento enviándote un saludo. Perdona.

Te adjunto el relato. Mañana o después de Reyes iré a la editorial y pediré un par de libros: uno para ti y otro para el gran Pío.

Espero que te guste *Aunque no haya visto el sol...* y a su cuenta te ruego —no guardo copia— que si tienes una mecanógrafa a mano y un ratito me hagas el favor de mandar hacer una nueva copia y enviármela.

BUEN AÑO NUEVO para ti y para los amigos.
Recibe un abrazo de

I. Aldecoa



Madrid 2 de marzo/60

Sr. D. Miguel Labordeta
Zaragoza

Querido Miguel: No sé si te he escrito. Puede que sí, puede que no. A estas alturas del curso tengo la cabeza de orate. Me he metido en un hermoso berenjenal novelesco y estoy como un capitán mandando un regimiento.

El otro día tuve ocasión de saludar a un amigo tuyo apellidado Sanz Jiménez, catedrático de la Escuela de Comercio, que piensa hacer una revista con colaboraciones literarias. Entonces pensé en ti.

¿Te he escrito? Te he preguntado por tu revista? Cuándo sale? Qué planes tienes? El poeta Miguel piensa dar tiempo al tiempo? Florecerá a las orillas del Ebro la delicada cariofilea de tallos nudosos, hojas estrechas y flores de color muy agradable que es una revista literaria? Me gustaría verla pronto entre mis pecadoras manos.

Después de estas azorinianas preguntas y de esta confesión propia de don Juan Valera, no me queda más que enviarte un fuerte abrazo.

Tu amigo

I. Aldecoa



Madrid, 29 de marzo/60

Sr. D. Miguel Labordeta
Zaragoza

Querido Miguel: Nueva carta; esta vez para causarte una ligera molestia. Perdón.

Voy a publicar un libro de relatos con SEIX BARRAL. Bien. Este libro se llama *Caballo de Pica*. Bien. En el susodicho librejo irá un cuento, cuyo original tú tienes. Te pido que mandes sacar una copia o si esto no te viene cómodo me mandes el cuentecillo. Yo se lo paso a la mecanógrafa y al día siguiente te lo remito. ¿Conforme?

Te ruego este favorcete encarecidamente. El cuento me gusta para el libro y el libro me gusta para el cuento. Como no aparecerá hasta el otoño, tienes tiempo de publicarlo en *Despacho Literario* —nombre excelente— y a mí me viene al pelo para sacarle al editor las perras que estoy necesitando.

Supongo que todo va viento en popa. Saludos a Pío Fernández Cueto y a los amigos.

Un abrazo muy cordial de tu amigo

Ignacio



Madrid, 8 de abril/60

Sr. D. Miguel Labordeta
Zaragoza

Querido Miguel: Muchas gracias por tu libro y por el envío del cuento. Tu *MEMORANDUM* nos demuestra una vez más que eres un poeta excepcional. «Dónde estás, Belingtonia, galaxia mía, amor mío; ...» Sigo creyendo que los dos únicos poetas auténticos de estos años se llaman Miguel Labordeta y C.E. de Ory. Los demás, y son muchos, ruedan, andan, cansan, chiflan, se metamorfosean, se emplean, ganan, enturbian, se entorchan, excrementan vacilantes y me aburren oficialmente. Los destierro.

Querido Miguel, muchas gracias por tu libro y hasta cuando quieras. (Hablé con el joven aragonés de triste destino de escritor*. Un buen chaval)

Como siempre un abrazo

Ignacio

* Me refiero, claro está, al del escritor en general, no al del mozo en particular.



Madrid, 7 de diciembre, 60

Sr. D. Miguel Labordeta
Colegio de Santo Tomás de Aquino
Buen Pastor, 1
ZARAGOZA

Amigo Miguel: Vuelvo de Zaragoza, quiero decir que vuelvo con la oscura conciencia de la «ivres» entre acatarrada y estúpida del otro día. Bien, no me voy a disculpar contigo. Esa es una de mis más penosas caras y nunca he negado que «beba el vino de las tabernas». Lo malo es que ese vino a veces no es domeñable y me impulsa a hacer alguna tontería sin remedio. Supongo además, que mis palabras estuvieron acordes con mi condición. Habitualmente ni soy desdeñoso, ni olímpico, ni siquiera voy más allá de lo que responde al jueguecillo literario en opiniones y en juicios. ¿Me pasé? El caso es que he herido, sin dejar de herirme —aunque esto no necesita restañeo por merecido— a un tercero ausente, al amigo Pío Fernández Cueto.

Recibo una carta de Pío, natural y cordialísimamente indignado. No sé si estuve en «El Charco» o «El Chaco». No lo sé. Me ganó la comodidad y tú sugeriste que podíamos saludar a Pío. No lo sé. No lo sé. Ahora me encuentro confuso y humillado. Lo único que se me ocurre es nombrarte embajador. Acepta la embajada y exponle mis tristes razones. Queden las cosas claras.

Por otra parte gracias por tu amistad y buena compañía. Saluda a los amigos.

Un abrazo cordial

I. Aldecoa

El archivo Miguel Labordeta

CLEMENTE ALONSO CRESPO

Daré cuenta, con brevedad, de los documentos que se guardan en lo que se podría llamar **Archivo Miguel Labordeta** en espera de que algún día ocupen un lugar definitivo y digno como merece nuestro poeta.

Esta constituido por:

1.— Los manuscritos que dejó el autor, bien de sus obras publicadas, de los poemas que aparecieron póstumos o de escritos de distinta índole aún inéditos.

1.1.— *Sumido 25* fue escrito en un pequeño bloc de notas de 15 x 10 cm.

Muchos de sus poemas están escritos a lápiz. Se conservan también las páginas mecanografiadas que fueron a censura. Igualmente las pruebas de imprenta corregidas por Miguel Labordeta. Del mismo modo el ejemplar del autor con la autodedicatoria. Con todo este material se puede obtener la versión que quiso publicar el autor y la parte que la censura prohibió.

En 1988, cuando apareció *Sumido 25* en la edición de la Institución «Fernando el Católico» escribí una breve nota epilodal a esa edición en la que hago constar esa circunstancia. Esa edición, junto con la de la *Obra completa* de 1983, recoge la versión no censurada de la obra de Miguel Labordeta.



1.2.— *Violento idílico y Transeúnte central*, junto a muchos otros poemas de esta época se hallan dispersos entre diferentes papeles de distintas formas y caracteres, con abundantes tachaduras que a veces presentan verdaderas dificultades para descifrar qué escribió Miguel Labordeta en ellos.

Todos estos documentos están transcritos a máquina por mí mismo, en la época en que sirvieron como soporte imprescindible para mi tesis doctoral.

1.3.— *Epilírica*, titulada en principio *Los nueve en punto*, como ya indiqué en mi edición de 1981, figura redactada en papeles sueltos. Encontrar las cartas con García Abrines y la página con los nueve relojes en su hora en punto, además de otras anotaciones cronológicas me dieron la oportunidad de fechar con exactitud la composición de estos poemas tal como aparecieron en la edición de «El Bardo».

1.4.— *La autopía de una nueva metalírica* figura manuscrito entero en un dietario de tapas gruesas que Miguel Labordeta dedicó tan sólo a la confección de sus poemas. El dietario corresponde a 1964, pero los versos que allí están escritos son casi todos del último año de vida de nuestro autor.

En la página correspondiente al 22 de mayo figura esta anotación: «ataque corazón». Precisamente el 1 de agosto de 1969, mientras dormía la siesta, Miguel Labordeta moría víctima de un ataque cardíaco.



EL BARDO COLECCION DE POESIA

Miguel Labordeta
AUTOPIA

El bardo, poeta de los antiguos celtas (escocés, galés, bretón, irlandés). Por extensión, poeta heróico o lírico de cualquier época o país. En el siglo II, cantando las hazañas de su padre, el bardo Fingal, leyenda conocida universalmente.

El igual que más tarde harían los trovadores, el bardo no se limitaba a celebrar las hazañas y proezas de los señores de su pueblo, sino que cumplía una misión como divulgador y trasmisor de las ideas nacionalistas, a través de las leyendas populares y las tradiciones religiosas. En su...



AL CUIDADO DE
JULIO - ANTONIO GOMEZ

ENSAMBLAJE DE
GUILLERMO GUEDEL

REVISTA INDEPENDIENTE. — Redacción y Administración: Calle del Doce de Octubre, número 42, ZARAGOZA (España)

1.5.— *Oficina de Horizonte* está manuscrita, con algunas páginas que me han sido imposibles de descifrar, en un cuaderno rayado de tapas gruesas de cartón. Como en otros de sus manuscritos las tachaduras, añadidos y modificaciones en la redacción son muy abundantes. Hay que añadir que Miguel Labordeta utiliza tinta de distintos colores y bolígrafos defectuosos. Además de la dificultad caligráfica que ofrece la escritura labordetiana.

Ensayos de escritura de esta obra figuran varios anteriores a su redacción definitiva. Tres de ellos escritos en sendos libros de calificaciones para estudiantes de Bachillerato. En otros cuadernos figuran diálogos de Saturno, de Eva o de Miriam que presagian, desde muy joven, casi niño, que Miguel Labordeta utilizaba el género dialogado para expresar las encarnaciones de sus «alter ego» antes de plasmarlos definitivamente en *Oficina de Horizonte*. Recordemos que la primera tentativa de publicación de *Sumido 25* fue solicitada al organismo censor de entonces bajo el seudónimo de «Valdemar Gris».

MIGUEL LABORDETA

OFICINA DE HORIZONTE

TRAGICOMEDIA EPILIRICA EN DOS EDADES Y MEDIA

ESTRENADA EN EL TEATRO ARGENSOLA DE ZARAGOZA
EL 6 DE NOVIEMBRE DE 1955, CON EL SIGUIENTE

REPARTO

ANGEL	PIJO FERNÁNDEZ CUEVO.
ESPERANZA	LOLA GOMOLLÓN.
EVA	LOLA GOMOLLÓN.
SATURNO	MARIO BARBAICOA.

ESCENOGRAFIA Y LUMINOTECNIA DE AGUSTIN IBARROLA

DIRECCION: MIGUEL LABORDETA

La presente primera edición ha sido ilustrada con dibujos de LE CORBOUSIER, CARLOS ALONSO y JULIO A. GOMEZ



Foto: Joaquín Alcón.

Miguel Labordeta.

Fotomontaje con Santiago Lagunas y Aguayo, 1952?

1.6.— Los demás manuscritos se conservan agrupados por mí en distintas carpetas, transcritos a máquina. No ha sido fácil agruparlos y mucho menos transcribirlos. Sólo extraerlos de las cajas de cartón desordenadas y caóticas como me fueron confiadas hace más de catorce años, gracias a la generosidad de la familia Labordeta, me llevó seis meses. Hacer una primera transcripción más de tres años. De vez en cuando —durante este tiempo— me vuelvo a sumergir en estos papeles y en mi relación de amor-odio hacia Miguel Labordeta consigo descifrar alguna palabra o encuentro una nueva clave poética.

2.— Un abundante material gráfico, esencialmente constituido por fotografías con la imagen de Miguel Labordeta y del mismo, en ocasiones, con sus amigos.



Julio Antonio Gómez y Miguel Labordeta con unos amigos en Tenerife, 1958.



París, agosto 1956.

Parte de él ha sido reproducido en distintos medios de comunicación, en los diferentes homenajes y estudios dedicados a Miguel Labordeta (Andalán, Siete pintores aragoneses a Miguel, película de Emilio Alfaro, Exposición en Madrid de los Amigos de la URSS...).

En general, salvo las pocas fotos realizadas por Alcón y algunas para un montaje de *Los soliloquios*, dejan bastante que desear como elemento artístico. Sí son ricas como material documental sobre el que apoyarse al seguir la biografía del poeta.

3.— Carnets de asociaciones diversas a las que perteneció el poeta.

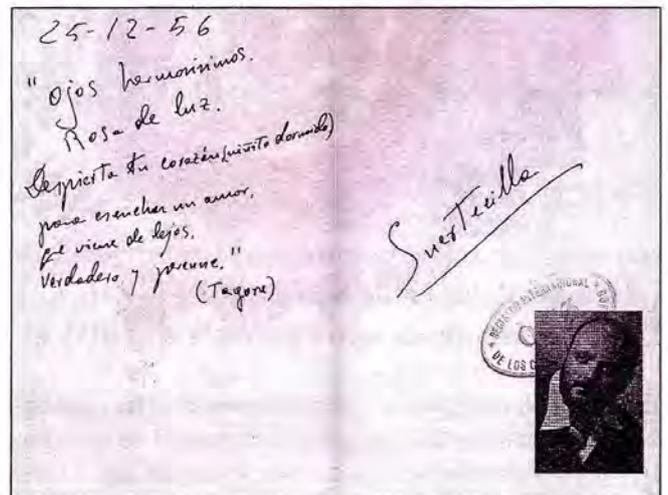
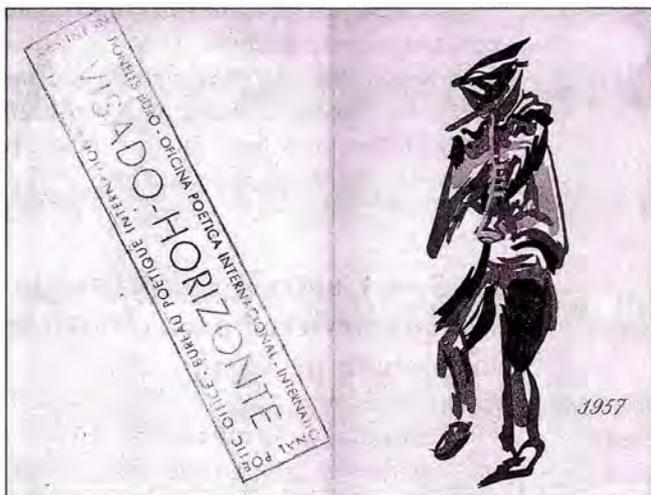
Además de la Carta de Identidad de Ciudadano del Mundo, del que Miguel era Delegado para España, cuyo registro guardaba y en parte está en este archivo que estoy describiendo, se conservan a su nombre estos otros:

- S.E.U. de Zaragoza (expedido en 1941).
- Un Salvoconducto Especial de Fronteras para circular por la zona fronteriza con Francia de Arañones (agosto 1945).
- Socio del Ateneo Científico Literario y Artístico de Madrid (15 noviembre 1946).

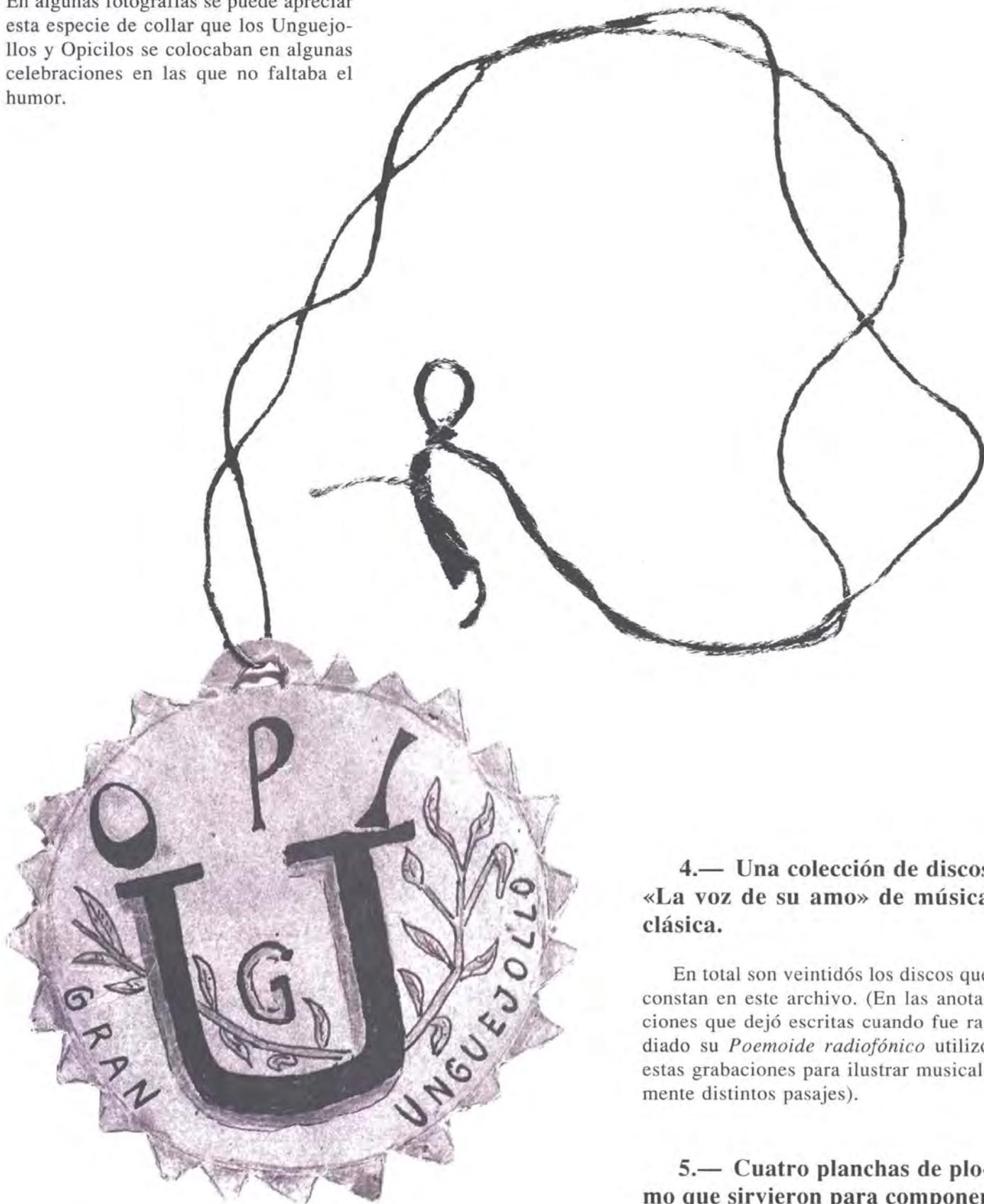


- Pasaporte (expedido el 15 de junio de 1949).
- Agrupación de Intendencia n.º 5 (23 septiembre 1947), donde Miguel Labordeta cumplió su servicio militar.

- Tarjeta de Socio del Cine Club de Zaragoza (9 diciembre 1945).
- Carnet número 70 de Socio de «La Covacha» (1 enero 1956).



Es de destacar un colgante recortado en cartón sujeto con una simple cuerda en el que se lee «OPI. Gran Unguejollo». En algunas fotografías se puede apreciar esta especie de collar que los Unguejolos y Opicilos se colocaban en algunas celebraciones en las que no faltaba el humor.



4.— Una colección de discos «La voz de su amo» de música clásica.

En total son veintidós los discos que constan en este archivo. (En las anotaciones que dejó escritas cuando fue radiado su *Poemoide radiofónico* utilizó estas grabaciones para ilustrar musicalmente distintos pasajes).

5.— Cuatro planchas de plomo que sirvieron para componer la portada de *Sumido-25*.

Realizadas en la imprenta de *Heraldo de Aragón*. La edición fue costeada íntegramente por el propio autor.

6.— Dos sellos de caucho.

El primero rectangular (15 x 3 cm.) en el que se lee VISADO-HORIZONTE en el centro, rodeado de una cenefa que dice OFICINA POÉTICA INTERNACIONAL.



El segundo, ovalado, lleva la inscripción REGISTRO INTERNACIONAL DE LOS CIUDADANOS DEL MUNDO, que rodea al número 06/3, que era, si no me equivoco, la clave para España.



7.— Los originales remitidos por sus autores para la confección de los cuatro números de *Despacho literario de la Oficina Poética Internacional*.

Junto a algunas cartas intercambiadas con alguno de estos autores. Sin embargo no se conserva el original del número dos de los cuatro *Despacho...* que se publicaron, correspondiente a GEMINIS. 1961.



8.— Registro y carnet de algunos «Ciudadanos del Mundo».

Como Delegado que era para España de esta Organización Miguel Labordeta expedía el carnet correspondiente. Su hermano José Antonio debe disponer de un listado mucho más amplio del que aquí se conserva.



Miguel Labordeta «Ciudadano del Mundo».

9.— Cartas remitidas a Miguel Labordeta.

Es uno de los apartados más interesantes de este archivo. Tengo registradas ciento cuarenta y cinco personas diferentes con las que Miguel Labordeta mantuvo correspondencia. He intentado, a lo largo de estos catorce años, conectar con muchas de estas personas con el fin de remitirles la correspondencia que ellos enviaron a nuestro poeta, tratando de que a su vez se pudieran recuperar las que Miguel escribió. Salvo en los casos que indico en el punto siguiente no he conseguido recuperar ninguna más. Parece ser que Miguel Labordeta escribía a mucha gente, sobre todo cuando les remitía sus publicaciones, aunque lo hiciera escuetamente y con caligrafía a veces indescifrable. Muchas de las cartas que recibe Miguel son muy extensas y determinadas personas le envían abundantes cartas a lo largo de los años.

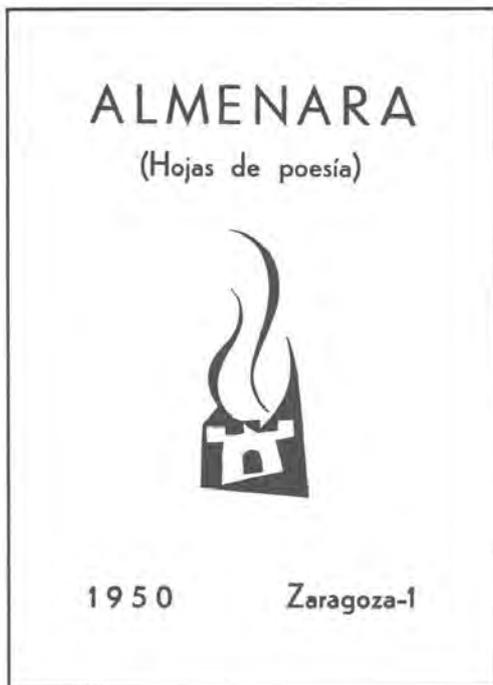
Con frecuencia las cartas que recibe hacen referencia a los libros que les ha enviado. Frecuentemente los receptores de sus poemas opinan sobre los mismos y, a través de sus palabras, podemos obtener la valoración siempre positiva que les merecían los versos de Miguel Labordeta. Algunas cartas son auténticas críticas literarias en las que, sin utilizar el botafumeiro, se analizan las características estéticas de los versos del autor.

Cito a algunos autores de esta correspondencia: José María Aguirre, Ignacio Aldecoa, Vicente Aleixandre, Gonzalo Anaya, Enrique Azcoaga, Félix de Azúa, Pío Baroja, José Batlló, José Manuel Blecua, Antonio Buero Vallejo, Félix Casanova de Ayala, Camilo José Cela, Gabriel Celaya, José Corrales Egea, Victoriano Crémer, Ángel Crespo, Sabina de la Cruz, Manuel Derqui, Joaquín Entrambasaguas, Antonio Fernández Molina, Pío Fernández Cueto, Luis García Abrines, Julio Antonio Gómez, Ramón Gómez de la Serna, Guillermo Gúdel, Juan Guerrero Zamora, Agustín Ibarrola, Santiago Lagunas, Antonio Leyva, Julio Mariscal, Mario Ángel Marrodán, Rafael Melero, Fernando Millán, Ricardo Molina, Santiago Montes, Francisco Nieva, José Antonio Novais, Carlos Edmundo de Ory, Manuel Pinillos, José Rodríguez Méndez, Luis Sáinz de Medrano, Carlos Sáinz de Robles, Carmen Sender, Tomás Seral y Casas, Rosendo Tello, Eduardo Valdivia, Francisco Ynduráin, Juan Eduardo Zúñiga. Sin olvidar las de Berlingtonia.

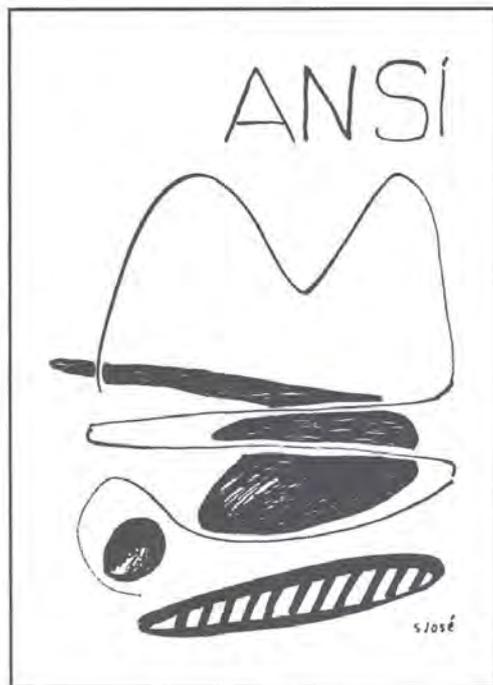
10.— Cartas escritas por Miguel Labordeta.

Sólo he conseguido recuperar, gracias a la amabilidad de sus receptores, las enviadas a José María Aguirre, Luis García Abrines, Emilio Gastón, Guillermo Gúdel y Manuel Pinillos.

11.— Revistas poéticas recibidas por Miguel Labordeta.



Pájaro de paja, Cerbuna, La Calandria, Verbo, Rocamador, Manantial, Pleamar (Estaciones de poesía), Arista Literaria, La Caña Gris, Aturuxo, La Estafeta Literaria, Dabo, Bandarra, Cuadernavía,



«Las revistas de poesía en España, 1961», Constelación, Narceja, Bahía, Piedralaves, Índice de las Revistas del CSIC. 1948, La Estrella, Boletín del Congreso Universitario de Escritores Jóvenes, Deucalión, Zenith, Ambo, Egan, Poesía = Poesía, Sur, Humano, Proa, Octubre, Trilce, Palabra, Ideas de México, Voces sublevantes, Corcel, Ansí, Alfoz, Elica, Boa, Ciclón, Poesía de España, Al-Motamid, Nubis, Guajana, El Chucaro, La Luna Negra, Guía para una nueva poesía argentina, Poesía hebrea moderna, Profils poetiques des pays latins, Revista exterior de poesía hispana, La siringa, Gévora, La botella en el mar, Doncel, El sobre literario, Siglo I-Poesía.

Nuestro poeta estaba familiarizado con las revistas de poesía que aparecían en la geografía española y en países americanos. De algunas fue suscriptor, otras las adquiría o se las remitían los responsables de las mismas, en algunos casos los propios poetas que en ellas publicaban le enviaban ejemplares. Creó algunas, como es el caso de *Despacho literario de la OPI*, participó muy directamente en *Orejudín* o *Coso aragonés del ingenio* y, por citar sólo una, apadrinó y subvencionó económicamente la colección «El Bardo» de José Batlló.

He aquí la relación de las que guardo en este archivo (de algunas existe tan sólo un número, de otras, la colección completa): *Cuadernos de Ágora, Poesía Española, Almenara, Alcandora, Brecha, Intus, Raíz, Arrecife, Caballo de fuego, Cardinal, Ínsula, Esquina, Esterismo, Carmen, Cartel de las Artes, La Isla de los Ratonés, Doña Endrina, El*

Alba, Primavera, Climas, Ámbito, La Gaceta, El Molino de papel, Mosaic, Orfeo, Exposición, Alisio, Caleta, Espadaña, Cisneros, Acento Cultural, La edad del tiempo, Hojas Literarias, Arquero, Poetas de Espanha, Mairena, Haliterses, Gánigo, Aglae, El Bardo, Nóema, Ágora (Cuadernos de poesía), El Noticiero, Tolva, Aljaba, Azor, Bulletin d'information du service des citoyens du monde, Boletín de la Asociación cultural y artística francoiberoamericana, Uriel, Caracola, El Laberinto, Kurpil, Panorámica poética lusohispánica, Acanto, Aragón, Cuadernos de poesía, Verde Viento, Courrier du centre d'études poétiques, Correo Literario, Grama, Platero, Catálogo de la Exposición

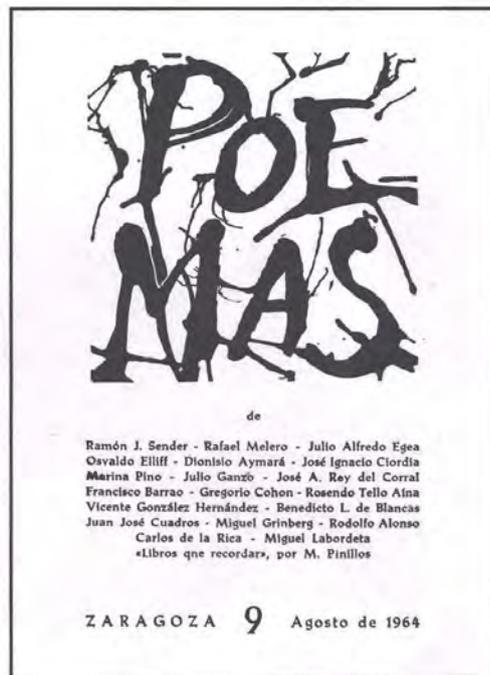
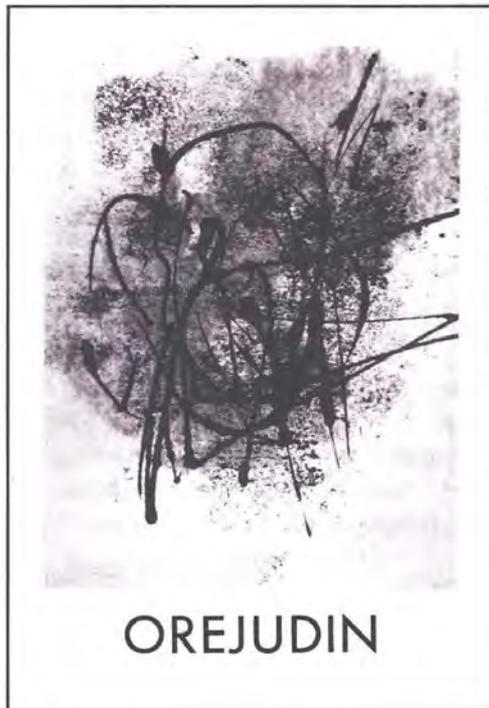


12.— Revistas poéticas en las que Miguel Labordeta publicó poemas.

Aunque ya en otras publicaciones he dado cumplida cuenta anotando en qué momento y dónde aparecieron poemas de Miguel Labordeta después recogidos, entre otros sitios, en *Epilírica* y *La escasa merienda de los tigres*, cito a continuación las revistas en

las que aparecen versos de Miguel Labordeta que están conservadas en este archivo:

Verbo n.º 33, *Nuestra Revista* n.º 2, *Trilce* n.º 2, *Arcilla y pájaro* 1953, *Permanencia* n.º 1, *Poemas* n.º 9, *Orejudín V*, *Siete poetas aragoneses* 1960, *Platero* n.º 13, *Deucalión* n.º 2, *Deucalión* n.º 3, *Raíz* n.º 5, *Verde Viento IV*, *Poesie espagnole contemporaine* n.º 7-8, *La isla de los ratones* 1951, *Cerbuna* n.º 8, *Cerbuna* n.º 9, *Doña Endrina* n.º 1, *Ideas de México* n.º 15-16, *Ámbito* 1951, *El sobre literario*, *La Calandria* n.º 5, *El pájaro de paja (carta tercera)* 1951, *Mairena* 1953.



13.— La Biblioteca del Colegio Santo Tomás de Aquino.

Allí fueron a parar todos los documentos que se guardaban en la habitación que ocupó Miguel en la calle Buen Pastor n.º 1. En su actual emplazamiento del Paseo de Ruiseñores, el Colegio, regentado por su hermano Donato, conserva la biblioteca personal de Miguel Labordeta, en la que destacan libros de Historia, Filosofía, Psicología, numerosas antologías y colecciones de poesía, no sólo de poetas de habla hispana.

Miguel Labordeta en su calidad de Director del citado Colegio se preocupaba de surtir la biblioteca del propio Colegio y no sólo la suya particular. De ahí que a alguien haya extrañado la no muy abultada cantidad de títulos personales de nuestro poeta. La biblioteca de Miguel es en definitiva la propia biblioteca que él, durante los años en que no tuvo más remedio que sacar adelante ese Colegio que era el sustento de su familia, iba formando para los propios profesores y alumnos y, desde luego, se puede afirmar que en los años sesenta trató de que el Colegio fuera pionero en muchos aspectos, uno de ellos en algo a lo que él daba gran valor, la formación a través de la lectura en los tratados de las distintas disciplinas y no sólo en el manejo de los manuales escolares.



Busto de Miguel Labordeta. Obra de Pablo Serrano.

14.— Un amplio trabajo titulado *José Gutiérrez Solana en su obra literaria*. Fechado en 1967 y firmado por Miguel Labordeta. Según mis datos su autor no es nuestro poeta sino un amigo suyo que realizó el trabajo para él.

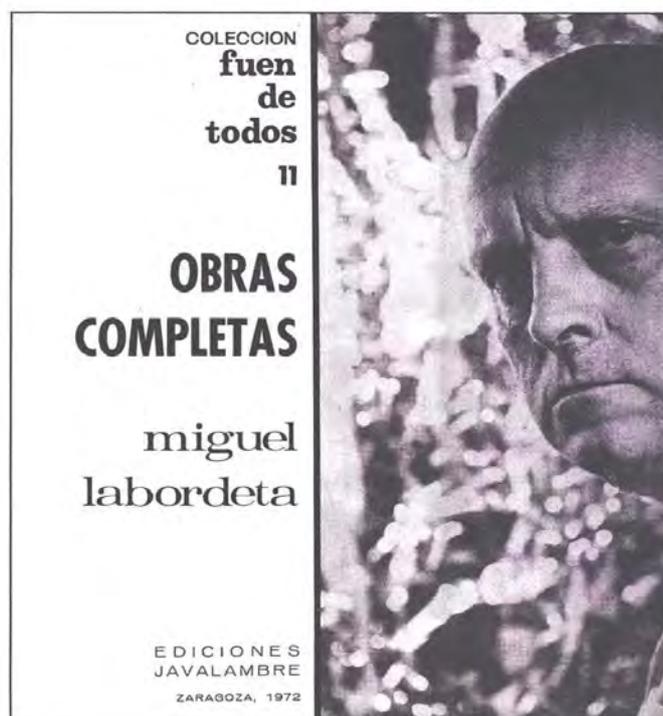


15.— Recortes de periódicos y revistas donde aparecieron algunas críticas a sus obras poéticas y al estreno de *Oficina de Horizonte*.

Recogidas por el propio Miguel Labordeta, por Pedro Verges cuando editó *La escasa merienda de los tigres* y por mí mismo a lo largo de estos catorce años.

16.— Revistas homenaje a Miguel Labordeta después de su muerte (*Samprasarana* y *Colección Fuendetodos*).

Con los originales de sus autores en el caso de *Samprasarana*.



MIGUEL LABORDETA

Al autor, del autor, con todo afecto. 9-12-61

De *Epilírica*: Al autor, del autor, con todo afecto. 9-12-61.

De *Los soliloquios*: Para el autor, del autor con cariño. Geminis-69-ventoso, el charko-opi. 6-6-69.

EPILIRICA

ALREDEDOR DE LA MESA
(Comunicación Poética)

preme el autor, del autor con cariño. H. L. Geminis-69-ventoso el charko-opi



18.— Heterogéneo material acumulado por quien redacta estas líneas durante los catorce años que guardo estos documentos (tesis, reseñas, antologías, estudios, publicaciones diversas, catálogos, poemas-homenaje, documentación cinematográfica...).

Mataos
pero dejad tranquilo a ese niño que duerme en una cuna.

Asesinaos si así lo deseáis
exterminaos vosotros: los teorizantes de ambas cercas
que jamás asiriais un fusil de bravura
pero dejad tranquilo a ese hombre tan bueno y tan vulgar
que con su mujer pasea en los económicos atardeceres.

Pisotead mi sepulcro también
os lo permito si así lo deseáis inclusive y todo
aventad mis cenizas gratuitamente
si consideráis que mi voz de la calle no se acomoda a vuestros fines suculentos
pero dejad tranquilo a ese niño que duerme en una cuna
al campesino que nos suda la harina y el aceite
al joven estudiante con su llave de oro
al obrero en su ocio ganado fumándose un pitillo
y al hombre gr's que coge los tranvías
con su gabán roído a las seis de la tarde.

MIGUEL LABORDETA
(de «Obras Completas», El Bardo, colección de Poesía)

Tertulia literaria
Jueves, 24 de noviembre a las 20 h.

RECORDANDO A MIGUEL LABORDETA.
Lectura de sus poemas por J. Antonio Labordeta. Contaremos también con la participación de Clemente Alonso Crespo, Antonio Rabinad, director literario de Libros de la Frontera, y todos vosotros.

Librería Tartessos, Canuda, 35.
Barcelona (2). Teléf. 301 81 81.

Aprovechamos la ocasión para participaros de haber ganado el 2.º Premio Nacional de Librería, por difusión de la Cultura.

EL ARAGON DE AYER EN IMAGENES



Colección de ANTONIO ARGUAS PERDIGUER

Itinerancias Ibercaja. Zaragoza, Huesca, Teruel, 1994

Binéfar. 28 de marzo al 13 de abril. Sala de Exposiciones de la Casa de Cultura • **Barbastro.** 15 al 30 de abril. Sala de Exposiciones de la UNED • **Zaragoza.** 3 al 27 de mayo. Sala del Centro Cultural de Ibercaja, c/ Antón García Abril, 1 • **Jaca.** 1 al 15 de junio. Palacio de Congresos • **Mas de las Matas.** 17 al 29 de junio. Sala de la Comunidad de Regantes • **Alcañiz.** 8 al 18 de septiembre. Salas de La Lonja • **Teruel.** 20 de septiembre al 6 de octubre. Escuela de Artes y Oficios • **Huesca.** 18 al 31 de octubre. Centro Cultural de Ibercaja «Genaro Poza».

INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO»

EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZARAGOZA

PUBLICACIONES

Anales de Aragón, de Jerónimo ZURITA. Volúmenes del 1 al 9. - 6.188 págs., 17 x 24 cm., 16.700 ptas.

Antigua geografía lingüística de Aragón: Los peajes de 1436, de Manuel ALVAR. 118 págs., 66 mapas, 17 x 24 cm., 900 ptas.

Atlas de Historia de Aragón. 440 págs., 232 ilustr., 21 x 32 cm., 10.000 ptas.

Sumido-25, de Miguel LABORDETA. 68 págs., 3 ilustr., 16 x 24 cm., 600 ptas.

Poemas a viva voz, III. Sesiones poéticas de los Cursos 1988-89, 1989-90 y 1990-91. 384 págs., 16 x 24 cm., 2.500 ptas.

Pasiones del alma, de Carmen GONZÁLEZ MARÍN. (Premio de Poesía «Isabel de Portugal», 1992). 48 págs., 1 ilustr., 15 x 24 cm., 500 ptas.

Trece días de invierno, de Ángeles de IRISARRI. 140 págs., 10 ilustr., 15 x 24 cm., 1.400 ptas.

PRÓXIMA APARICIÓN:

Léxico aragonés del Diccionario de Autoridades, de José Luis ALIAGA.

Pedidos:

Institución «Fernando el Católico». Sección de Publicaciones.
Plaza de España, 2 - 50071 ZARAGOZA.

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES

(DIPUTACIÓN DE HUESCA)

NOVEDADES EDITORIALES:

"Las plantas en la medicina popular de la comarca de Monzón" por José Vicente Ferrández y Juan Manuel Sanz. 1.500 pts.

"El arte de Huesca en el s. XVI: Escultura" por Teresa Cardesa García. 1.725 ptas.

"El museo etnológico de Ansó: reflejo de la historia y cultura de un pueblo" por Antonio Jesús Gorría Ipas. 400 ptas.

"Ramón J. Sender. Primeros escritos (1916-1923)" edición a cargo de Jesús Vived Mairal. 1.300 pts.

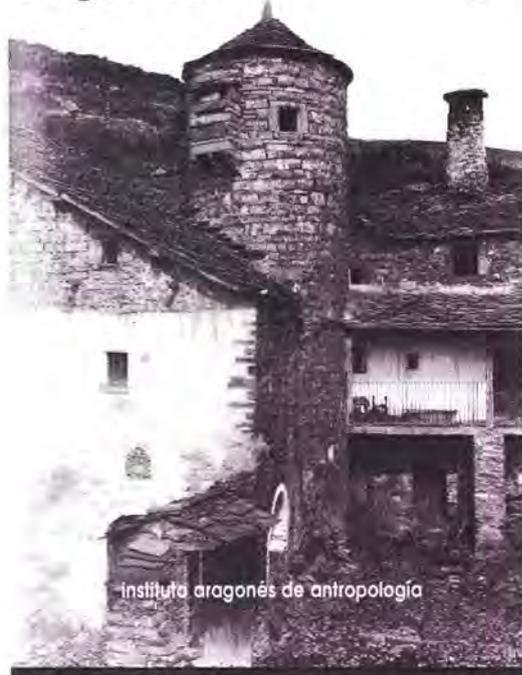
"La aljama de moros de Huesca" por Anchel Conte Cazcarro. 5.000 ptas.

De venta en librerías.

El IEA dispone de Biblioteca especializada en temas aragoneses abierta al público. Horario: lunes a viernes de 8 a 15 horas y martes de 18 a 20 horas.

Dirección:

C/. Parque, 10 - 22002 Huesca - ☎ 24 01 80



INDICE

- Conmemoraciones religiosas en torno a la muerte en la sociedad tradicional serralesa*, por José Garcés Romeo.
- Vestidos y ajuares en el Valle de Tena (1627-1759)*, por Manuel Gómez de Valenzuela.
- Algunos juguetes tradicionales altoaragoneses*, por Luis Gracia Vicién.
- Carbón vegetal*, por Eugenio Monesma Moliner.
- Sobre religiosidad del montañés tradicional*, por Enrique Satué Oliván.
- En torno al alacay*, por Alvaro de la Torre.
- El Romance de Marichuana: Posible transmisión e importancia etnológica*, por Eduardo Vicente de Vera.
- El estudio de los santuarios desde el punto de vista de la medicina popular. El caso de la provincia de Teruel*, por Francisco Javier Sáenz Guallar.
- Viajeros por Teruel. Una introducción a su estudio*, por M.ª Elisa Sánchez Sanz.
- Relaciones hombre-mujer. Estudio etnográfico de una pequeña localidad de las Cinco Villas (Fuencalderas)*, por Enrique Mainé Burguete.
- Aragón en «Los veintiún libros de los ingenios»*, por Nicolás García Tapia.
- Los aquelarres en Aragón según los documentos y la tradición oral*, por Angel Gari Lacruz.
- Historias de vida debidas*, por Angel Gonzalvo Vallespí.
- El carnaval y sus rituales: Algunas lecturas antropológicas*, por Joan Prat i Carós.
- Noticario.

Normas para la publicación de originales

ROLDE, revista de cultura aragonesa, considerará la publicación de trabajos inéditos de investigación, referentes a las distintas ramas de las Ciencias o las Humanidades que tengan a Aragón como ámbito primordial, y de creación literaria, cuyos autores sean aragoneses o estén vinculados a Aragón. Podrán estar escritos en cualquiera de las lenguas habladas en nuestro territorio: aragonés, castellano o catalán.

El original, y una copia de cada texto, se enviarán a **ROLDE, Apartado de Correos 889, 50080 Zaragoza**. No se devolverán los originales no solicitados.

La extensión máxima de cada trabajo, incluidos cuadros, gráficos, mapas, notas y bibliografía, no excederá de 15 páginas -aproximadamente, 5.000 palabras-, mecanografiadas a doble espacio y por una sola cara. Las notas y la bibliografía, mecanografiadas a un solo espacio, se presentarán siguiendo las normas comúnmente aceptadas.

Los originales recibidos por **ROLDE** serán estudiados por su Consejo de Redacción, quien, si lo estimase conveniente, requerirá informe de asesores escogidos por sus conocimientos en la materia objeto del trabajo, garantizándose el anonimato de autores y asesores. La aceptación definitiva dependerá del Consejo de Redacción de la revista y podrá venir condicionado a la introducción de modificaciones en el texto original.

Aceptado el original para su publicación, el autor estará obligado a facilitar el texto en soporte informático, indicando claramente el sistema y programa con que se haya realizado. Asimismo, facilitará cuanto material gráfico (dibujos, grabados, fotografías ...) entienda necesario para ilustrar o complementar su trabajo; material gráfico que presentará numerado correlativamente, señalando el lugar preciso donde deba intercalarse en el texto, y provisto de los pies o leyendas correspondientes, que vendrán, además, contenidos dentro del soporte informático exigido.

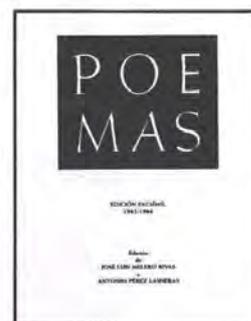
EDICIONES FACSIMILES

Serie Recuperación de revistas aragonesas

Despacho Literario de la Oficina Poética Internacional
(edición de José Carlos Mainer)
Zaragoza, 1990,
5 vol. en estuche,
35 × 25 cm.
I.S.B.N.: 84-7753-125-0



Poemas
(edición de José Luis Melero Rivas y Antonio Pérez Lasheras)
Zaragoza, 1990,
10 vol. en estuche,
18 × 13 cm.
I.S.B.N.: 84-7753-154-4



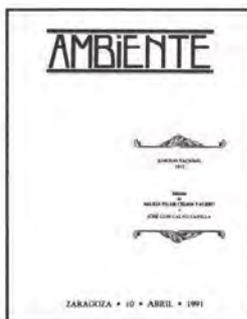
Papageno
(edición de Antonio Pérez Lasheras)
Zaragoza, 1991,
3 vol. en estuche,
35 × 25 cm.
I.S.B.N.: 84-7753-164-1



Ansí
(edición de José M.^a Aguirre)
Zaragoza, 1991,
9 vol. en estuche,
24 × 17 cm.
I.S.B.N.: 84-7753-174-9



Ambiente
(edición de María Pilar Celma Valero y José Luis Calvo Carilla)
Zaragoza, 1991,
8 vol. en estuche,
25 × 18 cm.
I.S.B.N.: 84-7753-175-7



Orejudín
(edición de Rosendo Tello)
Zaragoza, 1991,
7 vol. en estuche,
25 × 17 cm.
I.S.B.N.: 84-7753-236-2



Almenara-Alcandora
(edición de Jose M.^a Aguirre y Pablo de Antoñana)
Zaragoza, 1993,
5 vol. en estuche,
25 × 17 cm.
I.S.B.N.: 84-7753-361-X



Doncel
(edición de José Enrique Serrano Asenjo)
Zaragoza, 1993,
5 vol. en estuche,
31 × 21 cm.
I.S.B.N.: 84-7753-449-7





Usted puede crear empleo

.....

...viajando por Aragón:

Su infraestructura y servicios hacen posible y más cómodo nuestro viaje. Visitar nuestra tierra es siempre una satisfacción...que proporciona trabajo a muchas personas.

Los fines de semana, en vacaciones, conozca Aragón.

***Si el futuro depende de todos,
construyámoslo a nuestra medida.***



**CAJA DE AHORROS
DE LA INMACULADA**

Aragón es nuestra tierra

studio

tempo fotografía

MATERIAL FOTOGRAFICO
FOTOS CARNET
LABORATORIO PARA
FOTOGRAFIAS Y
DIAPOSITIVAS

Fernando el Católico, 14
Teléfono 45 81 76
50009 ZARAGOZA

LIBRERIA



Plaza San Francisco, 5 - Telf. 45 73 18 - 50006 ZARAGOZA

CASA EMILIO

COMIDAS

Avda. Madrid, 5
Teléfonos 43 43 65 - 43 58 39
ZARAGOZA



CONTRATIEMPO

Teléfono (976) 35 24 16 - Fax (976) 35 75 54

Martín Cortés, 3
50005 ZARAGOZA

EDIZIONS DE L'ASTRAL
(PUBLICACIONES DEL R.E.A.)
CUADERNOS DE CULTURA ARAGONESA

- 1.— *Falordias I*. Barios autors.
- 2.— *Falordias II*. (Cuentos en lengua aragonesa). Barios autors.
- 3.— *La crisis del regionalismo en Aragón*. Gaspar Torrente. Edición facsimil. Separata del n.º 35 de ROLDE, Revista de Cultura Aragonesa.
- 4.— *Armonicos d'aire y augua*. Francho E. Rodés.
- 5.— *Cien años de nacionalismo aragonés*. Gaspar Torrente. Introducción de Antonio Peiró.
- 6.— *Antropónimos aragoneses (nombres aragoneses de persona)*. Edición bilingüe. José I. López, Chusé I. Navarro, Francho E. Rodés.
- 7.— *Aragón Estado*. Julio Calvo Alfaro. Edición facsimil.
- 8.— *Discursos Histórico-Políticos...* Diego Joseff Dormer. Edición facsimil. Introducción de Encarna Jarque y José Antonio Salas.
- 9.— *Cancionero Republicano*. Juan Pedro Barcelona. Edición facsimil. Introducción de Vicente Martínez Tejero y José Luis Melero Rivas.
- 10.— *Información de los sucesos del Reino de Aragón...* Lupercio Leonardo de Argensola. Edición facsimil. Introducción de Xavier Gil Pujol.
- 11.— *Las alteraciones de Zaragoza en 1591*. Encarna Jarque Martínez y José Antonio Salas Auséns.
- 12.— *Literatura y periodismo en los años veinte. (Antología)*. Ramón J. Sender. Edición de José Domingo Dueñas Lorente.
- 13.— *Una propuesta para la Reforma del Estatuto de Autonomía*. Rolde de Estudios Aragoneses.
- 14.— *Reseña histórico-política del antiguo Reino de Aragón*. Manuel Lasala. Edición facsimil. Introducción de Vicente Martínez Tejero y José Luis Melero Rivas.
- 15.— *Memorias de José de Palafox*. Edición, introducción y notas de Herminio Lafoz Rabaza.

En preparación:

— *Estudios de Derecho Aragones*. VV. AA.

Llena este boletín y envíanoslo al Apartado de Correos n.º 889. 50080 ZARAGOZA.

D.

C/ n.º C. P. Ciudad

Estoy interesado en:

Pertenecer al R.E.A. como socio (1.100 ptas. trimestre —publicaciones gratis—).

Suscribirme a sus publicaciones: ROLDE, Revista de Cultura Aragonesa (4 números al año) y **Cuadernos de Cultura Aragonesa** (2 números al año). 2.750 ptas. anuales.

DOMICILIACIÓN BANCARIA

(firma)

Le ruego atienda los recibos que girará a mi nombre el **Rolde de Estudios Aragoneses**.

Banco o Caja Agencia Cta. o L. O. Ciudad

(10 dígitos)



Número monográfico

25 años de la muerte
de
MIGUEL LABORDETA